

 HARLEQUIN

Desee™



KAT
CANTRELL

DOS AÑOS DESPUÉS

Deseo

KAT CANTRELL

DOS AÑOS DESPUÉS



Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56 28001

Madrid

© 2015 Kat Cantrell

© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Dos años después, n.º 2072 - noviembre 2015

Título original: From Ex to Eternity

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-7271-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Argumento

Dos años después de que la abandonara Keith Mitchell en el altar, Cara no estaba preparada para volver a encontrarse con él, pero ahora se vieron obligados a trabajar juntos. Keith había salido huyendo por culpa de un malentendido, pero tras conocer la verdad, y tras pasar largos días trabajando junto a Cara, la deseaba de vuelta en su cama.

Capítulo 1

Hasta los andarríos se divertían más que Cara Chandler-Harris.

Claro que ella estaba en el complejo hotelero de Turcas y Caicos para trabajar. Cara era la única diseñadora de vestidos de novia inspirados en cuentos de hadas. El desfile de moda para novias era un evento importantísimo y Diseños Cara Chandler-Harris, que todavía estaba en sus inicios, tenía la oportunidad de su vida para darse a conocer.

Cara echó un vistazo a la mujer, vestida de seda blanca, que lucía el modelo Ariel. Arrodiándose por enésima vez, recogió el bajo de la falda de sirena con un alfiler.

—No olvides que los tacones serán de doce centímetros, no de diez —le recordó su ayudante y hermana, Meredith, mientras le pasaba otro alfiler—. Y sí, he vuelto a hablar con la compañía aérea. La bolsa con los zapatos estará aquí a las cuatro de la tarde.

—Gracias, cielo. Ya tuve en cuenta los tacones. ¿Está preparada Cenicienta?

—Solo hace falta retocar un poco la cintura —Meredith asintió—. Hice un buen trabajo eligiendo el vestido para cada modelo ¿no te parece?

—¿Temes que te despida por rasgar la manga de Aurora? —Cara sonrió. Su hermana había hecho un excelente trabajo. Más que su ayudante, era su segunda piel.

—Lo que me preocupa es lo que aún no sabes —la joven tarareó una melodía.

—Sabes que odio esa canción —murmuró la diseñadora.

—Por eso la canto. ¿De qué sirve una hermana pequeña si no puede incordiar?

—Para colocar a las chicas. Quedan solo tres días para el comienzo de la muestra, y aún no hemos hecho un ensayo —Cara sentía una creciente opresión en el pecho—. ¿Por qué dejé que me convencieras para venir?

No tenía ni idea de cómo había surgido su nombre para el evento. Un puñado de novias de Houston había caminado hasta el altar con algunos de sus diseños en los dieciocho meses que llevaba en funcionamiento el negocio, todas asiduas de las crónicas de sociedad. Todo el mundo en Houston conocía el apellido Chandler, y también Harris. Pero Grace Bay estaba muy lejos de Houston.

—Deja de agobiarte. Los planes pueden alterarse.

—Los vestidos pueden alterarse. Los planes están tallados en piedra.

Meredith hizo un gesto a otras dos modelos vestidas de blanco y descalzas, como todas.

—¿Dónde está Jackie? —Cara miró ansiosa hacia la puerta.

—Vomitando —contestó una de las chicas—. Ya le dije que no bebiera el agua de aquí.

—El agua del complejo hotelero es potable —Cara frunció el ceño.

—Pues será otra cosa —Meredith le dio una palmada a su hermana en el hombro—. Se le pasará.

—Eso espero —un virus podría transmitirse fácilmente al resto, y Cara miró angustiada a la compañera de habitación de Jackie—. ¿Cómo te encuentras, Holly?

—No es nada contagioso —contestó la espigada rubia—. Jackie está embarazada.

A Cara le pareció un buen momento para sentarse.

—No lo sabía —Meredith se sentó junto a Cara—. Debería haber...

—Tampoco es el fin del mundo. Las mujeres se quedan embarazadas y siguen trabajando.

—Yo me pondré el vestido para el ensayo —sugirió su hermana.

—No puedes ponértelo. Es demasiado estrecho de busto y no hay tiempo para alterarlo tanto.

Sin embargo, el vestido Mulan, no sería demasiado pequeño para ella.

Ella, con su pecho de tamaño medio.

Meredith había heredado el magnífico cabello color caoba de mamá Chandler, el voluptuoso cuerpo Chandler y las elegantes maneras Chandler. Cara tenía más sangre Harris, y papá era conocido por su cerebro y brillantez para los negocios, pero no por su belleza.

—Yo me lo pondré.

No era la primera vez. Tenía por costumbre probarse todos los vestidos que diseñaba. Solía colocarse frente al espejo y pronunciar las palabras «sí, quiero». Si los ojos se le humedecían, significaba que el vestido era bueno.

El problema era que siempre lloraba porque sus creaciones de fantasía, seda y satén eran para otra persona. Cara era una modista excepcional. Excepcional y soltera.

Caminó por la arena de la playa hasta el corazón del complejo, dos edificios de cinco plantas con una enorme piscina entre medias. Por todas partes los trabajadores daban los últimos toques a la reforma de las instalaciones que reabrirían a finales de la semana. El desfile de moda para novias era uno de los eventos de las celebraciones.

Cara bordeó la piscina y esperó cinco minutos la llegada del ascensor antes de subir a pie los tres pisos hasta la habitación de Jackie, muy cerca de la suya. Le llevó una tónica y se puso el vestido que descansaba sobre el respaldo de una silla. No dijo una palabra. Las náuseas eran un asco, y el vestido, que le había llevado horas diseñar, no podría importarle menos a Jackie.

Ejercicio, una dieta pobre en hidratos de carbono y una voluntad de hierro para todo, salvo para el cabernet mantenían el peso de Cara a raya. Las calorías del cabernet no contaban.

El espejo la tentaba, pero se resistió a contemplarse en él. No podía. El reflejo solo le devolvería lo que ya sabía: siempre sería la novia, pero jamás se casaría.

Cara regresó al pabellón. Iba descalza porque los pies la estaban matando después de pasarse todo el día con tacones. Las mujeres Chandler-Harris nunca salían a la calle sin estar perfectamente vestidas. Sin embargo, lo último que quería era subir de nuevo las escaleras con esos tacones.

Los siguientes minutos los dedicó a mostrarles a las chicas cómo caminar sobre la pasarela. Ninguna le explicó que eran ellas las modelos. Si alguna se hubiera atrevido a darle a Cara lecciones de modista, les habría enviado a un sitio muy feo.

Aquello era su vida, su carrera, y nada iba a privarle de sustituir su sueño de casarse por ese floreciente negocio de diseño de vestidos de novia.

—¡Madre mía! —susurró Holly—. Eso sí que es un hombre.

Los ojos de Meredith se abrieron descomunadamente y Cara se dio media vuelta, dispuesta a librarse del causante de la interrupción.

—Eh, Cara —susurró Meredith—. Sobre eso que hice y que aún no sabías... ¡Sorpresa!

Keith Mitchell, Satanás vestido de traje, estaba de pie en medio del pabellón.

—Eso me suena de algo —brazos cruzados y cabeza ladeada, la miró de arriba abajo.

—Vaya, vaya, pero si es mi novio fugado —Cara fingió una sonrisa hasta que la mandíbula le dolió—. ¿Sigues teniendo tus zapatos de correr?

—Son muy cómodos.

—Suerte para ti, cielo —ella asintió—. Ahí tienes la puerta. Úsalos.

—Siento defraudarte, cariño —él sonrió—, pero me temo que el espectáculo es mío.

—¿Qué espectáculo? —Cara señaló los vestidos de boda. ¿Qué demonios hacía Keith Mitchell en Grace Bay?—. ¿Vienes como modelo sustituto? Puede que tenga algún vestido de tu talla ahí dentro.

A Keith no le cabría ni una pierna dentro de uno de esos vestidos. Lo suyo eran los trajes sin arrugas. Las arrugas no tenían cabida en su mundo.

—No me refiero al desfile de moda, sino a todo el espectáculo —le guiñó un ojo como solo él sabía hacer—. Regent me contrató para convertir este complejo hotelero en el mayor destino mundial para lunas de miel. Si sale bien, haré lo mismo con los demás hoteles caribeños de la cadena.

—¿A eso te dedicas ahora? ¿A las bodas? Si no recuerdo mal, no eras muy aficionado a las bodas.

—Esta es la mejor clase de bodas: sin novia —él rio—. O al menos eso creía yo al aceptar el empleo.

—Me invitaron a participar —las mejillas a Cara se le tiñeron de rojo—. Diseño

trajes de novia. Quizás quieras buscar otro empleo para el que estés más cualificado —añadió ella con dulzura.

Meredith carraspeó ante el tono empleado por su hermana. Las serpientes de cascabel avisaban de su llegada, Cara no.

—Sí, lo sabía —Keith se limitó a reír—, pero no esperaba verte con uno puesto. Me trae recuerdos.

—Ahórratelo, Mitchell. ¿Qué tengo que hacer para que desaparezcas de mi vista los próximos seis días?

Keith frunció los labios. Tenía los cabellos negros y muy cortos, un cuerpo de casi metro noventa en excelente forma y unos deliciosos ojos color caramelo que la miraban con evidente deseo.

—No —Cara sacudió la cabeza mientras el cuerpo le vibraba sin su permiso—. Saca tu sucia mente de mi cama. Podrías haberte acostado conmigo las veces que quisieras, si hubieras desfilado hasta el altar. Pero ahora la puerta está cerrada para ti. Para siempre.

La expresión del rostro de Keith se endureció. Alérgico al compromiso, despiadado y distante, ese era el hombre que tenía ante ella. El mismo hombre que la había abandonado cuarenta y siete minutos antes de que sonara la *Marcha nupcial* dos años atrás.

—Vamos a tener que trabajar juntos, Cara. Muy juntos. Te sugiero que superes nuestra desafortunada historia y que te comportes con profesionalidad.

Las modelos permanecían en silencio, pero Cara sentía arderle la espalda con sus miradas.

—Cariño, no hay gran cosa que superar —era totalmente falso, pero ella consiguió sonreír—. Ya lo había superado a los cinco minutos de tu marcha.

Otra mentira. Cara estaba segura de que Keith no se lo había tragado ni por un instante.

—Pues entonces no hay de qué preocuparse. Luego te invito a una copa y nos pondremos al día.

—Por tentador que me resulte, paso. Los profesionales no beben en el trabajo.

Keith abandonó el pabellón de la playa indemne, cosa increíble tras enfrentarse a toda una habitación llena de mujeres vestidas de novia.

Caminó hacia el hotel seguido por su secretaria, Alice, quien, *tablet* en mano, tomaba nota de cada palabra que salía de boca de su jefe.

Evaluó los progresos de los constructores, consultó con el personal del restaurante y solventó un pequeño problema con el equipo de animación. Pero ni un solo instante logró que la imagen de Cara vestida de novia se borrara de su mente.

No solo iba vestida de novia, era la dueña de un negocio que ella misma había creado.

Cuanto más intentaba olvidarla, más pensaba en ella. Seguía siendo Cara, pero no la Cara que él recordaba, y le resultaba inquietante y atractiva a la vez.

No había sido esa su intención al elegirla para la exposición nupcial. Era mujer de importantes contactos, y sus vestidos empezaban a ser famosos en la industria, sobre todo entre la gente adinerada. Los sentimientos personales no podían interferir. Keith solo admitía lo mejor y, en vestidos de novia, lo mejor eran los diseños de Cara Chandler-Harris.

La decisión de elegir a Cara había sido fácil. Verla de nuevo, no.

Era una mujer fría e intrigante, como todas con las que había salido, pero Cara había demostrado ser la peor de todas. Por suerte, su estratagema no había funcionado y se había escapado a tiempo.

Jamás volvería a cometer ese error. Le había llevado bastante más de cinco minutos superarlo, pero al fin lo había logrado y apenas pensaba en su exnovia, hasta ese día.

Su trabajo de consultor le había acaparado toda la atención los últimos seis meses. El grupo Regent lo había contratado para dinamizar una decadente cadena hotelera en el Caribe.

Cara no era más que una pequeña, aunque necesaria, pieza del engranaje, y no podía convertirse en una distracción, por sorprendente que fuera descubrir que seguía sintiéndose peligrosamente atraído por ella.

—Alice, por favor, que lleven una botella de cabernet a la habitación de la señorita Chandler-Harris. Cara —le aclaró. Meredith bebía martinis, con dos aceitunas.

—Sí, señor —respondió su secretaria.

El vaso oscuro de la piscina que se extendía entre los dos edificios principales hacía que el agua pareciera de color azul marino. La brisa se hizo más fuerte y sacudió los parasoles de colores. Todavía quedaba mucho por hacer hasta que todo estuviera perfecto.

Su llegada impulsaría la ejecución del proyecto, o dejaría a los trabajadores sin empleo.

Keith Mitchell no permitía que nadie bajo su supervisión fracasara.

Faltaban tres días para la reinauguración, que coincidía con la exposición nupcial. Docenas de empresarios, publicistas y otros profesionales del mundo de las bodas formaban el selecto grupo de invitados a la reinauguración del hotel como principal destino para viajes de luna de miel.

El desfile de moda de Cara sería uno de los momentos cumbre de la fiesta.

La imagen de Cara vestida de novia seguía distrayéndolo. Los pies descalzos asomando bajo el vestido le habían provocado una extraña sensación de cintura para abajo. Solo la había visto descalza cuando estaba desnuda. Y la imagen de Cara desnuda era digna de recordar.

Dos años atrás les había sobrado química, una química que no había desaparecido.

—Señor Mitchell, bienvenido —la directora del complejo, Elena Moore, se reunió con él en el vestíbulo y le estrechó la mano con firmeza—. Me alegra volver a verlo.

—Lo mismo digo —había contratado a Elena personalmente—. Muéstreme los progresos.

La última visita había tenido lugar tres semanas atrás y el esfuerzo de Elena por contratar al personal adecuado había sido espectacular.

La mujer lo acompañó a la suite de dos dormitorios del ático y desapareció. Las maletas, con las iniciales de Keith grabadas, se encontraban ya allí. Un excelente servicio hotelero. Viajero infatigable, si había algo que conocía bien, eran los hoteles.

La suite estaba equipada con un televisor de pantalla plana, una pequeña cocina y conexión inalámbrica a Internet, siguiendo las especificaciones dadas por él mismo.

Keith comprobó el funcionamiento de todo, dos veces. Satisfecho, deshizo el equipaje y colgó los trajes en el enorme vestidor.

Pidió al servicio de habitaciones que le planchara las camisas y se duchó. Después se tomó un respiro de quince minutos para disfrutar de una cerveza. Una rubia belga. El personal del hotel conocía bien sus preferencias, y llegaría a conocer las de todos los clientes.

Sentado en la terraza, disfrutó de las vistas del mar que se teñía de rosa con el atardecer. Quienes quisieran casarse en tan incomparable marco pagarían gustosamente.

Keith Mitchell siempre acertaba.

Trabajó hasta que no pudo más y, tras un sueño reparador de cuatro horas, se levantó dispuesto a correr un rato. Apenas había terminado de calentar cuando vio a otro corredor acercarse por la playa. Normalmente, dejaría la suficiente distancia, pues siempre que podía optaba por la soledad. Los lazos duraderos no tenían sentido en un trabajo como el suyo.

Pero su cromosoma Y no tuvo ningún problema en reconocer a Cara, y el breve intercambio de palabras del día anterior no le había dejado del todo satisfecho. Además, sentía una perversa necesidad de averiguar por qué esa mujer lo seguía afectando después de tantas mentiras.

—¿Desde cuándo corres? —Keith la alcanzó.

—Podría preguntarte lo mismo —ella lo miró de reojo.

—Hace bastante tiempo —Keith se encogió de hombros—. No voy para joven.

—¿Y quién sí? —Cara se sujetó los cabellos en una cola de caballo—. ¿Por dónde vas a correr?

—¿Te apetece unirse a mí? —él apartó la mirada del cuerpo de Cara y miró a su izquierda.

—No —ella frunció los labios—. Lo que me apetece es correr en dirección

contraria.

—Ten cuidado. No querrás que nadie se haga una idea equivocada. Eso me ha sonado mucho a una historia no superada conmigo.

—Pues deberías hacerte revisar el oído.

Sin embargo, Cara arrancó en la dirección que él había señalado y Keith se acomodó a su ritmo. Corrieron en un incómodo silencio. Entre ellos habían quedado demasiadas cosas sin hablar.

Después de casi un kilómetro, esperaba que Cara se rajara, o cayera desmayada sobre la arena. Pero ella siguió adelante hasta completar dos kilómetros. Impresionante, pues ni siquiera le faltaba el aliento. La Cara que él había conocido se hubiera negado a realizar cualquier actividad que resultara más agotadora que pintarse las uñas.

Claro que, en realidad, apenas la había conocido. De mutuo acuerdo, se dirigieron de vuelta al complejo. Al llegar a la entrada de la playa privada, se detuvieron.

Bajo la disimulada mirada de Keith, Cara se relajó caminando en círculos. La piel le brillaba de sudor y no llevaba una gota de maquillaje en el rostro, como en el pasado. La Cara que le gustaba vestía de punta en blanco y, cuando la llevaba a cenar, le excitaba fantasear con la idea de arrancarle las carísimas prendas.

Pero la imagen natural de la joven lo golpeó como un martillo en las corvas.

«No te distraigas, Mitchell».

Cara nunca se había limitado a jugar el papel que él le había designado en su vida.

—Explícame una cosa —ella lo descubrió mirándola—. ¿Por qué yo entre tantas diseñadoras de trajes de novias como hay ahí fuera?

—Para mi sorpresa, descubrí tu nombre en la lista.

—¿Tan difícil te resulta creer que sepa coser? —Cara lo contempló desafiante.

Lo que sí le resultaba inconcebible era que hubiera cambiado su deseo de atrapar a un inocente varón por montar una empresa de diseño.

—Eres titulada en *marketing*. Hace dos años preparabas el café en una agencia y, de repente, eres Diseños Cara Chandler-Harris, perdona si me he sorprendido. Además, tu nombre es muy respetado en la industria y yo busco lo mejor. Por eso superaste la criba.

También quería averiguar si era algo más que el rostro de la compañía. Quizás tuviera contratado a alguien que hiciera todo el trabajo para que ella se llevara el mérito.

—Para tu información, hicieron falta dieciocho meses de noches en blanco y varios cursos de diseño para que el negocio cristalizara. Tuve que pedir un crédito. Nadie me regaló nada.

—Pero tampoco te vendrá mal poner los apellidos Chandler-Harris en la etiqueta.

—Tener contactos no es ningún crimen. Si no recuerdo mal, el presidente del consejo directivo del grupo Regent está casado con una amiga de tu madre. Dime que es una coincidencia que ahora tú trabajes para Regent.

—Todas las personas de éxito tienen contactos.

—Exactamente. Y yo voy a seguir utilizando los míos —la luz del amanecer le iluminó el rostro y reveló una expresión traviesa en la mirada color café.

—Sí, pero ¿vestidos de novia?

—Una historia curiosa. Me dejaron plantada en el altar con ese vestido que me había hecho.

Una imagen de Cara vestida de blanco con cientos de perlas cosidas al corpiño surgió en la mente de Keith. Se había quedado el tiempo justo para descubrir la verdad sobre su novia antes de largarse.

—¿Hiciste tú ese vestido?

—Si hubieras prestado atención mientras organizábamos la boda —ella lo fulminó con la mirada antes de continuar con los estiramientos—, no te pillaría de nuevas.

—Si tus planes hubieran sido razonables, quizás habría prestado más atención.

—Se trataba de mi boda, Keith —Cara cerró los ojos un instante y murmuró algo entre dientes.

También había sido la boda de Keith, algo que Cara parecía olvidar, aunque lo cierto era que le había dado igual el color de la tarta. Una boda era un acto que había que sufrir, igual que el matrimonio que no había pedido, pero al que había accedido porque era lo correcto.

—De modo que te hiciste tú misma el vestido. ¿Y qué pasó?

—Norah me pidió que se lo adaptara —Cara lo miró con calma—. Y se casó con él ese mismo mes. Y entonces Lynn me pidió que le hiciera uno. Y así nació el negocio de diseño.

Norah y Lynn, damas de honor tres y cuatro. Hacía tiempo que se había desconectado de Houston y la fallida boda, y le asustaba recordar tantos detalles con claridad.

—¿Te gusta?

—Sí —Cara lo miró sorprendida—. No era lo que tenía previsto hacer, pero necesitaba... —respiró hondo y dio la impresión de cambiar de idea sobre sus palabras— ocupar mi tiempo.

Al fin algo que tenía sentido. El negocio del diseño era un buen pasatiempo para una mujer florero obsesionada con encontrar marido. Todas las mujeres con las que había salido habían buscado el prestigio de convertirse en la señora Mitchell. Y Cara no era diferente.

—Pues te ha ido muy bien para haber tropezado accidentalmente con ello.

—Prefiero considerarlo un designio divino.

—¿Y por qué un vestido de un solo uso? ¿Por qué no algo más práctico?

—¿Alguna vez has preparado una tarta?

—He comido tartas. ¿Eso también cuenta?

—A veces —ella puso los ojos en blanco—, cuando preparas una tarta, no sale bien del todo. A veces queda torcida, o parte se pega al molde. El glaseado tapa casi todos los pecados del horno. Un vestido de novia es como el glaseado. Mis novias se sienten hermosas y yo soy la responsable de ello. La sensación es increíble.

—Entonces sí estás utilizando tu título en *marketing* —el glaseado también era de un solo uso—. Al final no es más que publicidad engañosa.

Y el engaño era la especialidad de Cara.

—Que el Señor se apiade de tu alma cínica —Cara se sacudió la arena del cuerpo—. No sé cómo se te ocurrió pedirme que me casara contigo.

—Lo hice porque estabas embarazada —contestó él. O al menos eso le había hecho creer.

Capítulo 2

Cara corrió a la habitación que compartía con su hermana y cerró de un portazo.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Meredith se movió bajo las sábanas y murmuró algo incoherente.

—¿Qué has dicho? —Cara la destapó—. ¿Cómo puedes dormir tan tapada con este calor?

—¿A qué pregunta respondo? —Meredith entreabrió los ojos—. Sin un café, solo responderé a una.

—Keith. Sabías que estaba detrás de todo esto y no me lo has dicho.

—Necesitas este desfile. ¿Qué problema hay? —Meredith se sentó—. No es más que un exnovio. Un tipo al que ya has superado ¿no?

—Totalmente —bueno, casi del todo.

Cara se dejó caer en la cama. Necesitaba una ducha y una estaca de madera para clavársela al cuerpo que enmascaraba a Keith Mitchell.

—Míralo como una oportunidad para zanjar la cuestión definitivamente —su hermana la miró con gesto severo—. Ayer estabas bien. ¿Qué ha pasado?

—Keith sale a correr por las mañanas. ¿Lo sabías también?

—Estáis hechos el uno para el otro —Meredith le sacó la lengua—. Hay que estar loco para levantarse antes del amanecer. Ha perdido la cabeza.

—La cabeza la tiene en su sitio. Lo que ha perdido es la humanidad.

—¿Y eso lo dices porque te ha permitido mostrar tus vestidos al mundo? Qué cruel.

—Solo me pidió que me casara con él porque estaba embarazada —Cara hundió el rostro entre las manos—. ¿Cómo es posible que yo no lo supiera?

—Muchos no lo hubieran hecho —Meredith abrazó a Cara—. Aun así, no debería habértelo dicho.

—Yo creía que me amaba —ella asintió y comenzó a gimotear.

—Una cosa no excluye a la otra. Seguramente te quería, y en algún momento te hubiera pedido que te casaras con él. Tú solo le proporcionaste un motivo para adelantar los acontecimientos.

—Claro, y mira qué bien funcionó.

—Al menos descubriste que es un trotamundos. Nunca me gustó cómo sonaba Cara Chandler-Harris Mitchell. Si al final os reconciliáis, piensa seriamente en conservar tu apellido de soltera.

—Preferiría besar el culo de un camello sudoroso.

La significativa sonrisa de Meredith no contribuyó a mejorar su estado de ánimo.

—Podría haberse iniciado un incendio con las chispas que saltaban ayer en el pabellón.

—Eran los cortocircuitos del corazón artificial de Keith.

—Puede que tú lo hayas superado, pero él no. Quizás quiera otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad para destrozarme y largarse de nuevo? ¡Ja!

Repasando en su mente la conversación mantenida en la playa, tuvo que reconocer que se había sentido más atraída hacia él de lo que le hubiera gustado.

—Cielo, eres lista —Meredith se asomó desde el cuarto de baño—. No te invitó a venir solo por tus sensacionales vestidos de novia. Cualquiera sería capaz de pegar un par de cintas de seda a una falda. Quiere a la diseñadora, no sus diseños.

—Pues que espere sentado. En mi vida ya no cabe ningún hombre, sobre todo él —Cara empujó a su hermana—. Y por tu comentario sobre las cintas de seda, me toca a mí ducharme primero.

¿La invitación enmascaraba un intento de reconciliación? Jamás perdonaría a Keith por dejarla tirada cuando más lo necesitaba.

Se puso sus mejores tacones y el vestido más favorecedor que tenía. Una versión moderna y femenina de armadura.

Los dioses se mostraron benevolentes y la luz del ascensor se encendió cuando pulsó el botón. Pero cuando las puertas se abrieron, se encontró con la persona que menos quería ver.

—¿Bajas? —Keith sonrió y fijó la mirada en las carísimas sandalias.

Cara se colocó a su lado. No le asustaba un ascensor cargado de testosterona, pero la idea que Meredith había sembrado en su cabeza sobre las intenciones del señor Novio Fugado le provocaban una sensación de pánico en el estómago.

¿Por qué? Nada de lo que ese hombre pudiera decirle le convencería para volver a intentarlo.

Las puertas del ascensor se cerraron y, de inmediato, sintió el calor del cuerpo de Keith inundarlo todo y tuvo que hacer un gran esfuerzo por disimular la tensión que sentía.

—¿Sales a correr todos los días? —le preguntó él en tono amable.

—Normalmente. ¿Y tú? —qué orgullosa estaría mamá de ella. Al fin le servían de algo veintiocho años de clases sobre cómo sonreír ante la catástrofe.

—Lo intento. Me aclara las ideas.

—¿En serio? —Cara evitó preguntarle si esas ideas incluían pedir una segunda oportunidad.

—Me permite centrarme para el resto de la jornada.

—Siento haberme metido por medio esta mañana.

—No lo hiciste —Keith la contempló detenidamente—. Me gustó.

¿Por qué tardaba tanto ese ascensor en llegar a la planta baja? Solo había cinco pisos.

La cabina se detuvo de golpe y Cara cayó al suelo en el instante en que la luz se apagaba.

No bastaba con encontrarse en una diminuta isla con Keith. Además, estaban atrapados en un ascensor. A oscuras.

—¿Estás bien? —la voz de Keith atravesó la oscuridad.

—Estoy bien —Cara dio un respingo ante el intenso dolor de su tobillo.

—Menos mal que mi móvil tiene la aplicación de linterna.

—¿Y no tiene una aplicación para que aparezca el mecánico del ascensor?

—Estoy enviándole un mensaje a la directora —él se sentó en el suelo junto a Cara—. No creo que muramos si caemos al vacío. Estamos entre la primera y la segunda planta.

—¿No podemos salir por la trampilla del techo?

—A lo mejor —Keith miró hacia arriba—. Te tendría que impulsar.

—Mejor pensado, veamos cuánto tarda en aparecer alguien. Al menos se está más fresco aquí que en mi habitación.

—¿Qué le pasa a tu habitación?

—El aire acondicionado funciona mal.

—¿Y no te has quejado? —Keith frunció el ceño.

—¿Era eso lo que había que hacer? —se quitó la sandalia y se masajeó el tobillo dolorido.

Al menos tendría una buena excusa para no salir a correr por la playa con un hombre cuyos simples movimientos le hacían salivar.

—Supongo que la directora avisó al mismo tipo que arregló el ascensor. A lo mejor el consultor responsable del espectáculo tiene más suerte.

—Mis espectáculos siempre resultan perfectos. ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien.

—Habrá que esperar unos veinte minutos —anunció él tras leer el mensaje que acababa de recibir—. ¿Podrás soportarlo o intentamos escapar por la trampilla?

Veinte minutos encerrada en un ascensor con su exnovio. Si intentaba algo, siempre podría apuñalarlo con el tacón de la sandalia. A fin de cuentas, llevaba madera ¿no?

—Esperaré. Hoy no tenía nada que hacer salvo retozar junto a la piscina.

—Igual que yo.

—Sí, claro —Cara puso los ojos en blanco—. Eres el gran hombre. ¿Cómo es posible que aún no seas directivo de alguna empresa? ¿Un trabajo demasiado estable para tu gusto?

Keith frunció los labios, provocándole a Cara un escalofrío al recordar de lo que era capaz con su boca. Era la maldición del celibato. Necesitaba algo que le recordara lo poco atractivo que le resultaba. Por fuera no, desde luego, pero sí por dentro.

—No me interesa ser directivo —contestó él—. Soy mi propio jefe. Elijo mis desafíos y sigo adelante sin quedarme estancado en la burocracia de una gran empresa.

Aunque era consciente de que debería callarse, en su mente se agolpaba una pregunta tras otra.

—Solo por echarnos unas risas ¿cuánto habrías tardado en cansarte de nuestro matrimonio?

—Ya te lo expliqué —él cambió de postura—, pero vamos a dejarlo claro de una vez. Yo no te planté en el altar. Seguramente es más divertido contado así. Recibirás más simpatía.

—Una cuestión puramente semántica, Mitchell.

—No, no lo es. Jamás te habría obligado a desfilas por ese pasillo sin nadie esperándote al final.

—Qué amable, te agradezco que me ahorraras la humillación de anular la boda minutos antes. Pero, espera un momento ¿no fue eso lo que sucedió precisamente? Recuérdame otra vez en qué momento actuaste con nobleza.

—Cara —Keith suspiró—. No estábamos hechos el uno para el otro. Nuestro matrimonio habría sido un desastre. Sin duda habrías tenido tiempo en dos años para darte cuenta de ello.

—Esa es una excusa muy mala. Yo te necesitaba y tú te largaste.

—Necesitabas una boda y un marido. Cualquiera adecuadamente equipado te hubiera servido.

—¡Yo estaba enamorada de ti! —Cara apretó el puño y se imaginó propinándole un puñetazo.

—Sí, claro —bufó él—. Tanto como yo lo estaba de ti.

—Al contrario que tú —todo rastro de elegancia sureña se evaporó—, yo no quería casarme por el bebé. Estaba lo bastante ciega como para creer que podríamos ser una familia feliz.

—Pues un poco difícil dado que mentiste sobre el embarazo.

—¿Qué? —Cara sacudió la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Yo no mentí sobre el embarazo.

—Me sonreíste y anunciaste como si nada «falsa alarma» —qué oportuno descubrirlo momentos antes de la ceremonia. Por eso te ahorré la caminata hasta el altar, porque me lo dijiste antes.

—¿Falsa al...? —ella reculó con fuerza, golpeándose la cabeza con la pared—. Sufrí un aborto.

—¿Un aborto? —el corazón de Keith se detuvo—. ¿Cómo es posible?

—Búscalo en Internet —Cara desvió la mirada, no antes de que él viera el temblor en sus labios.

—¿Y en qué idioma falsa alarma significa aborto en lugar de nunca estuve embarazada?

La brusquedad del tono surgió de manera espontánea. Había metido la pata. Todo lo que había pensado de ella, de su relación, quizás incluso de él mismo, estaba equivocado.

—Tenía las hormonas alteradas. No quería arruinar nuestro gran día con algo tan horrible. Imbécil —añadió ella casi sin aliento.

El insulto estaba bastante lejos de lo que él mismo se estaba llamando en esos momentos.

—¿De verdad estabas embarazada?

—No me extraña que te consideren un genio con esa agudeza mental.

Desde el instante en que Cara le había comunicado que estaba embarazada, se había sentido furioso contra sí mismo por no haber tenido más cuidado, contra lo que se veía forzado a aceptar, con la felicidad de Cara ante un matrimonio que él no quería.

—Cara necesita hablar contigo —le había anunciado Meredith la mañana de la boda.

Y se había arrojado sobre las palabras «falsa alarma» como un perro hambriento sobre un pedazo de carne, asumiendo que todo había sido invención de Cara.

—¿Y cuándo habías pensado aclarármelo?

—Después de la ceremonia, cuando estuviésemos solos. Pensé que lloraríamos juntos y ahogaríamos nuestras penas en ese carísimo champán que ya podía beber sin problemas —ella lo fulminó con la mirada—. ¿Creíste que había mentido sobre el embarazo? ¿Cómo pudiste creerme capaz de algo tan abominable?

—¿Y tú te crees que yo te abandonaré si hubiera entendido tus palabras? —la conversación se estaba desviando hacia un camino que no le gustaba a Keith—. ¿Por qué no me lo impediste?

Si Cara le concedía un minuto para recomponerse, a lo mejor sería capaz de elaborar una respuesta que no le hiciera parecer tan mezquino.

«Lo siento muchísimo. Debería haber hecho más preguntas. La fastidié».

Pero, como de costumbre, le resultaría más sencillo meterse una sandía en la boca que pronunciar tan emotivas palabras.

—¡Porque lo sabía, Keith! Vi el alivio asomar a tu rostro. No dedicaste ni un segundo a los planes de boda y te largabas en cuanto surgía el tema de las flores o la música. Pero permaneciste ahí de pie, tranquilo y frío, explicándome cómo lo nuestro jamás podría haber funcionado. Aborto o falso positivo, tanto da. Buscabas una escapatoria y yo te la proporcioné.

«Tienes razón. Así fue».

La salida lo había estado llamando antes de que Cara soltara la bomba del embarazo que le ató una soga alrededor del cuello. Su primer amor había sido el trabajo bien hecho gracias al sudor de su frente. Le había proporcionado una más que saneada cuenta bancaria y las mujeres solían querer un trozo del pastel. Proporcionar una vida acomodada a una esposa sin ambiciones que solo quería gastar su dinero le hacía resistirse al matrimonio. Solo un inesperado embarazo habría podido hacer que cambiaran las tornas.

Y por supuesto había llegado a la conclusión equivocada. Por supuesto no se había quedado para aclararlo. Las piezas del dominó habían sido colocadas mucho antes. En su infancia.

—Yo... no te lo merecías.

Había mucho más que decir, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Por primera vez en su vida no sabía cómo manejar la situación, la sensación de culpa.

—No, no me lo merecía, pero me alegra que acabara así. De lo contrario, ya estaría divorciada.

—No es verdad. Me habría quedado a tu lado, por el bebé.

De igual modo que había decidido casarse con ella por el bebé. Había tenido la esperanza de que Cara y él terminaran por mantener una relación amistosa, un matrimonio amigable, como el de sus padres. Ella tenía buenos contactos que le vendrían bien para su imagen pública, y a cambio él le daría su apellido.

No quiso pensar en el bebé. No estaba preparado para ser padre. A pesar del inmenso dolor, había sido para bien.

—Pues yo no me habría quedado a tu lado —ella suspiró—. No era la clase de matrimonio que deseaba. No habría salido bien. Eres un cretino de primera clase, pero me hiciste un favor marchándote. Meredith tenía razón, necesitaba dar por zanjado este asunto.

A Keith se le formó un nudo en la garganta. ¿De dónde había salido esa mujer? La Cara que él recordaba era completamente diferente a la que se apoyaba contra la pared del ascensor.

Dos años atrás había sido una mujer divertida y coqueta, alguien con quien pasar el rato. Nunca había considerado su relación como algo serio, pero cuando le había anunciado el embarazo, la decisión de casarse con ella había surgido lenta y dolorosamente.

La Cara que tenía ante él era una enigmática mezcla de fuerza, inteligencia y determinación.

—Dijiste que estabas enamorada de mí —Keith se aclaró la garganta—. ¿Es eso cierto?

Nunca le había oído decir tal cosa, ni siquiera en las semanas previas a la boda.

—Creía estarlo, pero ya no lo sé —Cara sacudió la cabeza—. ¿Durante todo este tiempo pensaste que nunca había estado embarazada? La de insultos que te dirigí por abandonarme tras sufrir un aborto. Mamá me habría lavado la boca con jabón.

—Cara, yo, lo siento —Keith carraspeó—. ¿Qué puedo hacer?

—Cometiste un error y te has disculpado. Suficiente.

—Para mí no.

—Lo siento, Keith. Tú no decides. Ya te he perdonado.

Las palabras de Cara inundaron de calor el pecho de Keith. Perdón. Ofrecido sin más. Era un regalo jamás concedido, solicitado, ni deseado.

—Quizás esta semana no vaya a ser tan horrible como había temido —ella se encogió de hombros.

Las luces del ascensor se encendieron, la cabina se puso en marcha y las puertas se abrieron al llegar a la planta baja. Cara dio un respingo al dar su primer paso sobre el suelo de mármol del vestíbulo.

—¿Vas a poder andar? —Keith le tomó la mano antes de que se cayera.

«Apóyate en mí. Esta vez no te dejaré sola».

—El tobillo sigue en su sitio. Nada que no pueda arreglar una buena botella de vino.

—Esta noche te llevaré una.

En la mente de Keith surgieron más preguntas. No estaba preparado para dejarla marchar, pero tampoco para enfrentarse a esa marea emocional. Quizás más tarde, cuando hubiera asimilado toda la información.

Los ojos color café se detuvieron en las manos entrelazadas y de nuevo en su rostro. La mirada estaba cargada de un profundo misterio.

—Cuando dije que esta semana no sería tan horrible, me refería a que iba a poder borrarte de mi mente sin un ápice de remordimiento.

Cara se soltó y atravesó cojeando el vestíbulo en pos de una meta en la que él no estaba, ni debía estar, incluido.

Sin embargo, no era hombre que tolerara ser ignorado. ¿Sería posible que Cara ya no persiguiera conseguir marido? ¿Qué había provocado un cambio así?

La semana cada vez se ponía más interesante.

Keith no volvió a ver a Cara hasta después de comer, cuando Marla Collins, la coordinadora de la muestra, convocó a todos los participantes para una reunión. Apoyado contra una mesa en la sala de conferencias, escuchó atentamente.

Su mirada se posó en Cara, que susurraba algo al oído a su hermana. Sin duda estaría hablándole de él, aunque siendo empresaria, tendrían cosas más importantes que discutir aparte del insensible hombre de pie al fondo de la sala.

A pesar de todos los asuntos que poblaban su mente, no había sido capaz de borrar la conversación mantenida en el ascensor. Durante dos años había vivido convencido de que Cara había intentado atraparlo a traición.

Keith había pasado página sin perder el sueño jamás. El desfile tenía como única intención convencer a los mejores profesionales del negocio de las bodas, no exponerlo a una nueva realidad. Keith Mitchell no cometía errores.

Marla dio por concluida la reunión y los asistentes empezaron a marcharse. Keith se vio rodeado por un grupo de personas y no pudo acercarse a Cara, que se marchó con su hermana sin siquiera dirigirle una mirada.

—Disculpe —se dirigió a Elisabeth DeBolt, directora del spa, que le estaba explicando el color que había elegido para los azulejos. En esos momentos, no le apetecía escuchar los detalles.

Abandonó a Elisabeth y a los demás y salió tras Cara.

Las hermanas estaban junto a la piscina, enfrascadas en una conversación con un operario de mantenimiento, mejor dicho con sus pectorales, sobre los que ambas tenían la mirada clavada.

Keith tomó nota mentalmente de hablar con el superior del chico. El lugar estaba pensado para parejas, no para solteros. Un operario con esos músculos no tenía cabida allí.

El joven se marchó cuando vio acercarse a Keith, igual de musculoso, pero más alto que él.

—Muchas gracias, Keith —gruñó Meredith—. Estaba disfrutando de la vista. Por bien que te quede ese traje, no puedo fantasear contigo.

—¿Por qué no? —él sonrió—. ¿Solidaridad entre hermanas?

—No. Porque eres un cretino. A diferencia de otras, yo no perdono tan fácilmente.

—¡Eh! Estoy aquí —Cara se sonrojó.

—¿Y qué? —Meredith fulminó a Keith con la mirada—. Ten cuidado. Conozco esa mirada. Ni te atrevas a volver a romperle el corazón o los tiburones recibirán un aperitivo inesperado.

—Y sigo aquí —Cara le dio una palmada a su hermana que ni se inmutó.

Compartían la misma estatura, nariz y largas pestañas, pero ahí terminaban todas las similitudes. Meredith era capaz de detener el tráfico con sus evidentes atributos, mientras que la belleza de Cara era más refinada y discreta. Esa elegancia era lo que le había atraído en aquel bar de Houston, hasta el punto de no darse cuenta siquiera de la presencia de Meredith junto a Cara.

—Sí, señora —Keith hizo una reverencia—. Nada de romper corazones.

—Te lo digo en serio, Mitchell —insistió Meredith con gesto amenazador—. Te estaré vigilando.

—Tu bonita cabecita no tiene de qué preocuparse. Solo me interesa el trabajo. Nada más.

—Sí, claro. Y yo solo he venido por lo guapos que son los operarios de la piscina.

Meredith se dio media vuelta y lo dejó solo con Cara. La falda y la camisa acentuaban sus curvas y el tono color melocotón de las prendas le despertaron un insaciable apetito a Keith.

De repente, la temperatura pareció subir varios grados. Saber que no le había mentido le estaba removiendo ciertas cosas por debajo de la cintura.

—Meredith ha heredado la tendencia al melodrama de mamá —Cara puso los ojos en blanco.

—Siempre me ha gustado tu hermana.

—Yo no podría hacer este trabajo sin ella —Cara lo miró de arriba abajo—. ¿Querías algo?

—¿Qué tal está el tobillo? —no era eso precisamente lo que quería, pero...

—¿Has salido corriendo detrás de mí para preguntarme eso?

—Estaba preocupado por ti —Keith le retiró un mechón de cabellos que el viento le había colocado en el rostro. ¿Qué estaba haciendo?—. Eres una parte esencial de la muestra.

—Estoy bien. Aunque dudo que pueda salir a correr mañana.

—Pues qué pena —aunque le gustaba correr solo, le apetecía mucho repetir lo de aquella mañana.

El móvil sonó y Keith lo sacó del bolsillo, soltando un juramento al mirar la pantalla.

—¿Algún problema? —preguntó Cara.

—Podría ser. Se acerca una tormenta tropical —él le mostró la imagen enviada por el servicio meteorológico.

—¿Qué clase de persona tiene esa aplicación en su móvil?

—Un consultor contratado para darle la vuelta a un complejo turístico situado en el Caribe.

—Creo que todavía no me he hecho una idea de todas tus capacidades.

Keith se puso duro ante la sensual voz de Cara. No había olvidado sus ardientes besos y, si conseguía hacerse perdonar quizás podrían recordar los viejos tiempos.

—¿Estás coqueteando conmigo, Cara?

—En absoluto —la sonrisa de Cara era más amenazadora que los tiburones de Meredith—. Tu mayor habilidad sigue siendo la de la huida.

Dándose media vuelta, se alejó cojeando en pos de su hermana.

Ante la inminencia de la reapertura del hotel, la tormenta tropical y el desfile de vestidos de novias, Cara era una distracción que Keith no se podía permitir. Su pasado era doloroso e irreconciliable, independientemente de que ella lo hubiera perdonado.

Sin embargo, su frialdad era un desafío difícil de resistir. Dos años atrás se había mostrado ansioso por librarse de una mujer trofeo sin ambición, pero en esos momentos no podía pensar en otra cosa que en Cara.

Y Keith Mitchell jamás huía de un desafío.

Capítulo 3

—¿Qué quieres decir con que se ha cancelado el vuelo? —Cara se sentó en la cama y arrojó las sandalias contra la pared.

—C-a-n-c... —Meredith preparó la segunda cafetera del día.

—Ya sé cómo se escribe, listilla. ¿Por qué se ha cancelado el vuelo?

—Un fallo mecánico —su hermana se encogió de hombros—. Huelga de pilotos. El triángulo de las Bermudas. Elige tú misma. ¿Qué más da? Tú desfilas y yo lo dirijo todo. Les va a encantar. No te agobies.

Cara había enviado a Jackie de vuelta a su casa y la modelo sustituta tendría que haber llegado hacía una hora en el vuelo cancelado.

—Acepta esa botella de vino que Keith te ofreció. Necesitas calmarte.

—Algún día aprenderé a no contártelo todo —Cara se frotó el dolorido tobillo. Tras hacer un inventario mental de sus zapatos, se rindió. Aparte de las zapatillas para correr, todo lo demás eran altísimos tacones—. No me interesa estar cerca de Keith.

—Pues entonces me la beberé yo. La botella de anoche no estuvo nada mal.

—Puedes fantasear con él también si quieres. O acostarte con él. Me da igual.

—¡Cariño! —Meredith se paró en seco—. No sabía que seguías sintiendo algo por él. Que no se entere ¿de acuerdo? Hazle sufrir un poco.

—¡Yo no siento nada por él! —Cara se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo.

Estaba enfadada, aunque no tanto como esperaba, como solía estar. Keith se había comportado de una manera muy extraña tras descubrir lo rastrero que había sido. Se había quedado sin habla, algo nada habitual en él.

Debería haberle contado la verdad antes de la boda. Los dos habían cometido errores, el de Keith mucho más grave. Pero todo aquello había acabado y tenía trabajo que hacer.

—Gracias por tu numerito de pitbull, y me encantó la amenaza del tiburón —Cara se sentó en la cama—, pero no va a suceder nada con Keith. Es más, a partir de ahora no se mencionará jamás el nombre de Keith Mitchell. Para ti como si fuera Voldemort.

—¿Espeluznante, aunque guapísimo? —Meredith movió las cejas rápidamente.

—Cállate. Voy a relajarme cosiendo en la playa —metió el vestido en una bolsa junto con el estuche de costura.

—Pues yo me voy a la piscina. Quizás Marco Polo haya regresado ahora que tu novio no está ahí para asustarlo. No me esperes levantada —Meredith se despidió de su hermana.

La playa estaba desierta. Los invitados al desfile llegarían a finales de la semana.

Cara eligió una tumbona y cubrió varias con un plástico para colocar el vestido encima, con cuidado de que no entrara en contacto con la arena, a pesar de que el desfile tendría lugar en la playa y la arena sería inevitable. No había mucho que hacer, pero todos los vestidos estaban cosidos a mano. En Diseños Cara Chandler-Harris no existían las máquinas de coser.

Sin embargo, si el desfile conseguía atraer más clientes, tendría que replanteárselo. Si tenía varios pedidos, ya no podría demorarse un mes en cada uno. Enhebró una aguja y se recordó que se alegraba del crecimiento del negocio, aunque su hermana tuviera que convencerle de ello a diario.

Esa era su vida. Las bodas eran para las demás mujeres, no para ella. Ya no se imaginaba confiando en un hombre hasta el punto de enamorarse, mucho menos casarse con él.

Y hasta que llegara el día en que hubiera superado sus recelos, cosería. Eso le hacía feliz.

De repente una sombra cubrió las nuevas punzadas. Al levantar la vista soltó un juramento ante el brinco de su corazón al ver a Keith. ¡Cómo le sentaban los trajes a ese hombre!

—¿Ocupada? —preguntó él.

—No, solo intentaba broncearme.

—Lo siento, ha sido una pregunta estúpida —Keith se sentó en la tumbona contigua, sus rodillas casi rozándose—. ¿Te sigue doliendo el tobillo?

—Siempre utilizas la misma excusa para hablar conmigo. ¿No se te ocurre nada nuevo?

—¿Es que necesito una excusa para hablar contigo? —él sonrió.

—No, lo que necesitas es ponerte a la cola. ¿No ves lo popular que soy? —ella agitó una mano hacia la playa desierta—. Las sandalias no van bien con la arena. Por eso voy descalza. Y deja de preguntarme por mi tobillo.

No le gustaba parecer débil, sobre todo ante Keith. La amenaza del tiburón era atractiva, pero inútil. Los tiburones jamás se comían a los de su especie.

—Pues entonces probaré con otra excusa. Cena conmigo.

—En serio —ella soltó una carcajada—. ¿Qué quieres?

—Te lo acabo de decir, aunque me conformaré con un consejo. La coordinadora nupcial ha dimitido sin previo aviso. Su primera tarea consistía en organizar una boda de pega. ¿Crees que podrías organizarla tú con algún empleado?

—¿Necesitas mi ayuda? —Cara contempló el rostro imperturbable de Keith.

—Desesperadamente, y no me importa suplicar. Te compensaré por el tiempo invertido.

Cara sintió un delirio al imaginarse a Keith arrodillado en gesto de súplica.

—El dinero no es problema. Es el hecho de que me pidas un favor —estaría en deuda con ella y ya empezaba a pensar en cómo podría pagarle—. ¿Por qué me lo pides a mí?

—Porque tú ya has organizado una boda.

—Qué amable por tu parte recordarlo, Mitchell.

—He visto de lo que eres capaz y eres la única que estaría a la altura de mis expectativas —los ojos color caramelo la taladraban con la mirada.

—De modo que ahora mi capacidad para organizar bodas resulta una ventaja. Antes no te lo parecía tanto —ella esperaba la familiar punzada de ira, pero no llegó.

Necesitaba su ayuda para organizar una boda. Nada podría entusiasmarle más. Bueno, casi nada.

—No puedo cambiar el pasado, pero sí compensarte. Tus deseos son órdenes —la mirada de Keith se posó de nuevo en los pies desnudos que ella se apresuró a enterrar en la arena.

—No te molestes —Cara no sentía el menor deseo de averiguar cómo pensaba compensarla, bueno, quizás un poco sí—, te ayudaré, pero soy muy exigente y es difícil trabajar conmigo.

—No esperaba menos —Keith se inclinó hacia delante—. Gracias.

—¿Cuándo me necesitas? —casi sin aliento, ella sintió la rodilla de Keith contra el muslo.

—Ahora mismo —el caramelo se fundía, hechizándola.

—Te concedo una hora —Cara sentía arder la piel—. ¿Te bastará?

—Contigo y una hora puedo hacer maravillas.

—Seguimos hablando de lo mismo ¿verdad? —ella se humedeció la lengua.

—Eso espero —Keith le tomó la mano y tiró de ella.

—Estupendo —contestó Cara con voz ronca mientras se echaba hacia atrás—. Dejaré el vestido en la habitación y me pondré los zapatos. Me reuniré con tu empleada en el vestíbulo.

—Le diré que te espere allí —él la soltó, pero sin perder el contacto visual—. ¿Cara? Los dos sabemos que no hablábamos de eso.

Ella huyó a su habitación, donde llegó furiosa y sin respiración.

Keith sabía cómo hacer vibrar su cuerpo. Ese hombre la aterrorizaba. El camino que desplegaba ante ella no sería un camino de rosas.

Tenía graves problemas para comprometerse, y ella no estaba dispuesta a arriesgar de nuevo su corazón. Jamás podría tener una aventura caribeña con Keith Mitchell. Eran totalmente opuestos al respecto. A él no le interesaba el largo plazo. A ella sí.

Además, Keith poseía un esperma excepcional, capaz de saltarse cualquier control de natalidad y ya ni siquiera tomaba la píldora. Lo único que funcionaría sería la abstinencia.

Afortunadamente Meredith no estaba allí. Su hermana era capaz de leerle el rostro, y en esos momentos debía llevar escritas muchas cosas.

Keith esperó a Cara mientras escribía algunos mensajes para no parecer un adolescente al acecho de su amada. En la playa, las chispas habían sido evidentes por ambas partes, aunque ella fingiera lo contrario.

Pero él no tenía por qué fingir. El desfile le ocuparía durante las horas de trabajo, pero no había motivo para no relajarse después reavivando la vieja llama.

El sonido de los tacones anunció su llegada, aunque él ya la había sentido mucho antes. La brisa marina le había revuelto los cabellos y se moría por hundir las manos en ellos.

El resto del vestíbulo desapareció. Solo estaba Cara.

—Aquí estoy —anunció ella.

Allí estaba. ¿Por qué no conseguía centrarse cuando la tenía delante? ¿Sería el aire del mar?

Si seguía permitiéndole distraerlo de ese modo, iba a tener que dimitir de Regent antes del anochecer.

O también podría apartar su mente del escote de Cara y comportarse como el profesional que aseguraba ser. La ayudante del gerente, una nativa con quince años de experiencia en hostelería, se acercó.

—Mary Kwane, te presento a Cara —anunció Keith—. Mary se ocupa del trabajo hasta que encontremos otra coordinadora de bodas.

—¿Qué experiencia tienes? —Mary le estrechó la mano.

—Organicé una boda en dos meses —Cara sonrió.

—¿Para cuántos invitados?

—Para quinientos.

Keith la miró perplejo. ¿En serio? Su respeto por Cara aumentó. Lo había hecho todo estando embarazada. Y sin su ayuda.

Y por culpa suya no había podido disfrutar de ello. El estómago le dio un vuelco. Era imposible compensarla por lo sucedido.

—Os dejaré solas.

Tras repasar con Elena el plan para contratar a una nueva organizadora de bodas, pasó una hora en su despacho, enterrado en el papeleo. En la sala contigua, Alice repasaba con dos empleados la larga lista de tareas, comunicándole sus

progresos a través de un chat.

Tenía que olvidarse de lo hermosa y atractiva que era Cara, y del desafío que suponía. No había hecho nada para arreglar su metedura de pata y el rechazo de ella no podía ser más claro.

Una alarma saltó en el móvil, aunque no la necesitaba. Era el cumpleaños de su madre.

—Hola, mamá —saludó tras marcar el número—. Felicidades.

—Keith, qué alegría que me hayas llamado —contestó la mujer con frialdad, como si su hijo jamás telefonara, lo cual era del todo falso—. ¿Te gusta Turcas y Caicos? En esta época del año yo prefiero Bali, pero Grace Bay no está mal para una escapada de fin de semana.

«Cara está aquí, mamá. Sí, sigue estando estupenda, pero también distinta. No sé qué hacer».

—Estoy trabajando —contestó él—, no de vacaciones.

Los Mitchell no trabajaban, ganaban dinero lo más pasivamente posible. Sus padres jamás habían comprendido su inclinación a ensuciarse las manos. Lo más duro que había hecho su padre en los últimos veinte años era hojear el contenido del multimillonario fondo de inversiones que gestionaba. Pero, para Keith, seguir los pasos de su padre resultaba tan atrayente como beberse el agua del pantano de Florida con una pajita.

Lo que hacía que se levantara por la mañana era una fuerte ética de trabajo, resultados tangibles y el orgullo personal. El dinero no. El dinero era solo una recompensa por seguir su camino.

—¿Qué tal tiempo hace por Miami? —le preguntó a su madre.

—Horrible. La humedad resulta asfixiante.

—¿Recibiste el regalo que te envié? —en realidad lo había enviado Alice.

—Por supuesto. Muy bonito. Hubiera preferido que me lo trajeras en persona, pero estás tan ocupado trabajando...

—Iré a veros pronto —Keith suspiró—. Quizás el mes que viene, después de la reinauguración.

Las visitas eran algo que había que soportar, al igual que las llamadas, pero practicaba ambas con frecuencia porque para sus padres significaba mucho, algo que nunca entendería dado que se comportaban casi como extraños el uno con el otro. Jamás hablaban de sentimientos ni cosas importantes.

—Tu padre vuelve a sufrir dolores en el pecho. Si retrasas mucho tu visita, puede que sea tarde.

Su padre siempre sufría dolores en el pecho, porque insistía en comer picante. Y su madre siempre aprovechaba la oportunidad para hacer que su hijo se sintiera culpable.

«Cara dirige su propio negocio. Sé que no te impresiona porque jamás has

valorado lo mucho que he trabajado para conseguir lo mismo. Si no resultara paternalista, le diría lo orgulloso que estoy».

—Se está formando una tormenta tropical —informó a su madre—. Mantente atenta al canal meteorológico. Se dirige hacia Bahamas y podría alcanzar Miami.

—Esos nunca aciertan.

—Que te diviertas en la ópera, mamá. Dale recuerdos a papá.

Keith colgó la llamada con cierta sensación de soledad. Era el precio de su estilo de vida.

Un mensaje de texto de Elisabeth le informó de un problema en el *spa*, y sembró una idea en su mente. Fue en busca de Cara y Mary y las encontró enfrascadas en una acalorada conversación.

—A las novias no les gusta que elijan las flores por ellas —opinaba Cara con dulzura, a pesar de la tensión que se respiraba en la sala.

—Si vienen a casarse a Grace Bay, sí. Aquí las parejas no podrán elegirlo todo por adelantado —Mary tamborileaba impaciente con sus largas uñas sobre la mesa.

—Cariño, para eso está Internet. Para colgar fotos.

—No tenemos presupuesto para una web interactiva...

—Creía que ibais a hablar de la boda de pega, no de los servicios nupciales del complejo —interrumpió Keith.

—No se puede separar una cosa de otra —puntualizó Cara sin dejar de sonreír a Mary—. Has invitado a varios editores de revistas para novias. Van a escribir la reseña de la boda de pega. El mes que viene, alguna joven lo verá y pensará que es justo lo que quiere, pero luego se encontrará con que la boda de pega no tiene nada que ver con los servicios reales que se ofrecen aquí. ¿Cómo se lo vas a explicar a los ejecutivos de Regent?

—Excelente puntualización —Keith la miró boquiabierto.

—Quizás deberías empezar por explicarles a esos ejecutivos el coste de las ideas de Cara —Mary la fulminó con la mirada.

—Mary —a Keith se le había ocurrido una idea mejor—, necesito un informe detallado de los servicios nupciales del complejo para dentro de una hora. Trabaja con Alice para cuadrar las cifras. Cara, tú vienes conmigo.

—Aún no he terminado aquí —Cara lo miró con expresión de desconfianza.

—De momento sí. Estudiaré el informe de Mary y nos reuniremos por la mañana. Gracias a las dos por vuestra dedicación —Keith tuvo que morderse la lengua para no sonreír ante el ceño fruncido de ambas mujeres. Mujeres y bodas: una bomba de relojería.

Mary se fue en busca de Alice y Cara se sentó en una silla, con las piernas cruzadas. Desafiante, expectante.

—¿Ya te ha caducado el bono de machismo?

—No del todo —él sonrió—. Aún le quedan unos días. Vamos. ¿O necesitas que te lleve en brazos?

—¿Adónde vamos? —Cara se cruzó de brazos.

—Es una sorpresa.

—No pienso cenar contigo —insistió ella—. Tengo mucho trabajo y, al parecer, mañana voy a tener que dedicarle más tiempo al tuyo. A no ser que la sorpresa incluya vino y un baño de espuma, olvídale.

—Precisamente —Keith se inclinó y la levantó delicadamente de la silla—. La directora del *spa* necesita un conejillo de indias para evaluar a los nuevos empleados. Y he pensado en ti.

—Qué manera de disimular un cumplido —se quejó Cara, aunque el rostro se le iluminó.

Keith percibía el delicioso perfume de esa mujer y el más mínimo movimiento haría que casi se tocaran.

—Creo que mencionó algo de champán —continuó él con voz ronca. Debería marcharse de allí cuanto antes.

—Te sigo.

—¿No estabas demasiado ocupada? —Keith era incapaz de apartar la mirada de sus ojos.

—¿Para un *spa*? Nunca —susurró Cara.

—Sígueme —Keith estaba a punto de perder la compostura.

Tras presentarle a Elisabeth, se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vas? —lo llamó Cara.

—Vuelvo al trabajo —como siempre.

Elisabeth se retiró para instruir a las esteticistas mientras Cara le daba un pequeño empujón.

—No tan deprisa, Mitchell. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Sugieres que yo también actúe como conejo de indias? El *spa* no está incluido en mi agenda —ni lo estaba volver a escucharla recriminarle sus acciones pasadas.

—En la mía tampoco. Pero aquí estoy, haciéndote otro favor. Lo menos que puedes hacer es escuchar lo que tengo que decir sobre servicios nupciales. Mary se equivoca.

—De acuerdo —eso podría considerarse trabajo—, me quedo. Pero no pienso hacerme la manicura. Seré el tipo discreto sentado en un rincón.

—¡Ja! Tú eres tan discreto como un elefante en una corsetería.

—Ya están preparadas —anunció Elisabeth.

La mujer los instaló en sendos sillones antes de que aparecieran tres mujeres cargadas con diversos instrumentos de tortura. De inmediato rodearon a Cara y, sin dejar de parlotear, empezaron a hacerle toda clase de cosas mientras a Keith lo ignoraban por completo.

Tampoco le importó, pues le permitió deleitarse con la visión de los pies desnudos de Cara sumergidos en agua antes de ser masajeados. La escena le resultaba de lo más erótica.

—Elisabeth —llamó a su empleada—. Dile a tu chica que tenga cuidado con el tobillo izquierdo de Cara, se lo torció esta mañana.

—Sí, señor —Elisabeth transmitió el mensaje mientras Cara fruncía el ceño y Keith le sacaba la lengua.

—Habías dicho que querías hablar.

—Eso fue antes de que mis huesos empezaran a derretirse de gusto —ella cerró los ojos—, pero como sé que estás muy ocupado, escucha atentamente.

Durante la siguiente media hora, Keith sufrió el tormento de la lujuria mientras escuchaba a Cara enumerarle los fallos detectados en un plan que Elena, y él mismo, habían aprobado hacía tiempo. Por último se lanzó a una detallada explicación sobre flores, luna de miel y mariposas.

Cara había dado en el clavo y Keith iba a tener que reconsiderarlo todo. Pero eso sería al día siguiente.

Las chicas al fin terminaron con Cara y la ayudaron a ponerse en pie. La joven se tambaleó y Keith se apresuró a sujetarla por la cintura.

Ella se acurrucó, los cuerpos reconociéndose, perfectamente encajados. Dos años no habían conseguido borrar la curva de esa cintura de la mente de Keith.

Al salir del *spa*, comprendió de repente lo tarde que era. El cielo estaba pintado de espectaculares tonos de naranja, rosa y amarillo. Y el agua se había oscurecido.

—Justo a tiempo, Mitchell. Cualquiera otra chica pensaría que lo tenías todo planeado.

—Por mucho que me halague tu comentario —él rio—, ni siquiera yo puedo controlar la naturaleza.

—El *spa* estuvo bien —ella se soltó del abrazo—. Gracias.

—Me gustaría hacer más.

—No me cabe duda —ella lo miró divertida—. ¿Es ahora cuando mencionas lo tarde que es y sugieres que tomemos algo?

—Alguna vez tendrás que comer.

—Contigo no —Cara empezó a alejarse cojeando, pero él la agarró y la empujó contra el edificio.

—¿Vas a alguna parte, Cara? —preguntó Keith, la manos apoyadas contra la fachada a ambos lados del bonito rostro.

—Tengo una cita —ella se humedeció los labios—. Y no es contigo.

—Cancéla.

—No quiero hacerlo.

«Quédate. Quiero estar contigo. Conocerme realmente».

—¿Estás segura? —Keith se inclinó hacia ella—. Sabes que es cuestión de tiempo que mis manos se posen sobre ti — deslizó un dedo por su garganta hasta el inicio del escote.

A la menor señal de aceptación por parte de Cara, se lanzaría de cabeza. Entre ellos se desprendía un intenso calor que él conocía bien. Se acercó un poco más.

—Date una ducha fría —le aconsejó ella—. Tengo la impresión de que la necesitas.

—Pues dúchate conmigo —sin duda ella tenía que haberse dado cuenta de la erección.

«Ahora mismo no quiero estar solo».

—¿Y no anularía eso el propósito de la ducha fría? —ella parpadeó—. Vayamos al grano. No me interesa. Y no entiendo cómo se te ha ocurrido que accedería.

Keith presionó el suave abdomen de Cara con su erección y vio cómo ella entreabría los labios.

—Estoy leyendo entre líneas.

—Keith —ella lo miró fijamente, privando a sus pulmones de oxígeno—. ¿Tienes idea de lo que hay entre dos líneas? Nada.

Y sin decir nada más, se agachó para escabullirse, sin siquiera cojear.

Capítulo 4

Cara durmió mal. Le hubiera gustado echarle la culpa a las costumbres nocturnas de Meredith, pero cuando al fin amaneció, no pudo echarle en cara haber regresado a las tres de la mañana.

El verdadero culpable era el maestro de la lectura entre líneas. ¿Por qué tenía que ser Keith tan delicioso? Saltó de la cama y se duchó, pero ni siquiera la segunda taza de café le mejoró el ánimo.

—Hora de levantarse —Cara destapó a su hermana.

—Buenos días a ti también —Meredith se estiró como un gato—. ¿Queda café?

—Estás demasiado fresca para alguien que apenas ha dormido cinco horas.

—Tú también lo estarías si hubieras disfrutado de una noche como la mía —su hermana movió las cejas—. Paolo ha trabajado en Phuket. La de cosas que se pueden aprender en Tailandia.

—¡Qué sutileza la tuya! —contestó Cara secamente—. Tenemos mucho trabajo y el innumerable me ha convencido para que ayude a preparar la boda de pega.

—No me explico cómo lo habrá hecho —Meredith sonrió y se encaminó a la ducha.

Cara suspiró y continuó trabajando en el vestido donde lo había dejado el día anterior. El *spa* había resultado muy agradable, y le había arreglado el tobillo. Tuvo la sensación de que había sido un regalo de Keith, a pesar de su insistencia en que necesitaba evaluar al personal.

Quizás fueran ambas cosas, tanto daba. Tenía que dejar de pensar en Keith y, sobre todo, dejar de recordar los buenos momentos de su relación.

Se concentró de lleno en el vestido, imaginándose que, algún día, una novia de verdad lo querría llevar en su boda y se lo tendría que adaptar a su cuerpo. Sus vestidos no eran de un solo uso, por mucho que Keith insistiera en lo contrario.

Diseños Cara Chandler-Harris satisfacía una necesidad. Algún día, el matrimonio llenaría su vacío. Hasta entonces, cosería.

Una hora más tarde, Keith le envió un mensaje, provocándole un estremecimiento.

—Voy a reunirme con Keith en la playa —le informó a su hermana en tono desafectado—. Quédate aquí y sigue trabajando en los vestidos.

—¿Te has vuelto loca? —Meredith se levantó bruscamente—. Esto no me lo pierdo.

—No se trata de un espectáculo —Cara frunció el ceño—. Solo vamos a repasar las líneas básicas de la boda falsa. La muestra comienza mañana y estos vestidos no se van a arreglar solos.

—Cielo, cada vez que Keith y tú coincidís en la misma habitación, el espectáculo está asegurado —su hermana dobló el vestido con cuidado—. Y no he dicho que no vaya a seguir trabajando mientras asisto al numerito.

Cara se rindió. Lo cierto era que no le apetecía estar a solas con Keith. La presencia de Meredith sería una bendición.

Al llegar a la playa, Cara observó extrañada la cantidad de personas que allí había. Habría jurado que Keith le había hablado de escasez de personal.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Hay que ensayar la ceremonia —él gritó una orden a un empleado que pasaba por ahí—. Son los participantes.

—Pues a trabajar —Cara se dirigió a un chico de rostro aniñado—. Necesitamos sillas blancas de madera colocadas en dos secciones paralelas a cada lado del pasillo. Unas diez filas.

—Sí, señora.

—Esas han sido las palabras más sexys que he oído pronunciar jamás en público —Keith sonrió—. Hazlo otra vez.

Cara le devolvió una gélida sonrisa para fingir que el cumplido no le había afectado.

—Tú encuentra a Mary y pídele un ramo de esas flores que tanto le gustan. Sé amable o se esforzará en fastidiarme. Puede traerlas ella misma o enviar a alguien, pero las necesito ya.

—Ahora es cuando te toca impresionarte con mi eficacia —Keith le guiñó un ojo y envió un mensaje de texto—. ¿Y ahora qué?

—¿Insinúas que me vas a permitir darte órdenes? —Cara había contado con que Keith se marcharía a buscar a Mary.

—Solo hasta que deje de resultarme sexy —él se encogió de hombros—. Supongo que tardará un rato. Además, te pedí ayuda y no me importa que implique que tú tomes el mando.

Keith recorrió su cuerpo con la mirada, dejando claro que ese mando se extendía a cualquier actividad. Cara se ruborizó y una chispa le saltó en su núcleo, donde nada debía chisporrotear.

—Música —murmuró ella con esfuerzo. Si algo había aprendido de su madre era a fingir calma cuando sentía todo lo contrario—. ¿Grabada o en directo?

—De momento, grabada —Keith posó la mirada en los deliciosos labios.

Para Cara casi fue como si la hubiese besado. Por eso no había dormido en toda la noche. Había soñado con Keith besándola como solía hacer, con maestría y pasión.

La arena pareció moverse bajo sus pies. No servía de nada fingir desinterés cuando ambos sabían que era mentira.

—Señor Mitchell...

Ambos se volvieron al unísono hacia la voz que había hablado. Keith respondió a una pregunta antes de dirigir la mirada a su alrededor, no sin cierta expresión de culpabilidad.

Cara se preguntó cómo había permitido que un momento como ese se desarrollara delante de tanta gente. Ambos tenían un trabajo que hacer.

—Tú —murmuró en voz muy baja para sí misma—. Olvídate de los calzoncillos de Keith y céntrate.

Keith debía haberse dado la misma orden, pues durante las dos horas que siguieron no la miró a los ojos ni una sola vez. Poco a poco, el escenario de la boda fingida tomó forma, aunque el viento no dejaba de soplar los pétalos de rosa que Mary había arrojado en el pasillo central.

—¿Cómo se te ocurrió organizar esta muestra en septiembre? —se quejó Cara cuando una de las antorchas salió volando. Por suerte, aún no la habían encendido.

—Septiembre es el mes más flojo a causa del tiempo — contestó Keith sin inmutarse—. El complejo debe estar abierto en octubre, de modo que rezaremos para que nuestro amigo, *Mark*, la tormenta tropical, se desvíe de su rumbo.

La preocupación en su voz era tan evidente que Cara sintió un deseo repentino de ayudarlo.

—Ya hay bastante decorado para ensayar la ceremonia. ¿Quiénes son los contrayentes?

—Nosotros —los ojos de Keith chispearon mientras le ofrecía una mano—. ¿Me harás el honor?

Cara se esforzó por contener una risa histérica. Era su sino. Siempre novia, jamás casada.

Cuando Cara le tomó la mano como si fueran a casarse realmente, Keith apenas pudo asimilar la impresión antes de que se reflejara claramente en su rostro.

—¿Te parece bien? —preguntó él.

Cara debería contestar que no, sobre todo teniendo en cuenta que aquello no era más que un ensayo para la boda de pega que se celebraría durante la muestra.

Lo cierto era que debería negarse. Porque ese hombre ya la había destrozado una vez en el terreno de las bodas, y porque la atmósfera sensual y electrificante empezaba a hacer sudar a Keith.

—Claro ¿por qué no? —Cara desvió la mirada hacia el improvisado altar que Mary y ella habían tardado cuarenta y cinco minutos en montar—. Ya es hora de ver de qué va todo esto.

Era un recordatorio nada sutil de que nunca había podido participar en su propia boda. Claro que si bromeaba sobre algo así, era evidente que ya lo había superado.

—Al fin parece que vas a hacerme desfilas hasta el altar —Keith se arriesgó con su propio chiste.

Tras intercambiar sonrisas, el peso que Keith había llevado desde su encuentro en el ascensor, desapareció. ¿Qué había hecho para merecerse el perdón y la ayuda de esa mujer?

—¿Colocamos a nuestros invitados? —sugirió él.

—Tú ocúpate de los invitados. Yo haré lo propio con la música y el oficiante —Cara le soltó la mano y un gélido frío se instaló en la palma de Keith.

Observó a Cara colocar a Meredith y al chico de la piscina, que su hermana llevaba pegado a la cintura, al mando del equipo de música. El rostro de Cara se veía luminoso y la blusa de seda se le ajustaba tan bien al escote que resultaba difícil apartar la mirada de ella. Keith se lamentó por no haber sugerido evaluar también la suite nupcial.

Pero seguramente ella lo rechazaría y ya tenía el ego bastante lastimado de la noche anterior.

Los empleados tomaron asiento para comenzar la función. Tras la apertura, el hotel dispondría de oficiantes para las ceremonias, pero para el ensayo habían echado mano del chef.

Cara, ramo en mano, esperó a Keith junto al altar. Meredith puso en marcha el equipo de música y el viento tuvo el detalle de amainar ligeramente.

Entre las sonrisas cómplices de sus empleados, encantados de ver a su jefe en tal tesitura, Keith avanzó por el pasillo. Y todo por culpa de una broma inoportuna que se le había ocurrido.

La sonrisa de Cara, sin embargo, lo impactó. Nunca la había visto tan hermosa.

Dos años atrás, vestida de novia, también le había parecido hermosa, pero sin duda prefería esta boda, y no solo porque al final seguiría tan soltero como al principio; la sensación era de libertad, de ligereza.

Cara había hecho un gran trabajo, lo cual no le pillaba por sorpresa. Keith era muy bueno en lo suyo y no la habría elegido si pensara que fuera a fracasar.

La mujer había dado en el clavo en todos los aspectos. Esa nueva Cara, al mando de todo, lo estaba dejando pasmado.

Se reunió con ella mientras en su mente ya tenía una lista de pequeños ajustes. La arena debía ser rastrillada antes de la ceremonia, y el chef no podía ser el oficiante de la boda de pega porque estaría ocupado en la cocina. Y por último, Cara tenía que dejar de sonreírle así.

No le permitía concentrarse.

—¿Qué te hace tan feliz? —le preguntó con brusquedad—. Todo esto mentira y lo sabes.

—Ahí te equivocas —ella le dedicó una ardiente mirada—, lo veo en tu cara. Esto era justo lo que querías para tu boda de pega. Eso significa que me debes una, y cuando me lo cobre, créeme, te va a parecer muy real.

Las palabras de Cara encerraban toda clase de interesantes posibilidades, nada que ver con su rechazo de la noche anterior. Pedirle a Cara ese favor iba a resultar ser la mejor idea que hubiera tenido en toda la semana.

—¿En serio? —preguntó él con voz ronca—. Eso ya lo veremos.

La advertencia era fingida, pues nada le importaría menos que estar en manos de esa mujer.

Ella le guiñó un ojo y comenzó a dar órdenes mientras Keith seguía tomando notas mentalmente. La perfección no existía, y habría que seguir haciendo ajustes, incluso después de la apertura del complejo.

A sus espaldas, la música se interrumpió y solo se oyó el crujido de las olas. Sobre sus cabezas, las gaviotas reían, un complemento extraño, pero que encajaba en el escenario.

—Nos hemos reunido hoy aquí... —Hans, el chef, comenzó tras aclararse la garganta.

—Puedes saltarte esa parte —ordenó Keith secamente—. Sí, quiero. Ella quiere. Nada que objetar.

—Yo soy la que manda aquí, y le pedí que hiciera el numerito completo —Cara le sacudió un codazo en las costillas—. No sirve de nada ensayar si luego te saltas algunas partes. ¿Cuánto durará la boda de pega? ¿Lo sabes? No. De modo que cállate y escucha los votos.

Los asistentes murmuraron su acuerdo y Keith cerró la boca. De todos modos, ella tenía razón.

Hans comenzó de nuevo y Keith se inclinó hacia Cara.

—Cuidado con lo que sueñas, querida —susurró.

—¿A qué te refieres? —murmuró ella.

—Me refiero a que me has convencido por completo para que no nos saltemos ningún paso de la ceremonia —él esperó a que Hans los declarara marido y mujer y tomó a Cara en sus brazos.

Con deliberada delicadeza, le apartó los cabellos que el viento le había puesto en labios, y los sustituyó por su boca. Lentamente, para que ella pudiera acostumbrarse.

Sus cuerpos se fundieron y el deseo le estalló en las venas a Keith. Con Cara siempre había resultado ardiente, pero aquello estaba fuera de control.

«Te deseo. Aquí y ahora».

Olvidándose de la delicadeza, Keith la sujetó con más fuerza y el beso se volvió más apasionado, más adecuado para la intimidad. Pero ya no podía parar.

Cara respondía tan dulcemente, que estuvo a punto de tumbarla sobre la arena. Lo había hecho a menudo en el pasado, pero nunca con esa nueva Cara.

Lo que había surgido como un sucio truco para tenerla en sus brazos, se había vuelto contra él.

Tardó un buen rato en darse cuenta de los gritos y silbidos del público.

Cara se apartó con los cabellos revueltos, casi tan sexys como el beso.

«¿Qué había pasado con lo de no distraerse?». Cara Chandler-Harris, eso había pasado.

Sin dirigirle ni una mirada, la joven dio una palmada para llamar la atención de todos y empezó a dar instrucciones. Era evidente que el beso no la había afectado tanto como a él.

—Has hecho un gran trabajo —Keith la miró con evidente deseo de más—. ¿Si te pido otro favor, me pegarás un tiro?

—Depende de qué sea.

Ahí estaba. Al fin había percibido un ligero temblor en la mirada color café. Por algún motivo, eso animó a Keith.

—Echa un vistazo conmigo a la suite nupcial.

Una de dos, o lo tumbaba o se reía. Era demasiado pronto después del beso, pero esa mujer era un desafío viviente. Además, quería saber qué más había cambiado desde hacía dos años.

—Sí —contestó ella sin pestañear—. Si me pides ese favor, te pego un tiro. Inténtalo de nuevo.

—Vamos —él sonrió—. Dijiste que iba a parecerme muy real. El beso fue una auténtica atracción de primera. Hagámoslo en serio, Cara. Al desnudo.

A eso sí se echó a reír.

—Tienes una muestra que organizar, y yo vestidos que modificar. Eso es lo más real que va a haber entre nosotros. De momento.

Con el ambiguo comentario de despedida, ella se dirigió al edificio principal mientras Keith se preguntaba si su actitud inaccesible se había vuelto una afición.

Dos años atrás, no le había resultado difícil conquistarla. ¿Había contribuido eso a reducir su atractivo para él? Porque en esos momentos la deseaba diez veces más que entonces.

Y era evidente que estaba comprometiendo su capacidad para centrarse en el trabajo. Cuanto antes se acostara con Cara, antes saciaría su curiosidad. No iba a dejarla escapar.

Capítulo 5

La lluvia comenzó a caer al poco de que Cara llegara a su habitación. El agua golpeaba con fuerza las ventanas. Nada que ver con los chaparrones de Houston.

De no haber oído hablar nunca de la exposición nupcial de Regent, estaría tranquilamente escondida en su casa, ignorante de que Keith seguía siendo capaz de derribar sus defensas y convencida de que su carrera le servía para llenar el inmenso vacío hasta encontrar a alguien.

Los labios aún le escocían tras el beso de Voldemort Mitchell, un mago de la seducción. Pero en su pecho se extendía un profundo dolor, dolor del que ya había tenido de sobra.

¿Por qué no lo había abofeteado? En cuanto le había comunicado su intención de no saltarse ninguna etapa, había sabido qué iba a hacer.

Meredith entró riendo en la habitación, empapada hasta los huesos. Bajo los zapatos de Prada, totalmente arruinados, se acumuló un charco de agua. Cara frunció el ceño. Los zapatos eran suyos.

—¿Cuándo te he dado permiso para que te pongas mis zapatos?

—¿Al nacer? —Meredith puso gesto de estar cavilando—. Es una norma entre hermanas. Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. ¿Recuerdas?

—Da igual. La próxima vez, preguntas.

—¿Acaso te habrías negado? —su hermana se desnudó y se dirigió al cuarto de baño—. Y deja de pagar conmigo tu mal humor. No es culpa mía que sigas sintiendo algo por Keith.

—No estoy de mal humor por eso —Cara hizo un mohín.

La puerta del cuarto de baño se cerró antes de que pudiera explicarle que había perdido tanto tiempo ayudando a Keith que iba muy retrasada con los arreglos de los vestidos. Lo único que hacía soportable la situación era pensar que Diseños Cara Chandler-Harris iba a ser conocido a nivel nacional. Su empresa era su familia y no estaba dispuesta a traicionarla por sentirse atraída por el hombre equivocado.

De todos modos, Meredith se daría cuenta de la mentira. Desde luego iba retrasada con el trabajo, pero el mal humor se debía más al hecho de que no había abofeteado a Keith tras el beso porque había deseado ese beso. La organización de la boda de pega había sido divertida y se había dejado llevar. ¿Quién podría resistirse a Keith, el mar y una boda, todo junto?

Sin embargo, no era su boda y no se casaba con Keith. Como la última vez.

La diferencia era que, aunque llevaría el vestido en el desfile sin casarse, tenía un negocio. Los arreglos que le quedaban por hacer eran más importantes para su futuro que una boda real.

—Paolo me comunica que hay una fiesta abajo —Meredith salió del cuarto de baño con el móvil en la mano—. Hans ha preparado un buffet y Keith invita a las

bebidas. Vístete y vamos.

—Estoy ocupada —era un poco pronto para encontrarse de nuevo con Keith.

—De eso nada. Necesitas alcohol, sexo y diversión. Y tienes las tres cosas a tu alcance, cielo —su hermana se vistió—. Al menos baja a comer algo. No quiero ir sola.

—No hay ninguna posibilidad de que tú estés sola en una fiesta con ese vestido.

—Me he traído el vestido de Balenciaga que tanto te gusta —Meredith sonrió traviesa—. Te lo presto, a pesar de lo mala que fuiste conmigo hace un rato por lo de los zapatos.

—Gracias —Cara estaba conmovida ante el gesto de su hermana—. Te acompañaré, con el vestido.

La lluvia no había remitido y a las hermanas les costó un buen rato cruzar el complejo con un paraguas pequeño para las dos. Cuando llegaron, la fiesta ya estaba en pleno apogeo.

Paolo se acercó a ellas, marcando músculo bajo la camiseta, con dos bebidas. Le entregó una copa a Meredith mientras miraba con expresión de disculpa la mano vacía de Cara.

—Gracias, adoro los *Cosmopolitan* —Meredith tomó un sorbito de la bebida rosa.

En realidad, lo que a Meredith le gustaban eran los martinis, cuanto más secos mejor. No había vuelto a probar nada que llevara sombrillita desde aquel fin de semana en Las Vegas del que seguía sin querer hablar.

—Toma.

Cara se dio la vuelta y encontró al innumerable con una copa de vino tinto. La aceptó con un asentimiento porque su estúpido corazón le había atado un nudo en la lengua.

El exquisito cabernet llenó su boca de un sabor celestial.

—¿Este es el vino que vais a servir a los clientes? —le preguntó cuando al fin pudo hablar. La botella era desorbitantemente cara.

—Solo a los que se alojen en la suite nupcial —él hizo entrecocar la copa con la suya—. Pretendía insinuar que te gustaría explorarla conmigo, pero tu mente se quedó en el estómago. Una pena.

—Aún me queda vino en la copa —ella bebió otro sorbo.

La facilidad con que Meredith se había liado con Paolo no le había puesto celosa, no mucho al menos, pero de repente, Cara tuvo la sensación de haberse llevado el premio gordo. No era habitual que un hombre se fijara en los detalles, y a Keith no se le escapaba ni uno.

Quizás debería agradecerle a su hermana el que la hubiera convencido para ir a la fiesta. Era hora de relajarse y dejar de preocuparse si Keith le alteraba los planes.

El jefe de animaciones del hotel reclamó la atención de todos. Se llamaba Mark,

como la tormenta que se aproximaba, y alguien le había fabricado una corona de papel con la palabra «huracán» escrita.

—¿Qué sucede? —susurró Cara—. ¿La lluvia es de la tormenta tropical?

No había consultado la predicción meteorológica y de repente sintió inquietud. La muestra no podría seguir adelante ¿o sí?

Keith se inclinó hacia ella, haciéndole cosquillas con su aliento y provocándole una extraña sensación en el estómago. Llevaba demasiado tiempo sin disfrutar de compañía masculina.

—Deja que yo me preocupe por la tormenta —le sugirió al oído con voz sensual—. Si hubiera algún problema, te lo diría.

—Necesito voluntarios para jugar al juego de los recién casados —anunció Mark, micrófono en mano—. Dos parejas. Animaos. No tenéis que ser pareja de verdad.

Cara le dedicó una mirada de advertencia a Keith que respondió con una sonrisa.

—No se me ocurriría. Dejemos que otros tengan la oportunidad de fingir estar casados.

Keith se dejó caer en una silla y le dio una palmada al asiento contiguo. Dado que le había prometido no ofrecerse voluntario para el juego, Cara se sentó a su lado.

—Por cierto, estás impresionante con ese vestido —le susurró él al oído.

—Venga ya —Cara se sonrojó violentamente—. Seguro que se lo dices a todas.

—Eres la única con la que estoy hablando. Y no es por casualidad.

Keith apoyó un brazo descuidadamente en el respaldo de la silla de Cara. A punto de dedicarle otra de sus miradas asesinas, desistió ante la agradable sensación del roce de la manga contra su espalda desnuda.

A nadie le sorprendió que Paolo y Meredith fuera una de las parejas voluntarias. Cecelia, una de las doncellas, y el chico de rostro aniñado que había colocado las sillas en la playa, saltaron también al escenario y tomaron asiento junto a la primera pareja.

Mark entregó una pizarra a cada uno de los «recién casados», y pidió a las esposas que respondieran a la primera pregunta sobre sus maridos.

—¿Calzoncillos o slips?

Las concursantes escribieron la respuesta y, ante una señal de Mark, dieron la vuelta a las pizarras.

Cara puso los ojos en blanco al leer lo que Meredith había escrito: «Ninguna de las dos cosas».

Paolo sonrió al mostrar su pizarra en la que había escrito: «Nada».

Los invitados aplaudieron. Cecelia y su compañero de rostro aniñado no habían coincidido, de modo que el primer punto fue para Paolo y Meredith.

—Me sorprende que les hayas concedido un descanso a todos —murmuró Cara al oído de Keith.

—No es fácil mantener la actividad constantemente —asintió él—. Y han trabajado muy duro.

—Qué benevolente por tu parte —la admisión resultaba sorprendente viniendo de ese hombre.

Su hermana y el chico de la piscina dominaron el concurso hasta el final y fueron proclamados ganadores. Mientras tanto, Cara había vaciado su copa de vino y por alguna inexplicable razón gritó a pleno pulmón:

—Apuesto a que no ganaríais a una pareja de verdad.

—Apuesto a que no hay ninguna en esta sala —contestó su hermana.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Vamos —Cara ni siquiera miró a Keith que, afortunadamente, no se resistió, antes de agarrarle la mano y tirar de él hasta el escenario mientras se dirigía a su hermana—. Vas a perder, cielo.

—¿Eso crees? —Meredith sonrió enigmática—. Siéntate, Paolo. Vamos a enseñarles cómo se hace.

El público vitoreó la decisión y Mark buscó un segundo juego de preguntas.

—¿Qué? —preguntó Cara al advertir que Keith la miraba con gesto divertido.

—No creía que estuvieras interesada en fingir que éramos pareja.

—No estoy fingiendo. Ya nos hemos visto desnudos. Me encantará darle su merecido a los... campeones.

—De modo que si perdemos no estarás muy contenta conmigo...

—No. O sea que no pierdas —le aconsejó ella.

—¿Cuál es tu posición preferida? —Mark hizo la primera pregunta.

—El misionero —Cara hizo una mueca y escribió la respuesta. Se lo tenía merecido.

Mamá sufriría un infarto si supiera que su hija estaba aireando sus preferencias sexuales.

—¡Mostrad las pizarras! —gritó Mark.

La pizarra de Keith coincidió con la de Cara, mientras que en la de Paolo se leía: «Todas».

Pero Cara apenas disfrutó del tanto, pues en su mente solo cabía la imagen de Keith sobre ella, sudando.

Keith se aclaró la garganta y la miró con un travieso brillo en los ojos. Sabía perfectamente en qué estaba pensando.

De pronto ella sintió un tremendo calor y se removió en el asiento mientras se imaginaba lo que sucedería si accedía a inspeccionar la suite nupcial con él. Quizás, como bonificación, recibiría otra botella de ese delicioso vino.

No. Estaba allí para trabajar, no para perder el tiempo y su energía en un revolcón con un hombre que la había tenido, y la había abandonado en el altar el día de su boda.

—Siguiente pregunta —anunció Mark—. Pocas personas saben esto de tu marido, pero él... ¡A rellenar la pizarra!

¿Qué clase de pregunta era esa? A Cara no se le ocurría nada. Meredith ya había garabateado su respuesta, de modo que escribió lo único que podría funcionar y mostró la pizarra.

«Que le gusta correr». Al menos era cierto.

Sin embargo, Keith había escrito: «Microcervecería».

—¿Qué significa eso? —preguntó Cara sorprendida.

—Es mi afición desde hace diez años —Keith se encogió de hombros.

Era cierto. Durante el tiempo que habían estado juntos, Keith había fabricado su propia cerveza.

La pareja contrincante había coincidido al escribir: «Cinturón negro». ¿En serio? Cara miró a Paolo con renovado respeto e intentó olvidar el hecho de que su hermana conocía mejor a su conquista que ella al hombre con el que casi se había casado.

La siguiente pregunta empujó a Cara a buscar una segunda copa de vino.

—Mi marido y yo somos totalmente opuestos cuando se trata de...

Sospechaba que «matrimonio» no sería una respuesta políticamente correcta. La primera ronda de preguntas había resultado mucho más sencilla.

Lo cierto era que Keith y ella eran virtualmente unos extraños. Quizás siempre lo habían sido. Ni siquiera había conocido su aversión al compromiso hasta el día de la boda.

¿Qué momento hubiera sido el ideal para descubrir que no estaba enamorado de ella? Más aún ¿debería haberse dado cuenta ella sola? Ni siquiera había sido consciente de que sus sentimientos hacia él no eran tan fuertes como creía. Había asegurado estar enamorada de él, pero ni siquiera era capaz de nombrar su afición.

A la desesperada escribió «religión». Keith era católico y ella metodista.

Pero en la pizarra de Keith se leía: «Cuadrar las cuentas».

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Cara—. Mis cuentas siempre cuadran. Todos los meses.

—¿También en tu negocio? —preguntó él con dulzura.

—¡Por favor! —bufó ella—. Pago a un gestor contable para que se ocupe de eso.

—Como dije —Keith la miró inexpresivo—. Totalmente opuestos.

Opuestos en todas las cosas importantes, como el matrimonio, los hijos y el amor. Aquello resultaba un poco falso, pues ella misma tampoco lo tenía claro. Quizás por eso no era capaz de culminar una boda y convertirse en una esposa.

—Los simples mortales no podemos almacenar el contenido de un carrito de la compra en nuestras cabezas —Cara agitó una mano en el aire—. Bueno, sí, pero no con tu precisión, Mitchell.

—Lo tomaré como un cumplido —Keith sonrió—, tanto que seas capaz de nombrar algo tan mundano como un carrito de la compra, como que me encumbres al estado casi divino. Supongo que somos totalmente opuestos en cuanto a la religión.

Lord Voldemort había hablado.

—Última pregunta —Mark ignoró la creciente tensión—. ¿Quién fue el primero en decir «te quiero»?

La pizarra de Cara cayó al suelo con gran estrépito. Ya no soportaba la tortura.

Keith sonrió a modo de disculpa y siguió a Cara, que huía del salón.

No podía dejarla marchar, no cuando era evidente que estaba a punto de llorar, no porque fueran perdiendo. Se trataba de otra cosa y tenía que averiguarlo.

Cara corrió bajo la lluvia, sorprendentemente ágil para llevar tacones. Al fin alcanzó su habitación y se encerró en ella, seguramente sin darse cuenta de que Keith le pisaba los talones.

—¡Oye! —él abrió la puerta. Necesitaba saber que estaba bien.

—¿Qué quieres? —ella se volvió.

La visión de Cara empapada fue un golpe bajo. El vestido rosa se le pegaba al cuerpo como si se lo hubieran pintado, y era evidente que no llevaba sujetador.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz ronca.

—Obviamente no —ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Me fui porque quería estar sola. Márchate.

—Claro —Keith se cruzó de brazos. De ninguna manera iba a marcharse—. En cuanto me expliques qué sucede. Nunca te había visto tan enfadada por ser vencida.

—Ese es el problema ¿verdad? —espetó Cara con voz trémula—. No me conoces tan bien ¿verdad?

—No tanto como me gustaría —admitió él—. Por eso te invité a la suite nupcial.

—Ese aspecto mío si lo conoces, Mitchell —ella puso los ojos en blanco.

—¿En serio? —Keith cerró la puerta de la habitación—. ¿En dos años no has aprendido ningún movimiento nuevo bajo las sábanas? Quizás te has apuntado a yoga tántrico...

—Pues no —ella lo miró furiosa—. Y para tu información, he dedicado los dos últimos años a montar una empresa, no al Kamasutra. ¿Qué conseguirías con un revolcón? ¿Qué te diría eso de mí como persona?

—Que me apetece pasar algún tiempo contigo —Keith se abrió la camisa—. Por Dios, Cara, aquí hace mucho calor.

—Ya te dije que el aire acondicionado no funciona. Gracias por advertirlo —el sarcasmo de Cara lo asfixió un poco más—. Y no te atrevas a utilizarlo como excusa para intentar acostarte conmigo.

—Jamás se me ocurriría —mintió él.

Esa mujer, con su vestido rosa, lo estaba matando.

Debería marcharse. En el aire se respiraba la tensión. Si fuera solo de naturaleza sexual, podría manejarla, pero había algo más profundo, y no estaba seguro de qué hacer.

—¿Qué te pasa? —intentó centrarse en el tema original—. Si te marchaste porque Meredith y ese chico iban ganando, yo no le daría mucha importancia. La única razón por la que sabía que era cinturón negro es porque usa esa frase para ligar. Se lo ha contado a todas las mujeres disponibles de la isla. Que lo sea realmente o no es otra historia.

Keith mantenía la mirada fija en la pared detrás de Cara y advirtió el aburrido tono de beis en el que estaba pintada. Un detalle que no le habría pasado desapercibido si no hubiera estado tan ocupado persiguiendo a una mujer que ya lo había rechazado innumerables veces en los dos últimos días.

La mirada pareció posarse por voluntad propia en el rostro de Cara. ¿A quién quería engañar? Era incapaz de dejar de mirarla, ni de deseársela.

—Pues yo no sabía que fuera cinturón negro —gimoteó ella.

—Tú no estás disponible —señaló Keith—. ¿O sí?

—¡No! Bueno, quizás. No lo sé —Cara se sentó en la cama—. Ese es el problema. Ya no lo sé.

«Cuéntamelo, cariño», quiso decirle Keith.

Pero fue incapaz de pronunciar palabra.

Cara se desabrochó las sandalias y Keith aprovechó la distracción para sentarse en la cama a su lado. Mala idea. Estaba lo bastante cerca del vestido rosa como para tocarlo, y demasiado lejos de la puerta por la que debería haber salido.

Esa mujer necesitaba algo, y él seguramente era la última persona del mundo capaz de dárselo.

Por primera vez en su vida, no sabía cómo acertar en la diana.

Capítulo 6

Tenía que hacer algo, de modo que le tomó una mano. Los dedos de Cara se cerraron en torno a los suyos y Keith sintió el estómago calmarse.

—No hace falta que te quedes —protestó ella—. Seguro que hay muchas cosas que preferirías hacer. Vuelve a la fiesta. Estaré bien.

—Estar aquí sentado contigo es lo que más me apetece —lo cual era totalmente cierto.

Intentó convencerse de que quedarse era un desafío, pero tenía la impresión de que había algo más.

—Eso lo dices porque crees que vas a tener suerte.

—Lo que te he dicho es verdad, Cara —la frustración estalló en su interior. Furioso, no se contuvo—. Vivo para aprovecharme de mujeres llorosas y disgustadas. Me ponen. ¿Puedes dejar de pensar que todo lo hago por el sexo?

—Lo siento —ella lo miró impresionada—. Yo no... Espera ¿insinúas que el sexo no es lo único que te importa?

Keith gruñó. La trampa que había tendido sin darse cuenta, acababa de cerrarse. Cinco minutos antes, el sexo era lo único que le importaba. ¿Cuándo se habían cambiado las tornas?

—Vamos a analizar la situación. Me estoy perdiendo una fiesta en la que el alcohol, que pago yo, fluye libremente. Además, llueve a cántaros, pero, de todos modos te he seguido hasta tu habitación. Mis pantalones siguen mojados —lo había olvidado por completo—. Estás disgustada. Yo diría que los hechos hablan por sí mismos, pero dado que no es así, te lo explicaré. Tú me importas, de lo contrario no estaría aquí.

—¡Oh! —lentamente, ella asimiló las palabras de Keith—. Siento haberte sacado de la fiesta. Y en cuanto a mi mal humor, no es culpa tuya. Me estoy cuestionando todas las decisiones que he tomado en mi vida y a ti te ha pillado el fuego cruzado.

—Me alegra saberlo. No he venido para interferir en tu crisis —era lo más parecido a apoyo moral que podía ofrecerle—. Te escucho.

Cara se tumbó de espaldas sobre la cama con las piernas colgando y contempló el techo como si contuviera todos los secretos del universo.

—¿Cómo llegamos al punto de caminar hasta el altar sin conocernos realmente?

—Eh... —«tú estabas embarazada», no era la respuesta que ella querría oír—. Creo que la pregunta es por qué tiene tanta importancia para ti.

—No creo siquiera que estuviera enamorada de ti. Me convencí a mí misma de que lo estaba. ¿Cómo pude no saber que no lo estaba? —Cara golpeó el colchón con los puños.

—¿Y todo esto por el estúpido juego de los recién casados? Se suponía que

debía ser divertido, no una oportunidad para sopesar las decisiones tomadas hace un millón de años —Keith no pudo contenerse y le retiró un mechón de cabellos de la frente.

—Sí, por el juego. Pero también por la conversación en el ascensor. El beso... —Cara se mordió el labio—. Borra lo último.

—Ni lo sueñes —él se detuvo—. ¿Qué pasa con ese beso?

Ella dudó tanto que Keith supuso que no iba a contestar. Pero al fin Cara se volvió hacia él.

—Fue... diferente. Ya nos habíamos besado antes. Muchas veces. ¿Cómo pudo ser diferente?

—¿Diferente mejor o diferente peor?

—¿Esperas un cumplido? —ella sonrió tímidamente—. No fue peor. Pero tampoco como solía ser.

Quizás fueran las mejores noticias que Keith hubiera escuchado en todo el día.

—¿Quizás porque fue algo espontáneo, libre de las presiones de hace dos años?

—Quizás.

Keith le acarició la cabeza mientras sopesaba lo que le gustaría decirle frente a lo que ella necesitaba oír. No quería fastidiarla.

—Nos comprometimos muy rápido. Y ahora nuestras vidas son completamente diferentes. Tú eres una empresaria. Yo soy un consultor en una gran empresa. Ninguno de los dos puede permitirse el lujo de mantener una relación permanente, y el beso no fue más que un producto del instante.

No era verdad. Estaba tan alejado de la realidad que Keith debería retirarlo de inmediato. El beso había sido producto de la necesidad.

«Niégalo, Cara. Dime que para ti significó algo».

—Ese es el problema —ella hizo una mueca—. Lo que yo quería era una relación. Ahora ya no lo creo.

—¿Y qué quieres? —Keith no conseguía entenderla.

—Durante toda mi vida he soñado con una gran boda y vivir feliz como la señora de alguien. Y entonces me abandonaste —ella lo fulminó con una preciosa mirada—. Me resigné a que eso no era para mí y me sumergí de lleno en Diseños Cara Chandler-Harris. Antes de darme cuenta, tenía una empresa de vestidos de novia en lugar de un marido. Y seguramente debía ser así. Durante estos últimos días he comprendido que ni siquiera sé lo que es amar.

Las lágrimas que se acumularon en los ojos a Cara le resultaron inmensamente dolorosas a Keith, que le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

—¿Y quién lo sabe? ¿Tú crees que Meredith y Paolo están enamorados? El amor no es tan bonito como lo pintan.

El amor, seguramente, ni siquiera existía. Pero ¿qué sabía él si jamás lo había

sentido?

—Eso es evidente —ella hizo una mueca—. Es muy duro. Acabo de descubrir que no tengo ni idea de cómo debería ser una relación. ¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

—A mí me parece que necesitas un apasionado revolcón en una isla tropical con alguien que sepa cómo tratarte — sugirió Keith—. Sin presiones. Sin campanas de boda. Solo dos adultos divirtiéndose.

Lo cual cuadraba perfectamente con lo que necesitaba él, más de lo que podría explicarle. O explicarse a sí mismo. Por eso prefería las relaciones temporales.

—Eso sería estupendo. Lo malo es que Paolo parece muy contento con mi hermana.

—¡Ay! —Keith tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonar patético.

—Meditaré sobre tus palabras —ella lo miró—. Gracias por hacerme compañía, pero estoy agotada y necesito descansar.

—Duerme un poco —era evidente que acababan de echarlo de allí—. Estaré por aquí.

Keith salió de la habitación lamentándose por el destino que lo había dejado atrapado en una isla con una mujer a la que deseaba más que el aire para respirar, pero que no le correspondía.

Por otra parte, había mantenido una conversación emotiva sin sufrir un infarto. Y tenía la clara impresión de que le había proporcionado a Cara el apoyo que necesitaba, y sin obtener nada a cambio.

¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

Corrió bajo la lluvia, pero no regresó a la fiesta. Se dirigió a su habitación. Siempre había preferido estar solo ¿no?

Cara se sorprendió al despertar y comprobar que eran las siete y media de la mañana.

Ni siquiera había oído a Meredith, que dormía en la otra cama. O su hermana había aprendido a entrar en las habitaciones sin parecer un tornado, o ella había estado más agotada de lo que creía. Había dormido toda la noche del tirón.

Saltó de la cama y miró por la ventana. Seguía lloviendo. Giró el tobillo y comprobó que parecía estar mejor. Estaría bien correr un poco bajo la lluvia. Al menos no habría muchas posibilidades de encontrarse con Keith.

La alcanzó a nueve metros de su habitación.

—¿Corres conmigo? —la saludó en tono desenfadado, como si todo estuviera bien entre ellos.

Y así era ¿no? Tal y como le había explicado, ninguno de los dos estaba en

situación de mantener una relación permanente.

La invitación para acostarse con él había sido clara. Pero sin presiones.

La noche anterior, Keith se había comportado como un caballero. Se merecía una oportunidad, una segunda oportunidad.

—Claro. Me encantará correr contigo.

Corrieron en silencio bajo la lluvia. La arena mojada resultó más peligrosa de lo que Cara había anticipado y tuvo que concentrarse en luchar contra los elementos.

Tras correr tres kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, se detuvieron bajo el altar donde se habían prometido amor y fidelidad el día anterior.

—¿Qué tienes previsto para hoy? —preguntó Cara, de repente no queriendo dar por finalizada una manera tan agradable de comenzar el día.

No conseguía olvidar la conversación de la noche anterior. Si a Keith no le interesaba solo el sexo ¿qué le interesaba entonces?

—Voy a inspeccionar personalmente todas las habitaciones del hotel. Si la tuya es un ejemplo, no están preparadas para recibir clientes, y la mayoría vendrá mañana para la inauguración.

—Pues menudo trabajo ¿no? —debía haber al menos quinientas habitaciones en todo el complejo.

—Todas mis tareas son de envergadura —él sonrió—. La única insuperable será contener la tormenta tropical *Mark*.

Cara había intentado convencerse de que la lluvia era normal para aquella época del año, pero algo en el tono de voz de Keith la alarmó.

—¿Va a alcanzarnos?

—Creo que deberías hablar en presente, no en futuro.

—¿Qué? —la angustia se apoderó de Cara—. ¿Podemos quedarnos en la isla? ¿Estamos seguros?

Estaban atrapados en una isla en medio de una tormenta tropical. Todos los documentales que había visto sobre huracanes llenaron su mente de imágenes a todo color, incluyendo las del efecto de vientos de más de ciento noventa kilómetros por hora. Por no mencionar las inundaciones.

—Estamos más seguros que los isleños en sus chozas destartaladas. Lo peor de la tormenta sigue a varios kilómetros de aquí y puede que al final no nos alcance. Quizás suframos algún corte de electricidad —Keith se encogió de hombros—. El espectáculo debe continuar.

Parecía tan seguro que Cara intentó relajarse. El peligro no era inminente ¿verdad? Se mordió una uña antes de escupirla. Arruinar su manicura no haría que la tormenta se desviara. Tenía que encontrar otro modo de tranquilizarse.

—Déjame inspeccionar las habitaciones contigo —se ofreció impulsivamente.

No podía quedarse sentada esperando la llegada del huracán. Meredith podía

quedarse todo el día en la habitación arreglando los vestidos.

—¿No tienes cosas que hacer? —él la miró con ojos desorbitados.

—Sí, pero soy el jefe —a Cara le gustaba cómo sonaba. Era la primera vez que pensaba en sí misma en esos términos. ¿Qué otro nombre podía dársele a quien firmaba los cheques?—. Puedo ordenar a mis lacayos que trabajen mientras yo me ocupo de... otro trabajo.

—Toda ayuda será poca. ¿Quedamos en el vestíbulo en cuarenta y cinco minutos?

—Claro —eso le proporcionaba tiempo de sobra.

Al final se limitó a cambiarse de ropa mientras se comía una magdalena. Su hermana protestó por verse obligada a trabajar como una esclava mientras ella se iba por ahí con Keith, pero para cuando Cara estuvo lista para marcharse, ya tenía el costurero en la mano.

Cara reprimió una sonrisa. Una de las razones del éxito de su empresa era lo valoradas que se sentían todas las empleadas, su hermana incluida. Constituían la mejor de las pseudofamilias, porque todas habían elegido formar parte de ella.

—Volveré dentro de un rato —Cara salió de nuevo a la lluvia y aplastó la vocecilla en su mente que le preguntaba qué demonios hacía abandonando a su familia, y sus responsabilidades. ¿Y para qué? ¿Para ayudar a Keith?

El hombre le dedicó una sonrisa resplandeciente al verla aparecer y toda su atención se centró en el rostro de Cara. Quizás el impulsivo ofrecimiento de ayuda fuera un velado intento de estar en su compañía y comprenderlo un poco más. Pero eso no era ilegal.

Keith le entregó una *tablet*.

—¿Qué es esto? —en la pantalla aparecía una lista con cincuenta elementos.

—Cada habitación tiene que cumplir al menos con cuarenta y ocho, pero ninguno de los problemas pueden situarse entre los diez primeros —Keith pulsó la pantalla—. Solo nos vale el cien por cien para los diez primeros elementos. Cuando entres en una habitación, anota el número en la parte superior de la pantalla y luego ve marcando cada elemento.

—Esto es muy exhaustivo —iba a llevar al menos una hora inspeccionar cada habitación. En lugar de aceptar una tarea para la que no tenía tiempo, debería haber reconocido sin más que quería conocer al Keith Mitchell de la noche anterior. Quién había sido. Quién era en esos momentos.

—Regent me contrató para darle la vuelta a este complejo.

—Necesitas al menos diez personas para este trabajo si pretendes terminar hoy.

—Seguramente. Pero no confío en que nadie más que esté a la altura de mis exigencias.

Y, sin embargo, confiaba en ella. Cara sintió una intensa calidez inundarle el estómago.

—¿Por dónde empezamos?

—Por esta torre —Keith señaló hacia arriba—. Empezaremos por la planta superior e iremos bajando. Tú a un lado del pasillo y yo al otro.

—¿Quieres decir que vamos a trabajar por separado? —eso no se parecía en nada a la idea que ella se había formado—. Pensaba que lo haríamos juntos.

—Eres consciente de que vamos a inspeccionar habitaciones. Vacías. Y con camas. ¿Verdad? —Keith se volvió bruscamente y la miró con expresión traviesa.

—Por supuesto que lo soy —Cara se sonrojó—. ¿Tienes miedo de que me aproveche de ti, cielo? Mantendré las manos quietas.

Lo último que debería hacer era flirtear con ese hombre. Era peligroso y podría darle la impresión equivocada. Desgraciadamente, tampoco sabía cuál era la acertada.

—Acabaremos mucho antes si vamos por separado, créeme —él rio.

Y así lo hicieron durante un par de horas. Arte en las paredes. Comprobado. Cortinas de ducha. Comprobado. Aire acondicionado operativo. Comprobado.

Aquello le dolió a Cara. Hasta ese momento, todas las habitaciones tenían el aire acondicionado funcionando. Al llegar a la vigésima habitación, tenía una cuenta que ajustar con el responsable de todo aquello. Además, se aburría ella sola.

—¿Dónde está el chiste, Mitchell? —ella entró en la habitación en la que estaba él.

—¿El chiste?

Cara empezaba a estar de muy mal humor. Keith no formaba parte del plan. Desearlo no formaba parte del plan. Pero lo peor era que no tenía ningún plan.

—Todas estas habitaciones tienen el aire acondicionado funcionando perfectamente. ¿Por qué me alojo yo en la única que lo tiene estropeado?

—Si no recuerdo mal, me advertiste que no lo utilizara como excusa para acostarme contigo —él se cruzó de brazos—. Y no lo he hecho.

—Trasládame a una de estas habitaciones —Cara se apoyó contra el marco de la puerta.

—Estas habitaciones están reservadas para los invitados a la muestra. No puedo alojarlos en la torre que tiene el ascensor estropeado.

—Pero sí puedes alojarnos allí a los que te estamos ayudando —ella frunció el ceño.

—Tú no vas a escribir un artículo sobre el ascensor o la falta de aire acondicionado —Keith le dedicó una seductora sonrisa—. Necesito que los invitados queden maravillados. Tú lo lograrás con esos increíbles vestidos de novia. Yo, asegurándome de que cada una de estas habitaciones esté a la altura de los VIP que llegarán mañana.

—Tu habitación se encuentra en esta torre —Cara se plantó ante él.

—Sí —él recorrió su cuerpo con una ardiente mirada. El mensaje era bastante

claro. Estaba más que dispuesto a compartir su habitación con ella.

—Deja de ser tan cerebral —ella hundió un dedo en su fuerte torso.

¡Por Dios, qué alto resultaba ese hombre cuando ella no llevaba tacones! Y ese torso, firme con los pectorales bien definidos... A Cara le costó no deslizar el dedo por toda la superficie.

¿Y por qué no hacerlo? Él no se lo iba a impedir. En realidad, la animaría a ello.

—Creía que ibas a mantener las manos quietas —Keith contempló el dedo—. ¿Has encontrado algo que tengas tantas ganas de tocar como para romper tu promesa?

Ella retiró la mano, pero él la atrapó justo a tiempo, sujetándola contra su pecho. El corazón de Keith latía bajo la palma de su mano, acelerándose a medida que ella posaba su mirada en los ojos color caramelo.

—Era más un consejo que una norma. También un ejemplo de tu excesiva lógica —Cara era consciente de que debería regresar a la habitación que había dejado a medio inspeccionar.

—¿Seguro que quieres que deje de ser tan cerebral? —inquirió él con dulzura—. La lógica tiene sus beneficios. Por ejemplo, estamos en una habitación de hotel donde algún día se alojará una pareja de recién casados. Sería una pena que la cama no aguantara una vigorosa ronda de sexo. Por lógica, debería asegurarme de que sea así.

—Eso parece muy lógico —al parecer, el cerebro de Cara la había abandonado por completo. Porque de ninguna manera quería marcharse de allí, y de ninguna manera quería quedarse.

—Me alegra que estés de acuerdo —Keith se inclinó hacia ella.

Cara sintió las cosquillas del aliento en su oreja. Y sin que mediara voluntad por su parte, su propio rostro giró para que los labios de Keith chocaran con su cuello. También sin voluntad, su cuerpo se arqueó de placer.

Él acomodó sus labios a ese cuello y ella gimió. Sujetándole el rostro entre las manos, reclamó su boca mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

El cuerpo de Cara se incendió. Sabía que Keith abandonaría todo control en cuanto ella se lo indicara, para luego devorarla hasta hacerle gritar.

Esa había sido su intención al ofrecerse voluntaria para esa tarea. Un comentario de la noche anterior: «Me importas», había cambiado el curso de su vida.

Necesitaba averiguar hasta dónde le importaba. ¿Qué había cambiado en dos años? En los últimos días había aprendido más sobre Keith que en los seis meses que habían estado juntos.

Deseaba más. Lo deseaba a él. Quería saber cómo era el amor, sentirlo. Amor verdadero, no la pálida sombra de afecto que se habían dedicado en el pasado.

El beso se hizo más intenso mientras Keith le separaba las piernas con una rodilla, friccionando el delicado núcleo, despertando un ardiente y denso deseo.

El móvil de Keith sonó, rompiendo el encanto. ¿Cómo se había dejado llevar en

tan poco tiempo? Ambos se encontraban en medio del mayor proyecto de sus respectivas carreras, pero ella solo pensaba en explorar el cuerpo de ese hombre.

—¿Tienes que contestar? —preguntó ella mientras se apartaba.

—No tenía pensado hacerlo —Keith gruñó—. Pero supongo que sí.

—Podemos continuar más tarde —ella sonrió.

—Eso ya estaba previsto. Yo pensaba retomarlo ahora, y también más tarde.

El espacio previamente ocupado por Keith se llenó repentinamente de sensatez.

—A pesar de lo lógico que sería comprobar todos los aspectos de las habitaciones —ella hizo una mueca—, los dos tenemos trabajo que hacer. Además, para hacerlo bien de verdad, tendríamos que probar todas las camas.

—Qué gracia. Estaba pensando lo mismo —Keith miró la pantalla del móvil y soltó la mayor palabrota que incluía su vocabulario.

—¿Qué sucede? —Cara se alarmó. Esa palabra solo la pronunciaba cuando sucedía algo muy malo.

Capítulo 7

A Keith le resultaba difícil hacerle entender a su cuerpo que la diversión había terminado.

Volvió a consultar el mensaje en su móvil. Pero en lugar de impulsarle la sangre desde la parte inferior del tronco hasta el cerebro, donde más la necesitaba, el texto solo consiguió enfurecerlo más.

—Parece que hemos inspeccionado las habitaciones sin necesidad —anunció—. La tormenta *Mark* ha provocado el cierre del aeropuerto.

—¿Y eso qué significa? ¿Se ha cancelado la exposición? —Cara lo miró preocupada.

Keith suspiró con fuerza en un intento de aliviar su frustración y le envió un mensaje a Elena.

—De eso nada. Bueno, no creo —le contestó a Cara—. Confiamos en que el aeropuerto abra de nuevo en unas horas. En ese caso, todo continuará como estaba previsto.

¿Faltaba mucho para las cinco de la tarde? Su pésimo humor y la situación en general exigían unos cuantos tragos de tequila.

La interrupción, además, había servido para recordarle que no estaba allí de vacaciones con Cara, libre para seducirla en la playa, o ducharse juntos. Entre ellos, la única agua que habría serfa la que caía del cielo.

Le asustaba sentirse tan frustrado por todo lo que le impedía perseguir su objetivo. La transformación del complejo turístico era su trabajo, y la cantidad de cifras que figuraba en los cheques que Regent le abonaba exigía un esfuerzo por su parte. Pero, por primera vez en su vida profesional, su deseo no tenía nada que ver con su trabajo.

Le envió otro mensaje a Alice para que organizara una reunión de emergencia con el equipo de gestión. Todo el mundo se volvería a él en busca de respuestas, y no podía fallar.

—Tengo que terminar estas habitaciones y luego asistir a una reunión —le anunció a Cara.

—Supongo que eso significa que no lo retomaremos más tarde —ella tomó de nuevo la *tablet*.

Cara se merecía algo más que uno rapidito de quince minutos. Y él también.

Por otra parte, según Cara, ser jefe te permitía ordenar a tus empleados que trabajaran por ti. Quizás fuera el momento de empezar a delegar.

—Si consigo zanjar los temas más complicados, te enviaré un mensaje sobre las nueve de la noche. Ven a mi habitación a tomar una copa. No te retrases —le advirtió.

—¿Y qué pasa si me retraso?

—Vendré a buscarte y te arrancaré una prenda por cada minuto que te hayas retrasado.

—¿Pretendes que sea puntual o intentas convencerme para que llegue tarde?

—Márchate —él la empujó con delicadeza—. Termina las habitaciones de tu lado del pasillo y no vuelvas a interrumpirme con quejas sobre el aire acondicionado.

Keith continuó inspeccionando habitaciones hasta que Alice le envió un mensaje para informarle de que todos aguardaban en la sala de reuniones. Pasó la tarde discutiendo sobre los planes de contingencia, compañías de seguros y preparaciones ante las inundaciones.

Tuvo que hacer un supremo esfuerzo por concentrarse. Elena pidió comida y él comió sin saborear nada mientras Mary sugería trasladar la exposición al interior. En la pantalla del ordenador, un radar suministraba imágenes puntuales de la evolución de *Mark*.

La buena noticia era que la tormenta tropical no había pasado a huracán.

La mala, que el aeropuerto seguía cerrado.

Alice tomó notas y repartió las tareas. La lista de Keith tenía el mismo número de objetivos que las de los demás porque no había tenido corazón para añadirles una mayor carga a sus empleados por culpa de un egoísta deseo de reavivar una vieja llama bajo las sábanas.

Todo el mundo permaneció en la sala de reuniones y para cuando Keith levantó la vista de su trabajo, ya eran las diez de la noche. El viento aullaba en el exterior y, de vez en cuando, algo sólido golpeaba la fachada del edificio.

El aeropuerto estaría cerrado indefinidamente. La noche prometía ser larga, estresante y solitaria.

Elena se dejó caer en una silla a su lado y gruñó con la cabeza entre las manos.

—Cuéntamelo —la animó Keith.

—No hago más que repasar la agenda en busca de un milagro que permita inaugurar mañana.

—Los milagros no existen. Solo horas de trabajo sin sueldo —normalmente Keith endulzaría un poco un comentario así, pero ya no le quedaba paciencia.

—Eso es inaceptable —Elena frunció el ceño.

—Tienes razón. Al final habrá una compensación —aunque le costaba vislumbrarla en esos momentos—. No sé qué me pasa.

—Llevas semanas trabajando doce y dieciséis horas al día —contestó la mujer—. Tómame un respiro. La tormenta seguirá adelante y no podemos cambiarlo. Mañana por la mañana continuaremos, suponiendo que el hotel siga en pie.

Keith sonrió. Por eso había contratado a Elena Moore, por su pragmatismo.

—Una idea estupenda —sin pensárselo más, comenzó a teclear en el móvil un mensaje para Cara.

Tras enviarlo, se levantó de la silla y recogió sus cosas.

Si Cara aún no estaba dormida, tendría una posibilidad de liberar parte de su frustración personal. La profesional tendría que esperar al día siguiente.

Cual adolescente, mantuvo la vista fija en la pantalla del móvil.

Nada.

A lo mejor estaba enfadada porque habían quedado a las nueve y él había insistido mucho en la puntualidad.

Corrió a su habitación sin preocuparse por la lluvia. El viento casi lo derribó, pero al fin consiguió llegar, aunque totalmente empapado.

Cara también estaría empapada cuando llegara, suponiendo que lograra convencerla.

Empapada, sexy y todo aquello con lo que había fantaseado desde la noche anterior.

En cuanto salió del ascensor y entró en su habitación, le envió otro mensaje.

De repente, agotado, se dejó caer en el sofá y esperó, demasiado cansado para fingir que solo deseaba el placer carnal. Lo cierto era que se contentaría solo con verla.

Aquella noche la necesitaba. Más de lo que necesitaba el sexo.

Raro ¿no?

A las once menos cuarto, Cara seguía sin llamar a su puerta. No iba a aparecer y él tendría que decidir si le quedaba energía suficiente para ir a buscarla.

Cara continuó caminando por la habitación. Agarraba el teléfono con tanta fuerza que la pantalla seguramente quedaría dañada para siempre.

—Esa alfombra empezará a fritar en cualquier momento —observó Meredith—. ¿Qué haces aquí todavía? Hará unos veinte minutos que recibiste el mensaje.

—No puedo hacerlo.

Era incapaz físicamente de acercarse a la puerta. Incapaz de devolverle el mensaje. Incapaz de tomar una decisión para salvar su vida. No tenía ni idea de qué sucedería si traspasaba la raya.

La indecisión había comenzado en cuanto había dejado a Keith y había crecido hasta convertirse en algo monstruoso a medida que pasaban las horas. Una parte de ella esperaba que Keith estuviera demasiado ocupado. Haciendo caso omiso, su hermana le había obligado a vestirse con un conjunto de sujetador y tanga y un escotado vestido de verano.

Y de repente el móvil había sonado y ella había entrado en estado de pánico.

—¿Qué no puedes hacer? ¿Dejar que un pedazo de hombre te haga sentir de

maravilla? —Meredith puso los ojos en blanco—. Estás loca.

—No lo estoy —sí, lo estaba.

Cualquiera que se abriera a la posibilidad de ser destrozada de nuevo, estaba loca. Cualquiera que desperdiciara la oportunidad para estar con un hombre que la deseaba, confiaba en ella, se preocupaba por ella, estaba doblemente loca.

El problema era que no sabía hacia cuál de las dos situaciones se dirigía. Y no podía seguir sintiendo lo mismo por Keith. A fin de cuentas, ya había creído amarle en una ocasión. Y desde luego no confiaba en él. Eran dos adultos disfrutando de un revolcón en una isla. Sin presiones ni promesas.

—Me dijo que yo le importaba y, al mismo tiempo, que ninguno de los dos podíamos permitirnos el lujo de mantener una relación estable. ¿Qué significa eso? ¿Ahora mismo no, pero más adelante sí? ¿Lo dijo solo para acostarse conmigo?

—Estás preguntádoselo a la persona equivocada.

—No se lo puedo preguntar a Keith.

Habría jurado que tenía las cosas claras antes de aterrizar en Grace Bay. Diseños Cara Chandler-Harris había sido creada para superar a Keith y se había encontrado con algo que amaba. Algo que se le daba bien. Algo que calmaba su dolorida alma.

Pero jamás había pensado que la empresa ocupara el lugar de una relación. Jamás había esperado que Keith regresara a su vida.

—¿De qué demonios dudas? —bufó su hermana.

—¿Qué pasará después? —Keith no era de los que se casaba, pero ¿y si ella tampoco lo era?—. ¿Y si me acuesto con él y nuestras ideas sobre la relación son opuestas y...?

—Cielo, te estás equivocando por completo —Meredith adoptó una pose pensativa—. Deja de comportarte como una cría. Eres una mujer. Haz que ese hombre se desnude y se tumbe en la cama, y después utilízalo a tu antojo. Haz que el género femenino se sienta orgulloso de ti.

—¿Es ese el secreto? —Cara sonrió.

—No hay ningún secreto. Piensas demasiado. No permitas que el pasado arruine el presente. Y sobre todo, no permitas que lo haga un futuro que ni siquiera se ha producido.

—¿Y eso lo dice la gran experta en relaciones? —era un golpe bajo producto del secretismo que Meredith siempre exhibía sobre su vida amorosa, o su falta. La interacción de su hermana con los hombres empezaba y terminaba en el dormitorio, pero eso no le daba derecho a ser cruel con ella. Empezó a disculparse, pero ella la interrumpió.

—No —el rostro de Meredith se ensombreció—. Lo dice la experta en fastidiarla. Por eso sé lo que no hay que hacer.

Según ella, obsesionarse con un plan entraba en esa categoría. Y quizás tuviera razón.

La empresa de Cara le proporcionaba un grado de satisfacción nunca antes conocido. Pero estaban en Grace Bay, no en Houston, y podía hacer lo que quisiera. Ser quien quisiera ser. Si había sido capaz de montar su propio negocio, también podía disfrutar de un revolcón con su ex. No hacía falta ningún plan.

Y cuando hubiera terminado, se marcharía sin más. ¿Qué tenía que perder en realidad?

—Lárgate de aquí y reza para que no se haya desmayado de aburrimiento —Meredith señaló la puerta con la cabeza. Cara respiró hondo. Podía hacerlo. Al menos podía llamar a la puerta de Keith. Paso a paso.

Toc, toc, toc.

Keith despertó de la incómoda cabezada en el sillón. Solo podía ser Cara.

—Llegas tarde —la saludó—. Y eso significa que perderás una prenda por cada minuto de retraso.

El corazón a Keith se le aceleró. Cara estaba mojada, pero no lo suficiente.

—Creo recordar que ibas a venir a buscarme —contestó ella con cierto remilgo—. Y no lo hiciste.

—¿Y ahora quién es cerebral? —él le tendió una mano y la atrajo hacia sí.

Las luces eran suaves y sonaba música de jazz. De haberle advertido de su inminente llegada, habría hecho algo más por establecer la atmósfera adecuada.

Aunque no sabía bien qué atmósfera hacía falta. Cuando una mujer llegaba tarde no solía augurar nada bueno.

—Qué bonito —observó ella—. Ser jefe tiene sus ventajas.

Cara se dejó caer en un sillón de cuero, ignorando el sofá en el que cabrían los dos y podrían haber empezado los preliminares.

Sin embargo, si no estaba allí para retomar lo que habían interrumpido aquella mañana ¿para qué había ido?

—Pensé que no vendrías.

¿Por qué había abierto la caja de los truenos? Esa mujer lo había pillado desprevenido con su tardanza.

—Yo tampoco lo pensaba —Cara carraspeó—. Pero aquí estoy.

A pesar de la ambigüedad, Keith podría con ello. Cara estaba allí y eso bastaba. Si la cosa iba a más, genial. Si no, tampoco pasaba nada.

Por primera vez desde que la conocía, deseaba pasar tiempo con ella, hablar con ella, escuchar sus opiniones y... ¡Por Dios! ¿Qué le sucedía?

Keith le sirvió una copa del mismo vino que había tomado la noche anterior. Se

sentía extraño, como si estuvieran en la primera cita.

Y quizás en cierto modo fuera así. Al menos era la primera cita con la nueva Cara, después de haber hecho borrón y cuenta nueva de su desastroso pasado como pareja, incluyendo los errores de Keith. Quizás ella hubiera llegado a la misma conclusión, de ahí su distanciamiento.

Cara se había ganado el derecho a ser cortejada, por muchas veces que se hubieran visto desnudos en el pasado.

—Tengo una curiosidad —Keith tomó un sorbo de vino—. ¿Qué esperas de esta feria... profesionalmente?

—Fama, por supuesto —ella lo miró extrañada.

—Eso por supuesto —él sonrió—. Me refería a cuáles son tus metas. ¿Un quince por ciento más de pedidos? ¿En cuánto tiempo? Esa clase de cosas.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Porque me interesas —balbució Keith con la sensación de haber pisado arenas movedizas—. En el caso de que se cancelara la exposición ¿a cuánto ascenderían tus pérdidas? Mejor mantener la conversación en el terreno laboral.

—No quiero que cubras mis pérdidas, si es eso lo que estás pensando.

—No era mi intención en absoluto —Keith se bebió la mitad de la copa de vino con la esperanza de que su cerebro sintonizara con la lengua, o al menos le nublara la mente hasta el punto de que no le importara si la estaba fastidiando.

Quizás lo mejor sería callarse y besarla. Nunca habían tenido problemas de comunicación en ese aspecto, pero las vibraciones eran tan extrañas que dudó. Además, le había pedido que dejara de asumir que solo le interesaba el sexo y debería predicar con el ejemplo.

—Los negocios son lo mío —Keith suspiró y lo intentó de nuevo—. Los márgenes, beneficios, hojas de cálculo. Por eso me gusta ser consultor, porque puedo bucear en las tripas de las empresas. Hace dos años, no teníamos intereses comunes. Ahora sí. Y quiero hablarte de ellos.

—Keith, eso es lo más dulce que me has dicho jamás —la tensión desapareció del rostro de Cara.

—Eh... ¿cómo? —él la vio perplejo dejar la copa sobre la mesa y acercarse para besarla en los labios.

Demasiado ocupado esforzándose por no fijarse en el vestido mojado, Keith no le devolvió el beso, pero cuando ella le acarició la mejilla, ya no pudo ignorarlo.

—Prácticamente acabas de decir que me consideras una igual. Es el mejor cumplido que podrías haberme hecho. Gracias —en lugar de regresar a la silla, Cara se acomodó en el sofá y jugueteó con uno de los cojines, en clara invitación.

Ese vino debía ser mágico. Sin pensárselo dos veces, él se cambió de asiento. Seguía sin entender cómo había cambiado tanto la escena.

—Lo cierto es —continuó ella— que no tengo ninguna previsión hecha. Sé lo

suficiente de *marketing* como para comprender que la fama es fundamental, pero difícil de cuantificar. Me encantaría disponer de cifras, pero no es fácil ocupar todos los puestos de dirección de la empresa y, al mismo tiempo, diseñar todos los vestidos.

—Yo puedo ayudarte —se ofreció él—. Será divertido. Ya lo verás.

Keith inhaló el perfume de Cara. Exótico, embriagador. No recordaba qué clase de perfume había llevado dos años atrás. Nunca se había fijado.

—Solo tú podrías encontrar algo así de divertido —ella puso los ojos en blanco—. La propuesta suena interesante. Te pagaré por tus consejos. Dime un precio.

—Sin ataduras —asintió él—. Insisto. Será tu pago por ayudarme antes.

Era lo menos que podía hacer, y se sentía patéticamente agradecido de poder devolverle el favor por organizar la boda de pega. Y por ayudarlo con el inventario de las habitaciones. Y por perdonarlo.

—¡Vaya! De haber sabido que esa sería la recompensa, me habría ofrecido a limpiar el horno a lametazos —ella posó la mirada en su esculpido torso—. Pero no puedo permitir que lo hagas gratis. Insisto en un trueque. Si no aceptas dinero ¿cómo podré pagártelo?

De repente, todo cobró sentido.

—Ya se nos ocurrirá algo —murmuró Keith—. Pero soy yo quien está en deuda contigo, no al revés. A fin de cuentas has sido tú quien ha corrido bajo la lluvia para venir aquí.

—No tiene importancia —Cara sonrió—. Ha merecido la pena.

—¿En serio?

—Absolutamente —ella le posó delicadamente una mano en el muslo a Keith—. Aquí funciona el aire acondicionado.

—Sí, entre otras cosas —él reprimió un bufido—. Te las mostraré.

Y antes de que ella pudiera contestar, Keith le posó los labios en la boca.

El estrés del largo día desapareció. Cara pareció despertar y le hundió las manos en los cabellos a Keith, apretando su cuerpo contra él. Ardientes chispas de deseo estallaron en su entrepierna.

Había pasado mucho tiempo desde que una mujer lo intrigara tanto. Sus cuerpos se conocían bien, pero los detalles de la nueva Cara se fundieron con la experiencia, mejorándola.

Cara le tiró de la camisa y le deslizó las manos por la espalda a Keith, cuya respiración se aceleró mientras el cerebro se le nublaba.

—Espera —él se apartó, pero los labios de Cara lo atraían. Apenas pudo resistirse.

«Quiero amarte como te mereces. Como debería haberte amado la primera vez».

Keith cayó de rodillas ante ella. Cara se agachó, buscando de nuevo sus labios, pero él la detuvo, acomodándola contra los cojines del sofá antes de besarle el cuello.

—Permíteme —murmuró cuando sus labios llegaron al escote del vestido.

Lentamente, deslizó los tirantes del sujetador por los hombros y se maravilló ante los espléndidos y erectos pezones. De repente, sintió la necesidad de recitar poesía para poder describir la escena. Pero él no sabía nada de poesía.

—Podría contemplarte durante horas —aunque lo que quería era tocar.

Deslizó una mano por el pecho desnudo y disfrutó mirándola.

Cara lo observaba con cierta curiosidad, como si no entendiera bien qué se proponía. Keith sintió cierta inquietud ¿nunca la había tratado así en el pasado? La relación física había resultado satisfactoria para ambos ¿no?

Daba igual. Cara había acudido a él e, independientemente de sus motivaciones, iba a sacudirla hasta los cimientos. Mitchell el Misil acertaría en la diana, o moriría en el intento.

Capítulo 8

El ritmo del jazz se mezclaba con el sonido de la lluvia que golpeaba los cristales, creando un tempo sensual que inundó a Cara. Aunque quizás fuera el fuego en la mirada de Keith.

Al llamar a su puerta había esperado disfrutar de una agradable velada con una buena dosis de intimidad. Ese hombre había demostrado ser fuerte y generoso en la cama. Solían desnudarse, excitarse, llegar al clímax y fin de la historia. ¿Por qué iba a ser diferente en esa ocasión?

Sin embargo, todo había cambiado al iniciarse la seducción en el sofá. Normalmente, Keith no se tomaba su tiempo. Aquella noche iba a ser diferente.

Sin previo aviso, él agachó la cabeza y le acarició con la lengua en un pecho, antes de enganchar un pezón con los dientes y tirar suavemente. Cara se quedó sin respiración y arqueó la espalda. El pezón se hundió un poco más en la boca de Keith y ella gimió.

Un calor denso se le acumuló en el núcleo y se extendió hacia fuera, inflamándole la piel.

La boca pasó al otro pezón, deleitándose como si tuviera todo el tiempo del mundo. Keith lamió y chupó mientras ella se retorció hasta que apenas pudo respirar, apenas pudo pensar.

De sus labios seguían saliendo gemidos y frases sin sentido se le acumulaban en la mente.

¿No debería hacer algo para darle placer a él?

Pero los brazos se negaban a moverse. No sabía que sus pechos tuvieran zonas tan erógenas. Pero claro, hasta entonces ningún hombre se había esforzado tanto por demostrárselo.

Keith se detuvo y, con un ágil movimiento, le levantó el trasero y la despojó del vestido. De nuevo se inclinó, dirigiéndose a la unión entre los muslos.

¿Qué estaba haciendo? No podía ser. Él siempre había respetado su...

Ardientes chispas le estallaron en su centro mientras Keith lo mordisqueaba a través de las braguitas.

De no ser por las firmes manos que le sujetaban las caderas, Cara hubiera caído al suelo. Tenía que parar. No podía... Pero la exquisita tortura subió de intensidad cuando Keith la atrajo más hacia sí, contra su boca. La lengua se deslizó bajo el tanga hasta encontrar la carne desnuda.

Era insoportable. Era increíble.

Cara hundió las manos en los cabellos de Keith y se sujetó con fuerza mientras él la lanzaba al paraíso. Una y otra vez frotaba la lengua contra su núcleo hasta que la visión de Cara se nubló y la ola estalló en una densa liberación.

Jadeando, se agarró a los hombros de Keith mientras su cuerpo se calmaba y la mente empezaba a funcionarle de nuevo.

Nunca había sido así con ese hombre, por bueno que hubiera sido.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó cuando al fin pudo hablar.

—Creía que era bastante evidente —Keith enarcó las cejas y sonrió satisfecho—. ¿Necesitas una repetición para enterarte mejor? Porque me encantaría ilustrarte.

—Ya sabes a qué me refiero —Cara sonrió—. No ha sido el procedimiento habitual entre nosotros.

—En Houston teníamos vidas muy ocupadas —él se encogió de hombros mientras le desabrochaba una sandalia—. No vivíamos juntos. Mis jornadas laborales eran de dieciséis horas.

—¿Y mañana no va a ser un día intenso? —ella gimió cuando Keith empezó a masajearle el tobillo.

—No. ¿Oyes eso? —Keith inclinó la cabeza hacia la ventana—. Es el sonido de una tormenta que me va a proporcionar todo el tiempo del mundo para hacer lo que más me apetece. Tengo toda la noche y un interés especial en desarrollar mi creatividad.

El estómago de Cara empezó a vibrar. Su madre la había educado bien y había algunas cosas que una dama jamás haría. La intimidad era un tesoro, algo que crear con la persona adecuada, y ella jamás se había acostado con un hombre con el que no se imaginara pasar el resto de su vida.

No es que sintiera aversión hacia la aventura, pero nunca había tenido la oportunidad. Había límites para lo que podías hacer con alguien a quien ibas a ver cada mañana de tu vida.

Pero aquella noche no tenía nada que ver con el resto de su vida. Y con Keith estaba a salvo. ¿Qué mejor oportunidad que esa para exprimirlo a su antojo? Eso diría Meredith.

—Eso suena muy bien. Cuéntame más.

—¿Recuerdas tu respuesta sobre tu posición favorita?

—El misionero funciona —espetó ella—. ¿Qué tiene de malo?

—Nada —él le besó el pie y deslizó los labios hasta el tobillo—. Pero hay muchas más.

—¿Y por qué ahora? —había un pequeño detalle que Cara no entendía—. ¿Con qué motivo?

La otra sandalia aterrizó en el suelo y Keith se llevó una de las piernas de Cara hasta el hombro mientras le flexionaba la otra contra el pecho.

—Eres una empresaria independiente. No puedo explicarte lo excitante que me resulta.

De modo que diseñar unos cuantos vestidos de novia le daba un aspecto más

ardiente...

La idea resultaba fascinante. A Keith no le excitaba la lencería, apenas la había notado. Algo intangible le había abierto todo un mundo de posibilidades.

El hecho de que la encontrara más sexy por sus logros profesionales también resultaba afrodisíaco para ella. Pero estaban hablando demasiado, y la culpa era suya. Sin embargo, decidirse por la aventura era una cosa, y llevarla a cabo otra.

Antes de poder decidir qué hacer, Keith volvió a hundir el rostro entre sus muslos.

—Siempre he deseado hacer esto —a punto de deslizar la boca hasta las braguitas, Keith levantó la vista.

—¿Así funciona? —preguntó Cara casi sin aliento—. ¿Hacemos lo que nos apetece y ya está?

—Sí —asintió él—. Hazte cargo de tu placer, Cara. Insisto. Me controlaré y no me quejaré.

—Hazlo otra vez —ella frotó las braguitas contra la mandíbula de Keith—, pero sin el tanga.

—Te ha gustado ¿verdad? —Keith le dedicó una ardiente mirada.

Y sin añadir una palabra, le arrancó la prenda. A diferencia de la primera vez, toda delicadeza había desaparecido.

Sujetándola por las caderas, Keith la deslizó hasta el borde del sofá y pasó la lengua por el sensible núcleo hasta que ella jadeó y arqueó la espalda. A continuación introdujo dos dedos en su interior y los giró. La erupción de calor casi le provocó un desmayo a Cara.

Soltando un indecoroso juramento, ella se retorció a medida que la llevaba al límite del placer y más allá. La liberación la sacudió por todo el cuerpo.

—¿Sabes lo que estaría realmente bien? —murmuró él—, que yo entrara dentro de ti antes de que llegaras del todo. ¿Podría ser mejor?

Cara se incorporó y le tiró de la camisa, arrancándole los botones.

Keith sacó los brazos de las mangas y sentó a Cara sobre su regazo. Sus labios se fundieron.

Keith tenía unos labios fuertes y ardientes que le habían hecho, y seguían haciendo, cosas increíbles.

Le arrancó los pantalones tirando con fuerza hasta que tuvo acceso a la carne desnuda que acarició.

Keith echó la cabeza hacia atrás y gimió, arrancando una sonrisa a Cara. Resultaba casi embriagador causarle tanto placer a un hombre tan masculino y que siempre mantenía el control.

—Ahora —anunció ella mientras lo empujaba de espaldas contra la alfombra y se colocaba a horcajadas sobre él. Keith alzó una mano en la que sujetaba un preservativo. Por supuesto, siempre atento.

Con los muslos muy separados, ella se acomodó sobre él hasta que lo sintió llenarla por completo. Aquello era delicioso. Todavía sensible, todavía húmeda, la fricción y presión adicional casi le hizo dispararse de nuevo.

Echando ella también la cabeza hacia atrás, buscó el ritmo que le arrancó un gemido de aprobación a Keith. La visión de ese hombre bajo su cuerpo, ofreciéndosele como si fuera una diosa, le produjo una inmensa sensación de poder.

Keith alargó una mano, pero ella sacudió la cabeza, entrelazando sus dedos con los de él para apoyarlos contra el suelo. Por supuesto, si quisiera, él podría soltarse en un instante.

Él cerró los ojos y disfrutó del cambio de ángulo y ritmo que Cara imprimió al movimiento mientras pronunciaba palabras sin sentido a medida que el orgasmo crecía.

Totalmente agotada, se dejó caer sobre el pecho de Keith, que gritaba su propia liberación y la abrazaba.

—Eso —jadeó Keith—, ha sido alucinante.

Y en efecto, lo había sido.

Pero solo porque él la había animado a soltarse. Porque se trataba de un revolcón y nada más.

De inmediato, Cara sintió cierta tristeza. ¿Por qué no podían ser una pareja y disfrutar de una relación plena y aventurera?

Pues porque así no funcionaban las cosas. O bien era tierno o bien era ardiente. Y dos años atrás, cuando ella los había creído enamorados, lo cierto era que no había sido tierno.

—Por mucho que me guste el suelo, la alfombra es un poco incómoda —murmuró él—. ¿Nos vamos a la cama?

Ella tenía el rostro pegado a su corazón. ¿Significaba eso que ya estaba saciado?

—A mí aún me queda otra ronda.

—Dentro de poco amanecerá —él gruñó, pero no de anticipación—. Me temo que habrá que hacer bastante limpieza. ¿Qué tal si nos vamos a dormir?

¿Dormir? ¿Allí? Esa idea no era nada buena. Como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría, ella sintió que el cerebro se le volvía a poner en marcha. Se incorporó, buscó el vestido y se lo puso sin la ropa interior.

—Creo que será mejor que vuelva a mi habitación.

—Tu habitación no tiene aire acondicionado —le recordó él—. Quédate. Me apetece ver tu cara al despertar.

—No. Será mejor que lo dejemos así. Quedarse a dormir es como abrir una puerta. Empiezas a sentir que eres pareja. Y ninguno de los dos podemos permitirnos ese lujo.

Tras recoger el resto de sus prendas, Cara se dirigió hacia la puerta.

—Gracias, Mitchell. Ha sido increíble. Te veo mañana.

La tormenta casi la derribó mientras corría bajo la lluvia hacia la otra torre. Tenía que admitir que una parte de ella deseaba que sí pudieran permitirse el lujo de algo más.

Habían experimentado salir juntos, prometerse, practicar un revolcón tórrido sin ataduras.

Pero, en contra de toda sensatez, Cara sentía curiosidad por saber cómo sería estar enamorados. El control de natalidad era fundamental, porque solo podría entregarle su cuerpo. Poco importaba si sentía algo por ella, si quería algo aparte de sexo, porque no le iba a permitir hacerle daño de nuevo.

Cara suspiró y subió las escaleras hasta su habitación chorreando agua y desaliento a su paso. Iba a tener que hacer un esfuerzo para no recordar la expresión pétrea de Keith mientras la veía abandonar la habitación.

Diseños Cara Chandler-Harris nunca la defraudaría. ¿Para qué necesitaba una relación duradera con un hombre?

Keith pasó la noche pendiente de los radares meteorológicos, fiel reflejo del caos en su cabeza.

Demasiado inquieto para dormir, buscó algo que golpear en su suite. Temía que sería el único modo de aliviar el mal humor que le había provocado la marcha de Cara.

Cara tenía razón. No mantenían ninguna relación y no era buena idea quedarse a dormir en la cama de otro. Cuando pasara la tormenta, iba a tener muchísimo trabajo y Cara no sería más que una distracción.

Pero en esos momentos solo podía pensar en lo mucho que deseaba dormirse abrazado al cuerpo saciado de esa mujer.

Furioso, se duchó y se metió en la cama, donde permaneció despierto escuchando el aullido del viento. Durmió a pequeñas cabezadas, asaltado por sueños en los que Cara regresaba y le suplicaba que le dejara quedarse. Pero Cara no llamaba a la puerta, eran las ramas de los árboles que golpeaban las ventanas.

El amanecer llegó acompañado de un humor aún más pésimo.

Durante la noche, la tormenta se había desviado hacia el continente, desatando su ira sobre Cuba y Gran Caimán. El hotel seguía teniendo electricidad, gracias a los generadores y cableado a prueba de tormentas que Keith había insistido en que se instalaran.

La piscina tenía el aspecto de una sopa de troncos, hojas y suciedad. Lo que quedaba de las instalaciones de la boda de pega había desaparecido, incluyendo los amarres de hormigón.

El cobertizo del material náutico estaba inundado. Afortunadamente, los kayaks, tablas de surf y demás material parecían utilizables. A fin de cuentas, se suponía que debía resistir el agua.

El bar al aire libre estaba golpeado en varios puntos e iba a tener que ser reparado. La lista no hacía más que aumentar. Alice corría tras él anotando órdenes y observaciones.

Hacia media mañana, Keith contestaba correos electrónicos en su despacho. Un buen café y disponer de un plan había mejorado notablemente su humor. Cuando Cara llamó a la puerta, incluso consiguió simular una sonrisa.

—¿Tienes un minuto?

Él asintió mientras permitía que la imagen de esa mujer desnuda surcara su mente, porque le apetecía y porque no podría evitarlo de todos modos. Lo que había comenzado como un método para que ella tuviera una increíble experiencia se había transformado en el mejor sexo de su vida.

—¿Qué pasa? —Keith se aclaró la garganta, aunque no sirvió de nada, pues el tono ronco se debía a la violenta erección que acababa de experimentar.

—Me gustaría saber cuáles son los planes para la exposición.

Parecía haber descansado bien y el vestido se le abrazaba a las curvas, con las que él se había reencontrado la noche anterior.

—El aeropuerto tiene previsto abrir mañana por la mañana. Seguiremos adelante, aunque con retraso —Keith se reclinó en la silla deseando haber mantenido esa conversación durante el desayuno. ¡Qué patético!—. Enviaré la nueva programación a los invitados. Tú estás en la lista de correo.

—El hotel no parece haber sufrido muchos daños.

—Elena está coordinando las labores de limpieza —él se encogió de hombros—. Habrá que hacer algunos ajustes, pero las perspectivas son prometedoras.

—Qué bien —Cara cerró la puerta del despacho con un travieso brillo en la mirada—. Espero que me hayas perdonado la interrupción.

Y antes de que él pudiera contestar, la tenía sentada sobre su regazo.

Cara lo besó con ansia, introduciéndole la lengua en la boca, saboreándolo, arrancándole un gemido.

El cuerpo de Keith reaccionó al instante mientras ella intentaba torpemente desabrocharle la camisa para rendirse y arrancársela sin miramientos.

Por último, le hundió las manos en los pantalones y agarró el miembro eréctil con fuerza.

—Espera —jadeó él a punto de perder el control—. No te esperaba y...

—No hay problema —ella se sacó un preservativo del sujetador—. Cortesía de Meredith.

—Siempre me ha gustado tu hermana —Keith respiró aliviado.

—Se lo diré de tu parte —Cara sonrió—. Después. Ahora quiero que me tomes sobre esta mesa.

Keith no había oído palabras más dulces en su vida. Rápidamente se puso de pie

y sentó a Cara en el escritorio, con las piernas separadas. De un solo tirón, la despojó del vestido y el sujetador, hundiendo un pezón en su boca.

Ella arqueó la espalda y gimió mientras Keith cerraba los ojos ante tanto placer.

—Te quiero desnudo —exclamó Cara con voz ronca mientras le desabrochaba los pantalones y volvía a rodearle el miembro con una mano, acariciándolo.

Si ella continuaba haciendo eso, aquello iba a acabar muy pronto. Para distraerla, la tumbó sobre el escritorio. «Te necesito. Ahora. Después. Mañana. Quizás más tiempo».

Con dedos temblorosos, Keith se colocó el preservativo. Sentía deseo, pero también otras emociones que no era capaz de nombrar. Flexionó una de las piernas de Cara para que se abriera más, pero ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Así no —Cara se tumbó boca abajo y lo miró por encima del hombro—. Así.

Keith cerró los ojos ante la visión del delicioso trasero que se sacudía ante él, pero se obligó a abrirlos de nuevo. No podía perderse algo así.

—Keith, date prisa. Hazme llegar como anoche.

Y él se deslizó lentamente en su interior, deleitándose con el calor. Sin embargo, ella basculó las caderas, tomándolo más profundamente y soltando pequeños gritos que lo excitaban más y más.

Sujetándole las caderas con fuerza, la llenó una y otra vez hasta que la sintió convulsionarse y él se vació por completo. Casi incapaz de permanecer de pie, apoyó los brazos sobre el escritorio, uno a cada lado de esa increíble mujer.

Cara estaba disfrutando de la libertad que le había aconsejado que se tomara. De lo cual se alegraba, pues él también la disfrutaba.

De repente se le ocurrió que su aventura era mucho mejor en esa segunda ocasión, no porque Cara fuera ardiente y dispuesta, sino porque era una igual.

—Quizás la próxima vez podamos hacerlo en la cama.

«Te quiero pegada a mí mientras sueñas».

—Eso ya está muy visto. No, gracias. Lo siguiente en mi lista es un *jacuzzi* en tu suite.

Keith estaba recibiendo lo que había pedido. ¿Por qué esa punzada de desilusión?

—Hecho. Ven a mi suite esta noche —lo último que necesitaba era otra noche en blanco cuando se marchara Cara, pero era incapaz de negarse.

La ayudó a vestirse y se puso la camisa destrozada. Ella le dio un beso de despedida en la mejilla antes de repetirlo, lenta y sensualmente, sobre los labios, en un anticipo de lo que le aguardaba aquella noche.

La nueva Cara lo volvía loco. Y cuanto más intentaba convencerse de que era estrictamente sexual, menos se lo creía.

El juego empezaba a ser peligroso, sobre todo ante la inauguración de la

exposición. Debería centrarse en su trabajo y no en la imposible dinámica entre ellos. Pero mientras el sexy trasero de Cara desaparecía por la puerta y Keith empezaba a preguntarse cómo iba a pasar por delante de Alice con los botones de la camisa colgando, cada vez veía más claro en su futuro ese *jacuzzi*.

Capítulo 9

El mensaje, en efecto, estaba en la bandeja de entrada de su correo electrónico.

Cara no se arrepentía del increíble orgasmo que acababa de disfrutar sobre el escritorio del jefe mientras los empleados pululaban al otro lado de la puerta.

Era lo más arriesgado que hubiera hecho en su vida, pero sabía que él no la echaría de su despacho. Por eso el revolcón era tan estupendo: no tenía que preguntarse por cómo quedaba su relación con Keith, ni por si la volvía a abandonar. La relación iba a ser temporal.

Keith jamás debía saber que la noche anterior se había dormido llorando, deseando no sentirse como si acabara de vender su alma al diablo por un tórrido revolcón con alguien a quien seguramente no volvería a ver después de la exposición.

La nueva programación trasladaba el desfile de novias al segundo día. Meredith y ella tendrían tiempo de terminar los retoques en los vestidos, suponiendo que consiguiera mantenerse lejos del despacho de Keith el resto del día.

Cara se reunió con su hermana para organizar el trabajo de los dos siguientes días. También contestó las preguntas de las chicas sobre alojamientos y vuelos de regreso. Regent cubriría los gastos adicionales provocados por el cambio de agenda.

Ordenó a las modelos que se relajaran y a Meredith que inspeccionara el pabellón de la playa. Si los daños habían sido muchos, habría que hacer bastantes cambios.

Después dedicó una hora a revisar papeles y pagar facturas. Dos mensajes de potenciales clientes saltaron a la bandeja de entrada de su correo electrónico. Llamó a la primera y pasó varios minutos charlando con la mujer sobre su boda.

Era una de las partes que más le gustaba del diseño de vestidos. Las novias tenían ganas de hablar sobre lo que se suponía debía ser el día más feliz de sus vidas, y a Cara le encantaba oír los detalles para hacerse una idea de cómo era esa mujer. Le ayudaba a visualizar el vestido perfecto. Además, a Cara le encantaban las bodas.

—El tema de tu boda suena casi mágico —observó tras escuchar a Yvette—. Yo te veo como la estrella de tu cuento de hadas, con una larga cola, corpiño de raso y un lindo escote. De blanco inmaculado para destacar sobre todo lo demás.

—Suena genial —Yvette suspiró—. Sabía que eras la persona adecuada para diseñar mi vestido.

—¿Has visto algún vestido mío en concreto que te guste? —Cara sonrió.

—Me gustan todos. Pero lo que quiero es algo diferente a los demás. Un vestido exclusivo.

—Desde luego. No hay problema —los vestidos exclusivos llevaban más tiempo porque no partía de un patrón ya hecho, pero una novia que pidiera algo así estaba dispuesta a esperar. Y a pagar.

Cara preguntó algunas cosas más y verificó la dirección de correo electrónico para poderle enviar los bocetos del vestido.

Tras colgar advirtió que, por primera vez, no había pensado en su propia boda fallida, ni había sentido la habitual punzada de tristeza.

Y eso era un avance con respecto a los dieciocho meses anteriores. Un pequeño triunfo.

Lo había superado. Tenía una empresa y nadie podría arrebatársela. Curiosamente, Keith la había ayudado al contemplarla como una empresaria independiente y a cargo de su destino.

Al parecer, Meredith era mucho más sabia en cuestiones del corazón de lo que había supuesto.

La segunda solicitud de información era de un hombre, Nick Anderson. Curiosa, Cara marcó el número de teléfono de contacto. ¿Iba a hablar sobre vestidos de novia con el novio, o uno de sus diseños tenía como destino un espectáculo de *drag queen*? Cualquiera de las dos opciones estaría bien siempre que el cheque fuera bueno.

—Ever After —contestó una voz masculina—. Al habla Nick Anderson.

Cara se quedó sin habla. ¿Ever After, la tienda *outlet* de vestidos de novia de alta gama?

—Eh... —Cara se aclaró la garganta—. Soy Cara Chandler-Harris. Diseñadora de vestidos de novia.

—¡Qué rapidez! —la voz del hombre se hizo más cálida—. Envié el mensaje hace un par de horas. Inesperadamente, voy a acudir a la exposición de novias del complejo Regent en Grace Bay mañana, y me preguntaba si podríamos conocernos. ¿Sigue participando en la exposición?

—Sí, por supuesto. En realidad ya estoy aquí.

—Estupendo. El retraso provocado por la tormenta es lo que ha permitido mi asistencia.

—Entiendo —Cara era incapaz de pronunciar más de una palabra, tan nerviosa estaba—. ¿Y cuál es el propósito de reunirnos?

—Bueno, aún es pronto, pero el enfoque de Ever After está cambiando. Nos gustaría hablar de la posibilidad de vender sus diseños en nuestras tiendas. Vi su nombre en la lista de expositores y como me resultaba desconocido, decidí echar un vistazo a su trabajo. Estoy muy impresionado.

—Gracias —el teléfono se le cayó de las manos a Cara, que se apresuró a recuperarlo.

El paso de la tormenta *Mark* sobre la isla había resultado ser toda una bendición.

—Espero que me pueda conceder unos minutos de su tiempo.

—Por supuesto.

Cara colgó la llamada y se quedó sentada, perpleja, antes de ponerse de pie de un salto.

Tenía que contárselo a Keith.

Se moría de ganas de ver su sonrisa tras conocer la noticia. Aún no había nada seguro, pero alguien de renombre en la industria de los vestidos de novia acababa de elogiar sus diseños y quería conocerla. Como potencial socio.

De repente, la empresa le pareció más real. Hasta entonces había sido casi una afición que le permitía ganarse la vida de manera divertida. Pero las tiendas Ever After eran palabras mayores.

Keith la felicitaría y le diría lo orgulloso estaba. Riéndose como una loca, atravesó la zona de la piscina y se estampó contra Meredith.

—¡Eh! —su hermana recuperó el equilibrio—. ¿Dónde está el fuego?

—Tengo una noticia estupenda —casi sin aliento intentó esquivar a su hermana.

—¿Y bien? —Meredith se interpuso con las manos en las caderas, esperando.

—¿Y bien, qué? —Cara la miró con los ojos desorbitados.

—No me obligues a suplicar. ¿Cuál es la noticia?

—Iba de camino a... —de repente comprendió que su hermana creía que la buscaba a ella.

Decidió omitir el resto para no admitir en voz alta que había deseado compartir el triunfo con Keith primero, antes que con su hermana, su mejor amiga y ayudante.

—Da igual.

—¿Da igual que no me lo vayas a contar? Eso no es justo.

—Tampoco es para tanto —Cara mintió para no herir los sentimientos de su hermana—. Acabo de discutir sobre una posible propuesta para mis vestidos y necesito consultarlo con Keith. Se ofreció a aconsejarme con el plan de negocio.

Al menos la última parte era cierta. Y mucho mejor que admitir que ni se le había pasado por la cabeza compartirlo con su hermana.

—Entiendo —Meredith le dedicó una significativa mirada—. Estás fatal, hermana.

—No es verdad —Cara suspiró.

La mentira era de tal calibre que ni se molestó en disimularla.

Enganchó a su hermana del brazo y desanduvo el camino hasta la habitación mientras le relataba la llamada de Nick Anderson. Keith jamás debía descubrir que había empezado a pensar en él como en alguien con quien compartir confidencias.

El resto del día se mantuvo alejada de él, lo que le permitió progresar significativamente en el desfile mientras ahogaba una creciente sensación de nostalgia que se acumulaba en su interior.

A las nueve de la tarde llegó el esperado mensaje de Keith, invitándola a su habitación. Sin más explicaciones. Como si supiera que iría corriendo en cuanto la llamara.

Lo cual no dejaba de ser cierto.

Cara le tomó prestado un bikini a Meredith. El conjunto parecía tres sellos de correos unidos con cintas. De todos modos, no creía que lo fuera a llevar puesto más de cinco minutos.

Keith echó la cabeza hacia atrás contra el borde del *jacuzzi*, cerró los ojos e intentó llenar los pulmones de aire. Cara intentaba recuperarse a pocos centímetros de él.

Era indudable el valor de los chorros de agua caliente combinado con un espíritu aventurero.

—Eres increíble —murmuró él sin abrir los ojos—. No pensé que lo hubieras dicho en serio.

—Eso para que vuelvas a fanfarronear —contestó ella con voz ronca y seductora.

—No fanfarroneaba. Solo tenía esa esperanza —esperanza que se había visto recompensada plenamente.

Un ruido de chapoteo le indicó que Cara se movía.

—¿Adónde vas? —Keith abrió un ojo y la vio salir del *jacuzzi*—. Acabamos de empezar.

—Creo que dos son suficientes por esta noche —ella rio—. Mañana tenemos un día muy ocupado.

—Espera —Keith le tomó una mano.

Ella se detuvo y le ofreció una visión enloquecedora. El agua le descendía por el cuerpo desnudo y una gota había quedado colgada del erecto pezón, suplicándole que la bebiera. De inmediato, Keith se puso duro.

Debería dejarla marchar. La exposición comenzaba por la mañana y los ejecutivos de Regent llegarían antes de las nueve. Todo tenía que salir a la perfección y no podía descuidar ningún detalle.

—Quédate y tomemos una copa de vino. Ya verás como luego duermes mejor.

«No te vayas. Esta vez no». Si consiguiera averiguar por qué le importaba tanto, seguramente dormiría mejor.

—Eso no era lo que habíamos hablado ¿no? —ella frunció el ceño—. Dijiste que nada de presión, ni de relaciones.

—Venga ya —él sonrió, aunque no resultó del todo natural—. Sin presión no significa sin conversación. Podemos charlar un rato. Por eso el sexo es tan divertido entre nosotros, por tantos ratos que pasamos juntos con la ropa puesta.

¿En qué mundo tenía sentido que Keith estuviera discutiendo con ella porque quería charlar y no desnudarla? Sin duda en el mundo alternativo de Grace Bay.

—Lo cierto es que me gusta ese vino —la indecisión se reflejó en el rostro de Cara—. ¿Una copa?

—O dos. ¿Quién las va a contar?

—No me he traído ropa.

Como si fuera un argumento sólido.

«Quédate. Porque te apetece. Porque quieres más». Pero ¿y si ella lo volvía a rechazar? Peor aún ¿y si «más» incluía una casa con jardín rodeada de una valla blanca? Solo podía ofrecerle una copa hasta... ¿hasta qué? No tenía ni idea, pero no podía volver a dejarla marchar.

—Te prestaré una camiseta —Keith salió del *jacuzzi* y envolvió a Cara en una toalla—. Relájate.

Ella se quedó de pie mirando mientras él le secaba el espléndido cuerpo. En contra de lo que había supuesto, Cara no evitó su mirada y la posó sin complejos en la enorme erección.

Debería haberse vestido, suponiendo que su intención fuera realmente tomar una copa, pero no estaba dispuesto a interrumpir el momento ni ese duelo de voluntades.

Cuando terminó de secarla, le prestó una camisa blanca que no disminuyó lo más mínimo su atractivo. Keith apretó los dientes, se vistió y le sirvió una copa de vino.

Un vistazo al móvil le mostró veinte mensajes de texto e incontables correos electrónicos. Optó por apagarlo. No pasaba nada por permanecer incomunicado diez minutos más.

Cara se bebió casi la mitad de la copa como si tuviera prisa.

O acaso pretendía aturdirse con el alcohol para soportar estar con él...

—No sé cómo hacer esto —balbució ella.

Keith no estaba seguro de si debía mostrarse comprensivo o gastar alguna broma. El ambiente parecía un poco tenso, como si la hubiese espantado diciendo algo equivocado.

—Si te hace sentir mejor, yo tampoco.

La recuperada relación no se parecía en nada a la de dos años atrás, ni tampoco a lo que había esperado que fuera. Había dedicado su vida a huir de las mujeres que solo lo buscaban por dinero y había olvidado que algunas personas obtenían otras cosas de una relación.

—¿Por qué es tan difícil? —Cara sujetó la copa con fuerza—. No encuentro el término medio. Esto se supone que debería ser una aventura sin emociones implicadas ¿verdad?

—¿Quieres decir que no lo es? —Keith sintió algo extraño en su interior.

«Di que no. Por favor, di algo que me ayude a encontrarle algún sentido a todo esto».

Ella lo miró a los ojos y él fue incapaz de desviar la mirada. ¿Por qué tenía que estar tan hermosa con esa camisa prestada y los cabellos húmedos?

—No —susurró Cara—. Me temo que no soy una de esas chicas que no se

implica emocionalmente.

—Eso tiene fácil arreglo —rió él, sorprendido por su propia ternura—. No te marches.

¿Tanto le había costado decirlo? Así debería haber comenzado la conversación.

—En realidad, yo estaba pensando más bien en dar por concluida la parte amorosa.

Keith se quedó helado.

—Eso sí que sería una lástima. Piénsatelo mejor.

Keith le tomó una mano y sintió una pequeña esperanza cuando ella no la retiró.

—¿Qué quieres de mí, Keith? —imploró Cara—. Intento ceñirme a las reglas, pero no puedo acostarme contigo y luego olvidarte el resto del día.

—No sé qué tiene de malo —¿pensaba en él? Keith sintió un inmenso orgullo.

Sin embargo, la tristeza reflejada en el rostro de Cara no le hizo feliz.

—Hoy he recibido una gran noticia y quería compartirla contigo.

Hubo una pausa interminable.

—Pero no lo hiciste —él la animó a continuar—. ¿De eso va todo? ¿Temes que si me cuentas cosas personales yo me vaya a sentir presionado?

Había olvidado lo que era dar en una relación. Un hombro en el que llorar. Apoyo. Ánimo.

Si era capaz de hacer eso con alguien, tenía que ser con Cara, que ya no aspiraba a cazar marido. La esposa florero de dos años atrás se había evaporado.

La idea de estar allí a su lado, al margen de la exposición, no le asustaba tanto como se había imaginado. No se trataba de compromiso ni campanas de boda. Pero había algo.

—Ni siquiera es algo personal. Es sobre mi negocio de diseño.

Era como arrancarse una muela sin anestesia. Keith ya no sabía a quién le dolía más.

—Cara, mírame.

Ella lo hizo, con los ojos anegados en lágrimas. No, como una muela no, más bien como si le arrancaran las vísceras.

—Quiero que me lo cuentes. Soy yo quien te ha pedido que te quedes. Yo el que...

—¡No me estás escuchando! —Cara retiró la mano y estalló en sollozos—. Soy yo la que se siente presionada. No quiero quedarme. No sé cómo hacer esto porque me resulta confuso. Sexo, intimidad, emociones, todo está mezclado. Y lo que hacemos se parece cada vez más a una relación. Empiezo a pensar que es posible. Y entonces lo recuerdo.

«Recuerda que me negué a una relación permanente». Perdida en sus pensamientos, ella contempló la copa de vino vacía.

—Lo siento.

Era la disculpa más sincera que Keith hubiera pronunciado jamás. Porque él la había empujado a una relación que ella no podía manejar. Tenía que empezar a prestar atención a lo que esa maravillosa mujer necesitaba de él. Independientemente de lo incómodo que le hiciera sentir.

—Lo sé. Ya te has disculpado. Pero eso no hace que desaparezca. Sigue habiendo consecuencias.

—¿Ya me he disculpado? —él sacudió la cabeza.

—Por abandonarme. Pero al final siempre llegamos a eso. Empiezo a creer que es posible y lo recuerdo. No puedo confiar en ti.

La bomba explotó en su estómago. Aquello no tenía nada que ver con la relación que mantenían en ese momento, sino con los pecados del pasado. Dos años atrás la había fastidiado y no podía regresar en el tiempo para remediarlo.

¿En qué situación les dejaba eso?

Capítulo 10

Keith se acercó a una cómoda y sacó una manta con la que la tapó sin decir una palabra antes de sentarse a su lado en el sofá.

—¿Qué puedo hacer, Cara? —la sensual voz de Keith contribuyó a calmarla un poco.

—No hay nada que hacer. Da igual. Después de la exposición no volveremos a vernos.

—Pero no está bien dejar las cosas así.

Keith no había protestado sobre la parte de no volverse a ver. Típico de él.

—¿Lo dices porque te resistes a perder los beneficios de un compañero de cama? —espetó ella.

Lo habían hecho en todas partes, menos en la cama. Se había vuelto simbólico. Si no había cama, no había relación.

—Porque te he hecho daño —respondió Keith.

Ella suspiró y se acurrucó bajo la manta, aunque no le proporcionó la barrera que intentaba levantar contra la tensión que estúpidamente había provocado. Debería haberse bebido una copa del carísimo vino y darle un beso de despedida a Keith hacía al menos quince minutos.

—Sí, bueno, sobre eso no hay vuelta atrás. Esa es la cuestión. Te perdoné el daño que me hiciste, pero no lo olvidé. Luego apareces, fuerte y hermoso, y me dices que me ves como una triunfadora y que eso me hace parecer más sexy. Hacemos el amor y entonces sí lo olvido. Y me odio por ello.

—Se me ocurre que en realidad no lo has superado —sugirió Keith—. Hablemos de ello.

—Lo dices como si fuera uno de tus proyectos —Cara lo miró sorprendida.

—Se trata de un problema y yo me ocupo así de los problemas. Haciéndoles frente.

—No siempre —ella hizo un gesto de desagrado—. Según mi experiencia, sueles largarte.

Keith tuvo el detalle de no interrumpir con ningún comentario. El silencio que se produjo parecía extenderse infinitamente y Cara sintió la necesidad de añadir algo.

—De acuerdo, ya lo pilló. Ahora estás aquí y aquello sucedió hace mucho tiempo.

Había estado tan obsesionada con la idea de marcharse que no se había dado cuenta de que él se había quedado.

—Ahora estoy aquí —repitió él—. Y se trata de una segunda oportunidad.

—Pero no podemos repetirlo, Keith. Perdí tanto que no puedo regresar. Tu

nombre impregna todo mi ser y no puedo borrarlo.

A Cara se le quebró la voz y tuvo que reprimir la emoción que amenazaba con estallar.

Ese hombre tenía razón. No lo había superado. Diseños Cara Chandler-Harris le había servido de terapia, pero convertirse en empresaria no había arreglado nada. Se había limitado a vendar una herida que seguía abierta.

—Pensaba que estabas de acuerdo en que había sido mejor no casarnos —Keith suspiró.

—¡Claro! —espetó Cara—. Porque no puedo confiar en ti. Porque me dejaste sola con todo el problema. Si esa es la clase de hombre que eres, me alegra no haberme casado contigo.

Keith no movió un músculo y ella se esforzó por no admirarlo por encajarlo tan bien.

—¿No es esa la señal de no haberlo superado? —insistió él con dulzura—. En el fondo sigues enfadada porque te planté en el altar.

Ella lo miró perpleja. ¿En serio creía que era eso lo que no había superado?

—¿Es que no lo entiendes? Perdí a mi bebé, Keith. A mi futuro hijo. Y tú te marchaste. Yo quería que llorásemos juntos, que me dijeras que todo iba a solucionarse.

—Cara, yo... —el rostro de Keith se ensombreció. Sin pronunciar palabra, le tomó las manos y las apretó con fuerza.

Keith permaneció con los ojos cerrados, la angustia reflejada en su rostro. El que no encontrara las palabras conmovió a Cara mucho más que cualquier cosa que hubiera podido hacer o decir.

Era evidente que le resultaba difícil. Pero allí estaba, y Cara se sintió animada a continuar.

—El embarazo fue un accidente, pero yo deseaba a ese bebé —continuó ella lentamente—. Y entonces todo acabó. En lugar de ir a Aruba de luna de miel, fui sometida a un legrado.

—¿Y eso qué es?

—Nada que me apetezca revivir —ella se estremeció y Keith la tapó más con la manta—. Búscalo en Internet si te crees capaz de soportarlo.

—Tú lo soportaste —Keith le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo—. Tú sola. Me gustaría creer que soy tan fuerte como tú. Quiero saber lo que sucedió.

El calor que reflejaban los ojos color caramelo dejó a Cara sin habla. El extraño temblor en el estómago la asustaba porque se parecía bastante al pánico. ¿Se había metamorfoseado Keith en un hombre en quien poder confiar?

¿Cómo podría saberlo?

—Creo que me va a hacer falta más vino —solo había una manera de averiguarlo.

Keith le llenó la copa antes de sentarse y escuchar sin interrumpir mientras ella le relataba cómo el día antes de la boda se había sentido repentinamente mal y asumido que se trataba de nervios. Hasta que había comenzado a sangrar. Tampoco se interrumpió cuando le contó cómo Meredith la había acompañado durante los interminables minutos en la consulta del médico hasta que le confirmaron el aborto.

Cara continuó explicando cómo había participado en el ensayo de la boda, sabiendo ya que había perdido al bebé, sonriendo a amigos y familiares.

Durante ese ensayo, Keith se había mantenido inusualmente callado, pero no porque presintiera algo, seguramente porque se veía abocado a casarse con una mujer con la que no deseaba casarse.

Al escuchar sus propias palabras, Cara comprendió que Keith sí había estado a su lado, por el simple hecho de estar dispuesto a casarse con ella.

El temblor de pánico se empezó a transformar en algo muy parecido a la anticipación.

Aún le quedaba media copa de vino, pero decidió resumir el resto de la historia. Algunos detalles eran muy dolorosos para repetirlos, pero a juzgar por la creciente presión sobre su mano, Keith se había hecho una idea bastante aproximada de lo sucedido.

Cuando terminó, él la abrazó con fuerza y en silencio. Las palabras sobraban.

Cuando Cara se apartó finalmente, Keith decidió que era un buen momento para tomar un trago.

Al proponerle quedarse, se había imaginado una lenta y perezosa sesión de sexo, no unas revelaciones angustiosas que no sabía cómo manejar.

Escondió el temblor de sus manos tras la barra del pequeño bar. Al segundo intento, consiguió que los cubitos de hielo cayeran dentro del vaso.

Tras beber un buen trago de licor se sintió un poco recuperado y se volvió hacia Cara.

—Yo tampoco sé cómo hacer esto —admitió al fin.

Sobre todo porque no tenía ni idea de lo que quería hacer. No había metas o lista de soluciones a posibles problemas.

Además, se lo debía por haberla fastidiado dos años atrás, por lanzarse de nuevo a una relación y, sobre todo, se lo debía por su incondicional perdón.

—No estoy aquí para juzgarte —contestó ella—. Jamás te diría que lo estabas haciendo mal.

—Yo... —Keith se sirvió una segunda copa y regresó al sofá—. Gracias por contarme lo del aborto.

—¿De verdad? —Cara frunció los labios—. Sinceramente no sabía cómo ibas a reaccionar.

—Pasé dos años sin saber que habías estado realmente embarazada. Y he pasado los últimos días reflexionando sobre cómo la fastidié —y trabajando su culpa—.

No le he dedicado ni un minuto a imaginarme cómo se produjo el aborto, lo que debiste sufrir. Lo siento.

Le había sorprendido la fuerza de Cara. Esa mujer ya era increíble antes de convertirse en empresaria. Pero en su obsesión por escapar de la trampa en que se había metido, no se había dado cuenta.

Y en su obsesión por convencerla para que se quedara aquella noche, se había metido en un imposible atolladero. Mientras asimilaba el relato de Cara, una idea le surgió con fuerza. Cara había estado embarazada. De él.

En la penumbra de una suite temporal en la que se alojaría durante su empleo temporal, donde le había hecho el amor a una mujer bajo el paraguas de una relación temporal, ese bebé se hizo real. Y a la vez temporal.

Algo que solo podía describirse como tristeza lo inundó, oprimiéndole los pulmones. Por primera vez en su vida, se lamentó de la obligada temporalidad.

—Está bien —Cara le posó una cálida mano en el muslo—. Has tenido que asimilar muchas cosas. Pero ahora estás aquí, y eso significa mucho para mí.

Cierto, allí estaba. Pero Cara necesitaba mucho más que su muda presencia. ¿Cuánto tiempo más le perdonaría su incapacidad para decir lo correcto, para expresar sus emociones?

—Cara... —«no puedo hacerlo».

El silencio se prolongó dolorosamente y Keith se removió en el asiento, lamentando no haber sido el hombre que ella se merecía. No lo era, no lo podía ser. Además, Cara no confiaba en él, y no podía culparla por ello. Lo único que hacían allí era airear lo sucedido para que ella pudiera despedirse con la conciencia tranquila.

—Entiendo que te resulte difícil, Keith —Cara lo miró con gesto comprensivo.

—¿En serio? —las palabras surgieron bruscas y el tono acusador. Todo mal.

—Sí —contestó ella con calma—. Puede que no te conociera muy bien allá en Houston, pero fue porque tú no me lo permitiste. Sé algunas cosas de ti, pero solo superficiales.

Cara le tomó el rostro entre las manos.

—Está bien —insistió—. Estás aquí y eso basta. No voy a pedirte que desnudes tu alma.

Sorprendido, él se impregnó de su empatía mientras una oleada de alivio le llenaba el pecho.

Cara dio por concluida la conversación con un beso lleno de compasión.

—Ven —le ordenó mientras se ponía en pie y le ofrecía una mano.

Keith la tomó y se dejó llevar al dormitorio, donde ella lo desnudó lentamente y deshizo la cama.

—Mañana tenemos un largo día por delante y necesitamos dormir —Cara dio unas palmaditas sobre el colchón—. Túmbate.

—Sí señora —de no ser por el nudo en la garganta, Keith se habría reído ante la situación.

Ella se quitó la camisa prestada y se acurrucó contra él bajo las sábanas.

—¿Te quedas? —preguntó él, buscando una confirmación.

—Tú estás aquí —le explicó Cara—, y yo quiero estar contigo. Deja de hablar y apaga la luz.

De repente, a oscuras, Keith se sintió incapaz de contener el remolino de su mente.

—¿Sabes por qué nunca hablo de mis sentimientos?

—Eres un tío —respondió ella con voz somnolienta.

Era cierto, pero también una excusa muy mala, y no era el verdadero motivo. Normalmente, lo dejaría pasar, pero la actitud de Cara parecía haberle soltado la lengua.

—Es por culpa de mi madre.

—¿No lo es siempre?

—Sí —Keith rio—. No nos estaba permitido hablar de nuestros sentimientos. Ella siempre me interrumpía y cambiaba de tema. Los Mitchell solo hablan entre ellos de dinero. Es lo que hace girar el universo Mitchell. El dinero es una recompensa tangible por tus esfuerzos y lo único perdurable.

—¿Y tú sientes lo mismo?

—El dinero es una consecuencia del éxito. Me gustan las cosas que se pueden comprar, pero me satisface más el resultado de mi trabajo. Esa es la diferencia entre mi padre y yo. Él mide el éxito en cifras. Daba igual que perdiera unos cuantos millones del algún cliente, él siempre recibía su comisión —Keith se sintió repentinamente furioso—. Se enfadó mucho porque no quise seguir sus pasos. Pero yo no quería que el dinero me gobernara.

Tampoco quería una esposa florero que solo se preocupara por el dinero. Como su madre. Si algún día decidía marcharse a vivir a un pueblecito de pescadores en Filipinas, lo haría, y ninguna mujer se lo iba a impedir.

Cara le proporcionaba lo único que su madre no le había dado, lo que siempre había necesitado de ella. Alguien que lo escuchara. La abrazó con fuerza y ella se acurrucó más contra él.

—Seguramente te he contado más de lo que querías saber —él le besó la frente.

—Al revés —le corrigió ella—. Era justo lo que quería saber. Me gustas, Keith Mitchell.

—Tú también me gustas —Keith sonrió en la oscuridad a la mujer que había conseguido que se sincerara en un terreno en el que no se sentía cómodo.

En silencio, bendijo la tormenta que les había unido de nuevo.

El amanecer entró de golpe por la pared acristalada del dormitorio. Cegado, Keith cerró los ojos.

Los firmes pechos de Cara le presionaban el costado, los pezones acariciándole con el movimiento de cada respiración. Y cuanto más lo acariciaban, más agitada se volvía su respiración. La noche anterior había habido más que sexo, y había sido fantástico. Una experiencia totalmente distinta a cualquier otra que hubiera disfrutado con una mujer.

Pero aquella mañana estaban desnudos, en la cama, y deseaba conectar con Cara más que el respirar. Esa mujer le había desatado toda clase de emociones en su interior.

Separándole las piernas, introdujo un muslo y empezó a frotarle el sexo antes de despertarla con un beso. Cara arqueó la espalda y le devolvió el beso.

Estaba duro y ardiente. Preparado para ella. Colocándose a la entrada del paraíso, Keith gimió, saboreando las sensaciones, controlándose antes de saltar por la borda.

—Preservativo —murmuró ella, interrumpiendo el beso.

Keith se sintió horrorizado. ¡Había estado a punto de olvidarlo! Ambos habían experimentado ya la angustia de un embarazo no deseado. No les hacía falta otro más.

Entonces ¿por qué estaba preguntándose cómo se sentiría si su relación no exigiera ningún control de natalidad?

¿Qué se estaba haciendo a sí mismo? La repentina nostalgia ante la temporalidad en su vida no justificaba el suicidio.

Encontró un preservativo en la mesilla de noche y se lo colocó de inmediato. Satisfecha, Cara se acomodó bajo su cuerpo y los fuegos artificiales tardaron poco en comenzar.

Cuando por fin se levantaron de la cama eran las siete y media de la mañana, con más de una hora de retraso, aunque Keith no lo lamentaba. No se habría perdido el sexo matinal por nada del mundo. Cara se paseaba provocadora, vestida con la camisa prestada y él estuvo a punto de proponerle unas vacaciones cuando la exposición concluyera.

Pero no lo hizo. Si todo salía bien, ambos estarían muy ocupados.

—Te veo luego —él salió del dormitorio—. Quédate también esta noche.

—De acuerdo —Cara asintió con gesto perplejo.

Keith no conseguía borrar la sonrisa de su rostro. Cara se había quedado a dormir la noche anterior, y volvería a hacerlo a la siguiente. A lo mejor sí era capaz de algo más que de una aventura temporal. A lo mejor lo eran ambos.

Comprobó los mensajes en el teléfono y la sonrisa se esfumó al instante. Elena le había enviado una lista de elementos que requerían su atención antes de las nueve. Los ejecutivos de Regent llegarían puntuales del aeropuerto y el complejo turístico no estaba listo.

Mientras él retozaba con Cara, todo a su alrededor se había detenido.

—Cuéntame —soltando un juramento, marcó el número de Elena.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella—. Te he enviado unos diez correos electrónicos y normalmente respondes en cuestión de minutos. Es como si te hubieras desvanecido.

Casi. Al menos había desaparecido de su trabajo. Inaceptable. El trabajo, y no Cara, era la razón de su presencia allí.

—Dame quince minutos y me reuniré contigo en el vestíbulo. Trae contigo a todo el equipo.

Keith se duchó, limpiando su cuerpo de todo rastro de mujeres ardientes. Ojalá pudiera hacer lo mismo con su mente. Porque Cara se había instalado allí y era incapaz de sacarla de su cabeza.

Trece minutos más tarde, atravesaba el vestíbulo.

Elena, vestida con el uniforme oficial, los cabellos sujetos en un moño, le esperaba junto al mostrador. El personal pululaba por todo el vestíbulo, atendiendo a sus quehaceres. Todos llevaban dibujada una expresión de urgencia en el rostro.

Regent Resorts de Grace Bay había abierto.

Keith se lanzó de cabeza al trabajo y, en lugar de disminuir, la lista de tareas creció considerablemente.

—Mobiliario de la piscina —señaló a dos uniformados—. Colocadlo para que parezca que no perdimos tantas cosas en la tormenta.

A continuación llamó a un puñado de jardineros.

—Recortad las palmeras. Parece que han sido alcanzadas por una tormenta tropical.

—Creo que los ejecutivos asumirán que fuimos alcanzados por una tormenta tropical.

—No. Lo que asumirán es que este complejo es el principal destino para casarse del planeta y que ninguna tormenta tropical va a interferir en los planes de una pareja de novios.

Keith Mitchell no controlaba el clima, pero sí su destino, y no iba desmoronarse por haber caído en el ojo del huracán de Cara.

Envío la limusina del complejo al aeropuerto para que recogiera a los ejecutivos y encomendó al resto del personal a la Providencia. Fiel a su apodo, el Misil encontró hasta el menor detalle que estuviera equivocado y lo solucionó. Ningún general en la batalla sería capaz de aunar las habilidades de Keith, tanto para organizar como para delegar.

Cuando la limusina regresó con los ejecutivos, el complejo aún no estaba perfecto. Pero lo estaría. Mejor que fueran ellos los que vieran los parches y no los invitados a la exposición, que empezarían a llegar al mediodía.

Keith tenía tres horas para hacer un milagro y convencer a los ejecutivos de Regent para que siguieran creyendo en su capacidad para transformar el desastre en éxito. La adrenalina le inundaba el cuerpo. Había llegado la hora de la gloria, un momento para el que había trabajado años.

Ronald Schmidt, director ejecutivo de Regent, fue el primero en bajarse del coche.

—Bienvenidos —saludó Keith al equipo antes de iniciar un recorrido turístico de una hora por el complejo. Al mismo tiempo leía mensajes de Alice y Elena y respondía con un torrente de instrucciones.

—No sé cómo lo ha hecho, Mitchell —finalizado el recorrido, Ronald sacudió la cabeza y sonrió—. Este lugar es, en efecto, la joya que nos prometió, incluso con la complicación añadida de la tormenta. Su reputación estaba bien fundada.

—Gracias, señor —Keith inclinó la cabeza y hundió una mano en el bolsillo para rechazar la siguiente llamada. Era más importante seguir escuchando a Ronald.

—Tenía pensado esperar a que terminara la exposición para discutir los términos de su contrato, pero es evidente que no hace falta. Como bien sabe, la cláusula de renovación dependía de su trabajo aquí.

—Soy consciente de ello —Keith sintió un cosquilleo en la base de la columna y se apresuró a sofocarlo. No era momento de dar rienda suelta a la euforia.

—En el plazo de dos días tendrá un contrato para el resto de los complejos caribeños de Regent. El sueldo también se renovará. Un millón por hotel. Cuando quiera podemos discutir los detalles. Todos tenemos muchas ganas de que empiece la exposición —Ronald le estrechó la mano a Keith—. Estoy seguro de que será un gran espectáculo.

—Espero que disfruten de su estancia en Grace Bay — Keith le hizo una seña al botones que permanecía a corta distancia de ellos—. Les mostraremos sus habitaciones.

La filosofía de servicio que Keith y Elena habían inculcado en los empleados catapultaría a Regent a la cima de los destinos vacacionales.

Y a él le acababan de conceder la oportunidad de volver a hacerlo. Quince veces más.

Era su gran sueño. La culminación perfecta de los esfuerzos derrochados durante una década. Le permitía hacer su trabajo y marcharse, sin echar raíces, sin establecer vínculos con los empleados... ni con nadie.

En su vida todo era temporal. Era lo que mejor se le daba. Se moría de ganas de conocer el siguiente destino, la misión que lo llevaría a otro lugar. Pero Cara se merecía algo más.

¿Qué podría ofrecerle un hombre como él? Nada. No podía proponerle unas largas vacaciones. Ni siquiera unas cortas. No podía permanecer a su lado como ella necesitaba, ni emocional ni físicamente. Ni siquiera había sido una buena idea desde el

principio. Prefería estar solo porque era más fácil que tener que explorar su parte emocional.

Sin embargo, no conseguía creerse su propia afirmación.

Capítulo 11

Cara contemplaba las persecuciones de los andarríos en la playa y sonreía cuando alguno se dejaba atrapar. En ocasiones merecía la pena descubrir lo que tenía que ofrecerte tu perseguidor.

Keith le había revelado algunos aspectos interesantes los últimos días, culminando con esa emotiva conversación a medianoche.

Quizás lo sucedido en los dos años transcurridos les había colocado a ambos en una mejor posición, aunque no necesariamente juntos. Se suponía que la aventura no era más que una oportunidad para desquitarse del pasado. Lo importante era la exposición.

Desgraciadamente, al menos en su caso, no lo parecía.

Se volvió hacia las modelos que ensayaban el pase y asintió hacia su hermana. El pabellón original había sido desmantelado antes del estallido de la tormenta, pero había sido almacenado en un lugar desprotegido, sufriendo graves daños y obligando al realizar el desfile en la playa.

—Si alguna vez me ves por ahí con una sonrisa bobalicona como la tuya, por favor, sacúdeme —Meredith hizo un gesto de desagrado.

—Eso no sucederá —le aseguró Cara—, porque solo Keith puede provocarla, y jamás será tuyo.

—¡Madre mía! —su hermana enarcó una ceja—. Creía que esa cara era por la reunión con el tipo de Ever After, pero el giro en la conversación ha resultado mucho más interesante.

La reunión con Nick Anderson estaba programada para el día siguiente, después del desfile, y si todo iba bien, su negocio daría un salto jamás imaginado.

—Cállate —ella sintió arderle las mejillas—. Fuiste tú quien me animó a desnudar a Keith. ¿Qué creías que iba a suceder?

—Pensaba que ibas a liberarte de buena parte del estrés —Meredith gritó una orden a una de las modelos antes de continuar—. Quizás dar por zanjado lo vuestro. No que fueras a volver a enamorarte locamente del innombrable.

—Quizás «locamente» sea un poco exagerado —solo porque se hubiera acostado con él no significaba que estuviera imaginándose un futuro—. Ha cambiado, nada más.

Ojalá fuera capaz de expresarse mejor. Si había alguien a quien pudiera contárselo, esa era Meredith. Sin embargo, lo único cierto era que Keith seguía confundiéndola y que no se sentía capaz de confiar en él lo suficiente para volver a lucir un anillo de compromiso.

—Yo creo que eres tú la que ha cambiado —observó su hermana con ironía—. Aún recuerdo lo que me dijiste después de vuestra primera cita. ¿Tú no?

—Te dije que me iba a casar con él —claro que se acordaba. Esas palabras aún

le atormentaban.

Nada más conocerle ya supo que era todo lo que deseaba en un marido. Exitoso, guapo, considerado.

Mejor dicho, era lo que creía desear en un marido. Los dos últimos años le habían demostrado que lo que necesitaba era un compañero que permaneciera a su lado en los momentos malos. Y, sobre todo, que la amara y fuera amado por ella.

—Estabas obsesionada con casarte. Mitchell fue el primero en pasar la prueba que hacías a todos los hombres que conocías.

¿Había forzado la situación en pos de una meta en lugar de tener en cuenta los sentimientos?

Por supuesto que lo había hecho, por eso casi se habían casado sin apenas conocerse, y sin estar enamorados.

—Sí ¿y qué?

—No has hablado de matrimonio en dos años —contestó Meredith—. Ahí está la diferencia. Pareces mucho menos obsesionada con el resultado y mucho más con vivir el momento. El cambio te sienta bien y, a la larga, será mejor. A eso me refería.

Cara le dio vueltas a las palabras del Meredith el resto del día, evitando a Keith como el día anterior, aunque por otro motivo. En esos momentos ya no podía engañarse. Keith era su amante en todos los sentidos.

Las revelaciones de su hermana pesaban mucho. Meredith opinaba que Cara estaba haciendo lo correcto acostándose con Keith sin preocuparse por el matrimonio. Una aventura.

Y superficialmente así era. Al menos ante los demás. El problema era que quería más. Quería al hombre que había sido Keith la noche anterior mientras le sujetaba la mano y escuchaba los detalles del aborto. Quería al hombre que la había animado a buscar su propio placer y que encontraba sexy que dirigiera su propio negocio.

Quería que ese hombre la amara, pero temía que un trotamundos como Keith jamás sería capaz de algo así.

Aquella noche Keith le envió un mensaje y ella estuvo a punto de no acudir. Pero lo cierto era que lo echaba de menos. Además, no conseguía borrar ese *jacuzzi* de su mente.

Prescindiendo de ropa interior, se puso una camisa y una cazadora encima. Sin embargo, al entrar en la suite de Keith, lo encontró inclinado sobre el ordenador, cerveza en mano.

—Casi he terminado —Keith levantó la vista, pero no se movió—. Dame un minuto.

—Tienes pinta de necesitar un masaje en los hombros —observó ella.

—De lo que tengo pinta es de necesitarte a ti —murmuró él sin apartar la vista del monitor.

Cara se colocó a su espalda y empezó a masajearle el cuello y hombros.

—Qué gusto —Keith echó la cabeza hacia atrás—. No me había dado cuenta de lo que me dolía el cuello.

—¿Quieres que investigue otros puntos que requieran mis atenciones? —Cara no pudo contenerse—. Y sí, he querido decir exactamente lo que parece —añadió por si hubiera lugar a dudas.

Él rio y estiró los brazos hacia atrás para tomarle las manos y todo pensamiento lógico desapareció de sus mentes.

Minutos después, tumbada en la cama, Cara se preguntaba si ya estaría Keith listo para una segunda ronda cuando él carraspeó.

—No llegaste a contarme la buena noticia.

—¿En serio? —ella se sentó a horcajadas sobre él.

No le había contado nada porque la noche anterior habían hablado del pasado. Pero seguían sin ser una pareja que compartía cosas.

—Cuéntamelo —la mirada color caramelo se fijó en ella—. A no ser que te sientas incómoda. No quiero presionarte.

El corazón de Cara falló un latido. ¿No quería presionarla?

Quizás su confusión y negativa a confiar en él había acabado con toda posibilidad de relación entre ellos. No. Era él el que tenía problemas. Keith no quería una relación y por eso le daba igual lo que ella hiciera.

—No es gran cosa —Cara se encogió de hombros—. Una pequeña tienda de Houston contactó conmigo para vender mis modelos. Estamos en las primeras etapas de negociación.

—¡Eso es estupendo! —la efusividad de Keith inquietó a Cara—. Estoy orgulloso de ti. Deberías habérmelo contado antes para encargarme champán.

—Guarda el champán para cuando esté cerrado el trato —aconsejó ella—. ¿A qué viene tanto entusiasmo?

—Yo también tengo buenas noticias —el rostro de Keith se iluminó—. Regent me ha ampliado el contrato. Me han ofrecido dos años y quince instalaciones caribeñas más.

—Eso es... estupendo —una opresión se le había instalado en el pecho a Cara.

—Es lo que he buscado durante toda mi vida profesional —él asintió—. Demostrar lo que podía conseguir por méritos propios.

Dos años. Quince propiedades. No había que ser ningún genio de las matemáticas para sumar dos y dos. Keith no iba a regresar a Houston cuando acabara la exposición. Se trasladaría a otro complejo de Regent para obrar la misma magia que en Grace Bay. Su lugar en la cama de Keith se debía únicamente a la tormenta. Sin el parón en la actividad, habría estado demasiado ocupado para acercarse a ella.

—Me alegro por ti —haciendo acopio de su buena crianza, sonrió y lo besó en la mejilla—. Parece que los dos hemos conseguido lo que siempre deseamos.

Mentira. Lo que ella deseaba era a Keith. Todo lo demás eran mentiras para intentar convencerse de lo contrario.

Había creído que le bastaba con Diseños Cara Chandler-Harris. Pero nunca sustituiría el amor de un compañero con quien compartir los altibajos. No había creado el negocio para superar a Keith, pues no había nada que superar, salvo que no hubiera querido casarse con ella.

Y estaba segura de no haber estado enamorada de él porque en esos momentos sí lo estaba, y no había punto de comparación.

El dolor en su corazón era muy diferente al de dos años atrás. Porque tenía que dejar marchar a Keith en lugar de aferrarse a él para satisfacer sus propias metas.

Su deseo se había hecho realidad. Ya sabía cómo era estar enamorada de Keith. Pero la lección más dura era que el amor a veces se parecía muchísimo al sacrificio.

Keith carraspeó. Había vuelto a abrir su alma en exceso. Lo notaba en el casto beso en la mejilla, en la postura de Cara, en la atmósfera.

Había comenzado en cuanto él había empezado a hablar. Cara se había retraído lentamente, como si ya no le apeteciera pasar allí la noche.

¿Por qué había accedido a ir a la suite si no quería? Keith se sentía enormemente defraudado. Había pasado el día entero soñando con volver a verla. Iban a hacer una pausa juntos y a celebrar la ampliación del contrato.

Incluso había barajado la posibilidad de pedirle que lo acompañara, al menos a la siguiente misión. Solo un par de días. Todo lo más, una semana. Podría dedicar las mañanas a coser y esperarlo en la habitación por las noches.

Una sensación agri dulce se le instaló en el pecho. Lo que sentía por Cara no iba a desaparecer sin más. No era el cálido afecto que había sentido por ella dos años atrás. Se trataba de otra cosa. Quizás fuera esa cosa que llamaban amor.

Fuera lo que fuera, la estaba fastidiando.

Menuda estupidez pensar que ella ya no se sentía presionada. Eso solo sucedería cuando dejara de presionarla.

—Entonces ¿por qué pareces de todo menos contenta? —«vaya manera de soltarlo, Mitchell».

—Estoy cansada.

¿Tan cansada que ni siquiera era capaz de inventarse una excusa mejor?

—¿Tan difícil te resulta estar conmigo, que preferirías estar en cualquier otro lugar?

—No estaría aquí si no quisiera —ella lo miró a los ojos.

—Entonces ¿qué pasa? —Keith se frotó las sienes—. Este contrato es importante para mí. Podrías alegrarte un poco más.

—Felicidades, Keith. Es increíble lo que has logrado —las palabras de Cara sonaban tan sinceras que él la tuvo que mirar dos veces.

—Eh... gracias. ¿Por qué tengo la sensación de estar en medio de una pelea en la que has olvidado participar?

—No hay ninguna pelea —Cara rio—. No somos pareja. No hay motivo para disgustarse.

Una breve mueca delató la mentira, que no le pasó desapercibida a Keith. Él también estaba disgustado, pero no sabía por qué. Le hubiera gustado echarle la culpa a la exposición, pero era algo más. Sí que mantenían alguna clase de relación, pero no sabía qué hacer con ella, lo cual no hacía que fuera menos real.

—¿Qué me estoy perdiendo, Cara? Decir que no somos pareja es como lanzar el anzuelo y asegurar que no estás pescando.

—¡Por Dios santo! ¿Lo dices en serio? —exclamó ella—. Mi anzuelo lleva en el agua desde que nos conocimos. Jamás oculté que deseaba casarme, y tampoco es ningún misterio por qué jamás caminaré hasta el altar contigo. Ya que te gustan las metáforas sobre la pesca, ahí va la mía: vuelvo a arrojarte al mar, cariño. Ponte a nadar y cuidado con los anzuelos.

—¿Sigues siendo una cuestión de confianza? —Keith se sintió repentinamente expuesto—. ¿Qué más tengo que hacer? Me he disculpado. He escuchado. He puesto mi boca en tu...

—No seas vulgar. No puedes tenerlo todo, Keith. O estás dispuesto a casarte conmigo, o esto es temporal. ¿Qué opción eliges?

Keith sintió que los hombros se le hundían por el peso. ¿Quién presionaba a quién?

—¿Quién ha dicho que tenga que ser una cosa u otra? Creía que manteníamos una relación adulta en la que disfrutábamos juntos mientras nos centrábamos en nuestras carreras profesionales.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Cara con voz temblorosa—. ¿Los adultos no quieren un anillo?

—Solo las mujeres que no son capaces de ganarse la vida. Las que son incapaces de vivir solas. Creía que tú eras diferente.

Todo había sido mentira. Seguía siendo la esposa florero en busca de su trofeo, oculta tras una empresa que la situaba siempre en alguna boda.

El desencanto fue brusco y doloroso. ¿Por qué dolía?

—¿Eso crees? —ella se encogió visiblemente—. ¿Crees que el matrimonio es algo que una mujer desea cuando no puede arreglárselas sola? ¿Crees que mi única aspiración es convertirme en un apéndice?

Esa mujer estaba retorciendo sus palabras, convirtiéndolo en el malo de la película.

—Pensaba que estabas a mi nivel, que eras mi igual, fuerte e independiente.

Si había una mujer que pudiera estar a su nivel, esa era Cara, y esa era la Cara que quería.

Pero, de repente, esa mujer había desaparecido tras una chiquilla inmadura que seguía soñando con convertirse en la señora de alguien, y no en alguien que convirtiera un revés en un negocio de éxito. Una mujer con la fuerza y determinación para manejar a alguien como Keith. Una mujer que supiera comprenderle.

—Y yo que pensaba que eras un hombre con más de un propósito —contraatacó ella—. Como el vestido de boda, o el glaseado de una tarta, yo tengo más de una utilidad. Soy buena en más cosas, aparte del sexo.

Keith sacudió la cabeza y casi soltó una carcajada, aunque no encontraba nada divertido en esa pelea que no era una pelea porque no eran pareja. A lo mejor Cara realmente no deseaba más de él terminada la exposición...

Pues por él bien, era lo que había planeado desde el principio. Al menos lo era antes de conseguir que Cara se metiera en su cama, antes de que le ampliaran el contrato, antes de iniciar esa conversación en la que había descubierto que Cara no tenía ninguna intención de continuar con la relación.

Pensándolo bien, no estaba tan conforme como creía.

—A eso me refiero, Cara. Debajo del glaseado sigue habiendo tarta. Tú eres mi tarta, al menos eso pensaba. Quiero que seas la tarta, no un desastre que necesita el glaseado para tapar los defectos. Tú tienes sustancia. Es lo que veo en ti, lo que te hace tan atractiva.

¿No veía lo malo que era el matrimonio para ellos, pero qué bien estaban juntos como dos personas independientes? Eso era lo que deseaba. Con la Cara que había encontrado en Grace Bay.

—Qué bonito —Cara se tumbó de espaldas, sin importarle mostrar su cuerpo desnudo—. Esas metáforas son ridículas. Por una vez, di lo que sientes. ¿Tan difícil es?

—Cara, por favor —eso había sido un golpe bajo. Sabía que no le resultaba fácil mostrar sus sentimientos—. Dijiste que no creías desear una relación. ¿Has cambiado de idea? En lugar de metáforas ¿por qué no me dices realmente lo que quieres tú?

—¿Te refieres a decirte que gracias, pero no gracias, por acusarme de cubrir mis defectos con glaseado? No quiero casarme para ocultar un montón de defectos bajo un cambio de apellido.

—Entonces ¿por qué quieres casarte?

—Porque —ella se sentó en la cama— la tarta es genial en sí misma, pero el glaseado la hace mejor.

—Me he perdido con tanto glaseado.

—Tras el concurso de los recién casados —ella asintió—, estaba confusa. Pero tú me has ayudado a aclararme. Quiero casarme con un hombre del que esté locamente enamorada y que lo esté de mí. Quiero que estemos desesperados por compartirlo todo. Cama, casa, vida, familia. Apellido.

Curiosamente no sonaba tan mal. Pero antes de que Keith pudiera asimilarlo, Cara continuó.

—Y contigo eso no va a pasar —concluyó—. Por eso estamos aquí, disfrutando de un revolcón sin presiones ni campanas de boda. Corrígeme si me equivoco.

Cara quería casarse, pero no con él.

Aparentemente era él el que no lo entendía. El único con dificultades en esa relación. Él quien había desarrollado todos esos sentimientos que ella no. ¿Cómo demonios había ocurrido?

Capítulo 12

El momento del triunfo había llegado.

El desfile de vestidos de novia comenzaría en diecisiete minutos. Diseños Cara Chandler-Harris se mostraría ante la élite de los profesionales de los trajes de novia.

Las modelos irradiaban algo que recordaba al romance y la belleza. Las lágrimas se le acumularon en los ojos a Cara. Era la señal de que los vestidos eran perfectos.

O que se había enamorado del tipo equivocado. ¿Qué había esperado de todo aquello? ¿Luz de luna, rosas y una declaración a orillas del mar?

No. En realidad había esperado exactamente lo que había sucedido. Y había hecho lo correcto apartándolo de su lado. Keith siempre estaba a punto de marcharse al siguiente destino. La conversación sobre matrimonio había sido el glaseado de la tarta de su marcha. Como la última vez. Como siempre.

—¿Se te ha metido arena en los ojos? —murmuró Meredith.

—Estoy bien.

Al regresar a la habitación la noche anterior, su hermana no le había preguntado nada, y en agradecimiento, se lo había contado todo.

—Genial. Pero si no puedes hacerlo, nadie se dará cuenta —Meredith fijó la mirada en el vestido de novia que llevaba su hermana—. Tenemos cinco modelos más. Bastarán.

—Te adoro, cielo. Pero Mulan fue el primer vestido que diseñé por gusto, no por encargo. Es mi mejor pieza —Cara se mordió el labio—. Necesito llevarlo y participar en mi propio desfile. Les va a encantar.

Sentía un irrefrenable impulso de demostrarse algo a sí misma, y desfilarse por la pasarela vestida de novia formaba parte de ese impulso.

La música empezó a sonar y, una a una, las chicas hicieron el recorrido, se pararon para recibir los aplausos y giraron para regresar al punto de partida. Cara era la última.

Y su sonrisa completamente sincera.

Diseños Cara Chandler-Harris había surgido como un medio de superación. Y nada había cambiado, salvo el hecho de que Cara al fin aceptaba la realidad.

Siempre novia, jamás casada. Y así estaba bien. Las bodas eran divertidas y ella participaba en la parte fundamental de todas: el vestido de la novia.

Antes de acudir a Grace Bay, había permitido que el *glamour* y el romance la sedujeran hasta olvidar que el «sí, quiero», no era el final de la boda, era el principio del matrimonio.

Los destellos de las cámaras se sucedían sin parar. Fotos y más fotos de sus vestidos. Y las fotos la llevarían a más clientes.

Al final de la pasarela, se giró y mantuvo la pose ante el estruendoso aplauso. ¡Por Dios santo que aplaudían sus vestidos! Sus diseños. A ella. Resultaba embriagador y gratificante.

A eso se había referido Keith con ser la tarta. Era una sensación de realización, de formar parte de la esencia de algo creado desde la nada. Él la había animado a olvidar el glaseado y a centrarse en la sustancia.

Diseños Cara Chandler-Harris no era una empresa, era una extensión de la propia Cara, una manifestación de sus sueños de boda. Unos sueños eternos, atrapados en seda y satén.

Casarse no era lo más importante que podía hacer en su vida.

Durante el tiempo que había permanecido en Grace Bay, le había gustado que Keith la considerara una igual, pero no se había parado a pensar que, para él, matrimonio era sinónimo de desigualdad.

Era un aspecto desconocido hasta ese momento del hombre que amaba. Normal que hubiera escapado de la primera boda. Seguramente pensaba que le había hecho un favor. Y en muchos aspectos, así había sido.

La oscura cabellera de Keith sobresalía entre la multitud. Cara lo vio de reojo mientras regresaba junto a las otras chicas al principio de la pasarela. Con los brazos cruzados la observaba con expresión ligeramente turbia.

La noche anterior se habían despedido de común acuerdo. El revolcón isleño había terminado y cada uno se iría por su lado. Sin embargo, la sensación de Cara era de tristeza.

Finalizado el desfile, Cara se dirigió a la habitación junto con Meredith y las otras chicas. Los vestidos debían regresar a las bolsas herméticas lo antes posible, sobre todo porque quizás fuera a venderlos todos muy pronto.

—¿Señora Chandler-Harris?

Cara se volvió hacia la voz masculina, que correspondía a un hombre treintañero, elegantemente vestido. El cartelito con su nombre rezaba «Nick Anderson. Comprador de las tiendas Ever After».

—Señor Anderson —ella tragó nerviosamente—. Encantada de conocerlo. He pasado muchas horas en sus tiendas.

—¿Vigilando a la competencia? —el hombre sonrió mientras le estrechaba la mano.

—Soñando despierta —le corrigió Cara—. Eso es lo que vendemos ¿no? Sueños de una novia plasmados en un trozo de tela.

Caminaron juntos por la playa mientras ella le explicaba su historia y el origen de su pasión por las bodas, que le había llevado a crear un vestido tras otro.

—Me ha convencido —Nick sonrió—. ¿Qué tengo que hacer para vender sus diseños en mis tiendas?

—Me siento halagada.

Cara se moría de ganas de contarle a Keith la noticia. Quería que la besara y le dijera lo orgulloso que se sentía.

—Hablemos de negocios, señor Anderson —resignada, ignoró la punzada en su corazón.

Keith vio marcharse a Cara con ese tipo, demasiado perfecto para ser de fiar. Ella seguía llevando el vestido de novia que había llevado en el pabellón de la playa días atrás, cuando la había abordado sin previo aviso con la intención de pillarla con la guardia baja.

Y, por supuesto, él había salido humillado.

El vestido blanco remarcaba su exuberante belleza, como si hubiera nacido con el solo propósito de llevarlo puesto. En el altar esperaba el encandilado novio. Prometerían amarse eternamente y el pobre imbécil se la llevaría de luna de miel a un lugar como ese, donde apenas saldrían de la suite.

Quizás no fuera ese excesivamente elegante personaje, pero algún día acabaría por casarse.

Unos celos, enormes y feos, se le instalaron en las tripas a Keith, pero no le prestó más atención que al agudo deseo y enorme confusión.

—Te sigo vigilando, Mitchell.

Keith se giró y encontró a Meredith a su espalda.

—Genial —rugió él—. Pues me verás regresar al trabajo.

La boda de pega estaba programada como colofón de aquel día y había que retirar la pasarela y colocar las sillas de los invitados. La pareja de actores casándose a la luz del atardecer sería la guinda del pastel.

—Dado que al parecer no tienes nada mejor que hacer ¿qué tal si me echas una mano? —él miró a Meredith fijamente.

—¿Te has vuelto loco? —ella soltó una carcajada—. No te ayudaría aunque fueras el último hombre en la Tierra. Además, tengo por norma ayudar únicamente a los hombres que me puedan recompensar con sexo, y tengo la sensación de que en este caso no sería posible.

—No creo que a Cara le importe —espetó Keith sin pensar. Era como admitir que lo había destrozado, que había permanecido despierto casi toda la noche preguntándose por qué había conseguido lo que había pedido, una breve aventura sin presión, sin campanas de boda. Era como admitir que se sentía miserable.

Además, Cara había pasado página con alguien que le hacía reír mientras caminaban del brazo por la playa. ¿Por qué iba a importarle con quién se acostaba, aunque fuera su hermana?

No debería haber hablado. El encuentro no había sido casual. Meredith quería algo y era una de las mujeres más listas que había, aunque se empeñara en ocultarlo bajo una explosiva fachada de atractivo.

—Pues yo sí creo que le importaría, aunque tengo la sensación de que es a ti a quien más le importa. Además ¿qué haces ahí mirándola en lugar de correr tras ella? —Meredith se dio una palmada en la frente—. ¡Lo había olvidado! Eres un imbécil.

—Gracias, muy amable —observó él secamente—. ¿Es tu manera de halagarme antes de revelar el verdadero motivo de esta emboscada?

—No se lo digas a Cara —Meredith sonrió—, pero siempre me has gustado. Para ella, me refiero. A mí me empujarías al asesinato en menos de cuatro segundos.

—Lo mismo digo —que Dios ayudara al pobre diablo que se enamorara de Meredith.

Por suerte, había elegido a la hermana adecuada. Cara era la única mujer a la que podría considerar su igual, la única capaz de hacerle hablar de sentimientos. La única que le provocaba esa sensación de añoranza.

—Dado que estamos de acuerdo en eso ¿qué tal si dejas de comportarte como un idiota? Por favor, dime que no la vas a volver a fastidiar con Cara.

—Deberías estar leyéndole la cartilla a ella. No soy yo el que la está fastidiando —la insistencia de Cara en convertirse en la señora Mitchell lo había arruinado todo.

—Eres imposible. Ya he hablado con Cara. Te dejó marchar porque no quería volver a obligarte a recorrer el pasillo central en contra de tu voluntad.

—No podría haberlo logrado ni a punta de pistola —Keith bufó.

—Exactamente. Y dado lo sucedido hace dos años, no puedes culparla —Meredith lo taladró con su mirada—. Renunció a ti, a pesar de estar locamente enamorada, porque no quería atraparte en un matrimonio indeseado. ¿Contento?

—¿Cara está enamorada de mí? —Keith sintió que se le doblaban las rodillas—. ¿Por qué no dijo nada?

La noticia arraigó en su pecho. Cara estaba enamorada de él. No se lo habría contado a Meredith de no ser cierto.

—Lo retiro —Meredith sacudió la cabeza—. No me gustas. Eres un imbécil, y mi hermana puede aspirar a algo mejor. Te mereces pasar solo el resto de tu vida. Buena suerte.

Meredith se dio media vuelta y se dirigió hacia el grupo de invitados que charlaba en la playa.

Keith fijó de nuevo la mirada en Cara y su amigo, de pie junto a la orilla.

Pero no. Se negaba a hacer lo que ella quería. Se negaba a considerar siquiera la posibilidad de que el matrimonio pudiera ser algo más que la fría unión diseñada para proporcionarle a la mujer una vida de lujos. Así habría sido para la Cara con la que casi se había casado.

Pero todo había cambiado. Ella había cambiado. Y Keith se negaba a considerar

que el matrimonio pudiera ser otra cosa. Cara se había marchado, y ni siquiera se había molestado en comentarle que estaba enamorada de él.

Oírlo de labios de Meredith, en lugar de los de Cara, era inaceptable. Esa mujer le debía una explicación.

—Señor Mitchell —uno de los empleados le pidió detalles sobre la boda de pega.

—Disculpa —Keith dejó al hombre con la palabra en la boca y se dirigió a la orilla.

Sin el menor remordimiento, interrumpió la pequeña reunión de Cara.

—Keith Mitchell —saludó al hombre con un apretón de manos. Era demasiado guapo, demasiado bien vestido y demasiado bajo para Cara.

Y esa conversación se había terminado.

—Acompáñame, Cara —le ordenó secamente mientras se empapaba de la hermosa visión de blanco satén.

—Estoy ocupada —protestó ella—. ¿No puede esperar?

No, no podía. Le faltaba muy poco para cargarla sobre un hombro y llevarla a algún lugar privado donde pudiera explicarle por qué podía confesar sus sentimientos a Meredith, pero no a él. Necesitaba oírle decir que lo amaba para saber qué hacer.

Y entonces leyó la identificación de ese tipo. Debía ser el origen de la buena noticia de Cara, y él se había comportado como un amante celoso.

Bueno, en cierto modo lo era. Y se merecía esa mirada asesina color café.

—Puede esperar —asintió él hacia el hombre—. Siento la interrupción, Cara. Mándame un mensaje cuando hayas terminado y reúnete conmigo en mi despacho.

—Claro. Luego te veo —contestó ella sin dedicarle ni un segundo más de su atención.

Keith esperó impaciente en su despacho durante media hora, pero no hubo ningún mensaje.

Lo que sí recibió fueron tres llamadas de Mary pidiéndole su opinión sobre diversos detalles de la boda de pega.

—Deberías conservar a Cara en el equipo. Esa mujer sí conoce a las novias.

Y así era. También sabía lo que se sentía al ser una. Era un imbécil. Si Cara no le había revelado sus sentimientos era, sencillamente, porque no le había dado ningún motivo para hacerlo.

Del mismo modo que no le había dado ningún motivo para que acudiera a su despacho.

Si aspiraba a salvar algo de ese desastre en que había convertido la relación, tenía que hacer algo grande. Ya era hora de cambiar lo que más se le resistía: él mismo. El misil Mitchell tenía una importante diana a la que acertar.

Y si pretendía oír de labios de Cara que lo amaba, iba a tener que admitir que se había enamorado de ella. Y hacerlo en voz alta. Delante de ella.

Cara se sentó en la primera fila, donde debería sentarse la familia del novio si fuera una boda de verdad. Pero dado que los novios eran actores, a nadie le importaría que eligiera el mejor sitio.

Adoraba las bodas. De eso no había duda.

El revolcón con Keith le había devuelto la capacidad para verlas como lo que eran, una celebración del amor y el compromiso entre dos personas. No se conformaría con menos y, si eso significaba que nunca recorrería ese pasillo, sería el precio a pagar.

Aún vestida con el Mulan, cruzó las piernas con cuidado de no desgarrar el dobladillo. Debería haberse cambiado, pero no le apetecía quitarse el vestido aún. La prenda se había convertido en el símbolo del éxito de Diseños Cara Chandler—Harris. Era su vestido y le gustaba llevarlo puesto.

La música comenzó a sonar y la novia avanzó por el pasillo, descalza, tal y como Cara le había sugerido a Mary.

—Amados hijos —el oficiante, también actor, recitó el texto—. Y si alguien se opone, que hable ahora o que calle para siempre.

—Yo me opongo.

La voz de Keith atronó en medio de la suave atmósfera del atardecer. Avanzó por el pasillo central, como si fuera suyo y, al llegar a la primera fila, se detuvo y fijó la mirada en Cara.

—¿En qué se basa? —preguntó el oficiante como si formara parte del guion.

—Me baso en que las bodas deberían unir a dos personas que estuviesen enamoradas —Keith seguía dirigiéndose a Cara—. Estos novios no están cualificados para serlo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella.

—Lo que debería haber hecho hace dos años —contestó Keith en voz alta, para que todos lo oyeran—. En lugar de marcharme, me encuentro en medio de una boda. Justo donde me quieres.

Sin palabras, Cara consiguió no obstante guardar la compostura.

—Bueno, cielo —ella fingió un estudiado desinterés—, eres muy amable, pero, si no recuerdo mal, tus zapatos de correr eran impresionantes. Sobre todo para una boda.

—Por eso me los quité —Keith mostró sus pies desnudos—. No voy a ir a ninguna parte.

El corazón de Cara falló un latido. Keith había interrumpido la boda por un motivo preciso, pero se estaba tomando su tiempo para llegar a él.

—¿De qué va todo esto?

¿Se había cargado la boda porque ella no había obedecido sus órdenes de acudir

al despacho? Poco probable. El desfile había sido el momento estelar para ella, y la representación de la boda era el de él.

¿Por qué lo estaba arruinando?

Keith se arrodilló a sus pies. Casi como si...

¡No! No se atrevería a incluir una farsa de declaración en el espectáculo.

Y entonces Keith le tomó las manos y la miró con seriedad, y algo más que ella no supo identificar.

—No se me da bien expresar mis sentimientos —comenzó él—. Pero tú te mereces más. Y yo quiero darte más. Quiero dejar de fingir que solo soy capaz de algo temporal en lugar de pensar en el modo de decir lo que siento.

Las palabras estaban cargadas de sinceridad. Aquello era muy real. Dolorosa y maravillosamente real.

—¿De modo que eres capaz de algo que no sea temporal? —Cara sentía un extraño cosquilleo en el estómago.

—Eso es. Quiero hacer realidad todos los deseos de tu corazón, sean los que sean. Perderte sería inaceptable. Porque te amo.

Los invitados suspiraron y murmuraron mientras toda la sangre abandonó el rostro de Cara y estrellitas blancas se encendían detrás de sus ojos.

—¿Cómo dices?

—Esto va en serio —insistió Keith con voz temblorosa—. Siento haber necesitado ayuda externa para darme cuenta.

—Meredith te contó lo que le dije ¿verdad? —hermanas. No se podía vivir con ella, pero tampoco matarlas—. Menuda... bocazas.

Por otra parte, la metomentodo de su hermana había propiciado esa situación. Quizás no fuera tan malo que Meredith no supiera mantener la boca cerrada.

—De todos modos, quiero oírlo de tus labios —él asintió—. Por eso intenté hablar contigo hace un rato.

La tozudez de Cara casi había provocado un desastre. Por suerte, Keith no era de los que se sentaban a ver la vida pasar.

—Sí —Cara suspiró feliz—, me temo que es cierto. Te amo. Pero no me creo que fuera eso lo que te convenció.

—No. Cuando te vi con ese vestido, lo comprendí. Quiero casarme contigo y que estemos juntos el resto de nuestras vidas.

Cara sintió una opresión en el pecho. Matrimonio. Keith hablaba de matrimonio. Era evidente que le había dado demasiado el sol.

—Es una locura, Keith. No es más que un vestido.

—Ahí te equivocas. Es especial porque lo llevas tú. Quiero que seas mi novia, pero no solo por un día. Para siempre.

El corazón de Cara empezó a bailar. Durante toda su vida había soñado con casarse, ponerse un vestido como ese. Claro que, al final, había que quitarse el vestido y comenzar el matrimonio.

Y no se imaginaba a nadie con quien más le apeteciera hacerlo que Keith. Ese hombre había convertido una boda de pega en algo real, la había animado a que fuera su igual, le había aconsejado que tomara lo que deseaba. Y ella deseaba a Keith Mitchell.

—Cara, quiero compartirlo todo contigo. Casa, apellido, futuro. Di que aceptas.

Había jurado no volver a confiar en ese hombre, no permitir que la destrozara de nuevo, que la viera vestida de novia. La respuesta parecía sencilla.

—Sí.

Epílogo

El amanecer atravesó el ventanal de la suite nupcial mostrando una prístina playa hasta donde alcanzaba la vista. Cara se acurrucó contra el cálido cuerpo de Keith y contempló el amanecer en Aruba.

—Jamás podría cansarme de esta vista —aseguró—. Aunque la viera cada mañana durante dos meses. Nunca envejece.

—Estoy de acuerdo, señora Mitchell —murmuró Keith sin apartar la vista de Cara—. Eres lo más bonito que uno puede ver al despertar cada mañana.

—Sí, claro —¿un corazón podía estallar de felicidad? Cara esperaba que no—. Eso no fue lo que dijiste ayer. Tus palabras exactas fueron: «Estate quieta o harás que llegue tarde por tercer día consecutivo».

—Sí —su marido rio—. Y, si no recuerdo mal, no te estuviste quieta.

—Lo siento —Cara se encogió de hombros—. Eso es lo que pasa cuando traes a una chica a Aruba y luego insistes en trabajar todo el tiempo.

A Cara le gustaba creer que había sido el destino el que había enviado a Keith a ese lugar para la siguiente misión, el mismo lugar que habían elegido para la luna de miel dos años atrás.

—Es mi trabajo —contestó él sin inmutarse—. Tú me animaste a retomarlo lo más rápido posible. A mí no me apetecía. Yo quería tomarme algún tiempo libre, pero estabas preocupada por si Regent anulaba el contrato.

Y era cierto. El día después de la exposición, Keith y Cara se habían casado en una boda de verdad en la playa de Grace Bay. Sin anillos, invitados ni fanfarria. Pero con mucho amor y desesperado deseo por unirse en matrimonio. Había sido lo más romántico que le hubiera sucedido jamás.

Y ella le había recompensado con creces insistiendo en que debía comenzar cuanto antes en el siguiente complejo turístico. Lo había hecho porque él amaba su trabajo y ella lo amaba a él. Y cuando ese trabajo prometía llevarla a recorrer quince versiones diferentes del paraíso durante dos años, era difícil poner objeciones.

—Sí, el contrato. Ese fue el motivo —Cara lo besó y le dio un empujón—. Vete a trabajar.

—Procura estar desnuda cuando regrese —Keith sonrió.

—A lo mejor —ella fingió pensárselo—. Tengo que terminar el vestido de Yvette, pero después podría estar libre.

—¿Y ahora quién es el adicto al trabajo? —Keith se vistió lentamente—. Creía que Meredith se hacía cargo de más cosas desde que vendes tus diseños en las tiendas y no das abasto con los pedidos.

Cara le había propuesto a Meredith que se convirtiera en su socia, incluso le había ofrecido cambiar el nombre de la empresa a Diseños Chandler-Harris, pero su hermana había insistido en que Cara sería la única Chandler-Harris del negocio hasta

que ella lograra reunir el suficiente dinero para poner su parte del negocio.

—Y así es, pero la empresa sigue siendo mía.

—Esa es mi novia —Keith le sopló un beso y se encaminó a su trabajo.

Cara era novia, esposa y empresaria. En lugar de sustituir una cosa por otra, lo había conseguido todo gracias a un marido perfecto que había completado su vida.

Fin